



A. 41.720

A  
1  
365

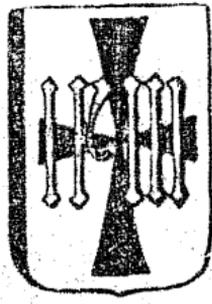


JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN, PBRO.

# MENUDENCIAS ÉPICAS

(SEGUNDA EDICIÓN)

Prólogo de D. Pedro A. Morgado



SEVILLA  
IMP. SOBRINO DE IZQUIERDO  
FRANCOS, 43-47



## DECRETO

*Habiendo leído por Nós mismo el libro que, con el título de MENUDENCIAS ÉPICAS, ha escrito el Presbítero Sr. D. Juan Francisco Muñoz y Pabón, concedemos nuestro permiso para que pueda imprimirse, en atención que nada contiene opuesto a los Dogmas y Moral católicos; sino antes bien hallanse las leyendas de que consta impregnadas de un aroma suavísimo de piedad; y su mérito literario, según el parecer de personas competentes, guarda perfecta armonía con la elevación de los asuntos.*

*Sevilla 1.º de Mayo de 1897.*

† MARCELO, *Arzobispo de Sevilla.*

*Juan M.<sup>a</sup> Alvarez Troya,*  
Secretario

## NOTA PRELIMINAR

*Siendo distinta la misión del poeta de la del crítico, no pretendo asentar como verdades históricas e incontrovertibles las tradiciones que me sirven de argumento; sin que por eso las relegue a la categoría de lo puramente legendario.*

*No soy más que el folk-lorista que recoge de labios del pueblo lo que el pueblo cuenta; y, haciendo por revestirlo de forma un tanto artística, lo da a leer, sin otra pretensión, que la de que se perpetúe tanta belleza, como atesora el sentimiento cristiano de Sevilla.*



NORABUENA LO PARISTE

---

LEYENDA

## A la Sra. D.<sup>a</sup> M.<sup>a</sup> Josefa Pabón e Illanes

Madre y señora: Acaso usted no lo recordará. Cuando, niño de cinco años, vine por la primera vez a mi querida Sevilla, y por la vez primera entré en su Catedral suntuosa, usted me llevaba de la mano.

Un objeto impresionó vivamente aquel día mi imaginación de niño: yo la llamé la VIRGENCITA DE LAS LÁMPARAS; y, de entonces acá, su recuerdo bendito no se ha borrado un punto de mi memoria.

¡Cuántas y cuántas veces ha revoloteado mi fantasía en torno de su nicho y en derredor de sus lámparas, anhelando de algo que cediera en su honor! Mas al fin un argumento ternísimo y sublime, que Sevilla me ha dado, ha conseguido atar mi fantasía como con una cadena de flores a las augustas plantas de la que es el gran Amor de mi vida; pues, merced a ese argumento, logro hoy cantar a esa peregrina Imagen que hizo despertar en mi alma lo poco de poeta que hay en ella.

Reciba usted, madre mía, estos romances, futo humildísimo de aquel primer tributo de amor y devoción que me hizo prestar a la Virgencita de las Lámparas, en cuyo honor escribo el ensayo de leyenda que dedico a usted.

Acéptelo, pues, y téngalo por suyo como a su

*Juan.*

Sevilla, Noviembre 1890.

# Elogio de D. Juan F. Muñoz y Pabón

El Sr. don Juan Francisco Muñoz y Pabón, delicado y certero, puso siempre un comentario oportuno al sentir popular.

Novelista insigne y gran poeta, se nos mostró en sus tiempos últimos—nueva fase de este ingenio meritísimo—como formidable periodista, para quien la crónica sugestiva y de actualidad no guardó secreto alguno.

Ignoramos si, en ocasiones, don Juan recogía del ambiente los asuntos; los acicalaba y los vestía con ropajes áureos, devolviéndolos luego al pueblo. Así, los vinos de nuestro Condado feraz, vuelven al Condado con etiquetas brillantes y exóticas.

Ignoramos si, por el contrario, el gran novelista andaluz, lanzaba las ideas, propias, originales, y el pueblo—por ser esas ideas dignas de tal galardón—las popularizaba y hacía suyas. Coincidieron de tal modo, el escritor y el público, que es casi imposible trazar la línea que separe el sen-

timiento del artista, del sentimiento popular... Fueron dos corazones al unísono, y parecen, por ello, sus latidos, latidos de un solo corazón...

\*  
\* \*

Era el preclaro escritor, un constante panegirista de estas tierras fértiles y rientes; cantor de nuestros campos; pintor sin rival de nuestra baja Andalucía—el Aljarafe, el Condado—es decir: pintor excelso de lo más luminoso de Andalucía...

No hay cuadros más reales—cegados con la luz maravillosa de estos pueblos blancos—que los cuadros de sus novelas popularísimas... Los ejidos de Matojos, vispera de San Juan, con la tropa de chiquillos alborotadores, llenos de esquilas; mojados en la charca; semidesnudos, astrosos y pedigüeños... Los callejones de Pimpollarès; y el corralón de ancho pozo pueblerino, cabe el cual, rezóse, en ocasión solemne, una memorable *Salve* a la Augusta Pastora de las marismas, Reina del Cielo y de los campos...

La vendimia (*Javier de Miranda*); el olivar (*Temple de Acero*); los pinares frondosos; todo nuestro paisaje; todas nuestras costumbres; todo nuestro espíritu...

Sus amores y sus pinceles, lo repetimos,

se consagraron especialísimamente a la exaltación constante de nuestros pueblos. Oídlo: «Mis pueblos—dice el señor Muñoz y Pabón, en su discurso de recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (23 de Febrero de 1908)—mis pueblos pueden ser La Palma, Huevar, Almonte, Villamanrique y Chucena, Carrión de los Céspedes y Aznalcázar; cualquiera de los dos Bollullos y Manzanilla... todos los de aquel idolatrado rincón, entre onubense y sevillano...»

\*  
\* \*

¿Y Sevilla? La Ciudad del Sol, del Cielo y de las flores; la mágica «Ciudad de la Gracia»—¡oh, inefable recuerdo de *Jacinto Ilusión!*—compartió las preferencias y los amores del excelso costumbrista, con los rientes pueblecitos blancos de la feraz campiña onubo-sevillana...

Madre de adopción, consagrada así, por su voluntad libérrima que como a tal la quiso, a ella dedicó don Juan sin regateos, páginas y páginas de inspiración sublime. Sevilla fué su musa ideal... Sevilla fué su... segunda madre...

«Sevilla de mis amores,  
¡Cuánto te quiero, Sevilla!

No porque fueras mi madre;  
que no tuve tanta dicha.

Mas... ¿qué digo? madre fuiste;  
Madre del alma, querida:  
pues si los ojos del cuerpo,  
de tí lejos, abrí al día,  
en tí los ojos del alma  
abrí, por mi bien, Sevilla.»

Y toda el alma bruja de la Ciudad, palpité en sus obras, y fluyó por su pluma de oro, y se hizo luz y cielo y alegría en el lienzo de sus creaciones admirables, por obra y gracia de sus pinceles mágicos.

Y la Semana Santa—bocetada, primero en *La Millona*; pintada luego, juntamente con la Feria de Abril, de mano maestra, en dos libros definitivos—; y la procesión de la Virgen de los Reyes (artículo suelto); y el Parque, cuyo cumplido y brillantísimo elogio, hizo al principio de su cuento *Leción de Botánica*; y el ambiente de la Ciudad, certeramente *visto y copiado* en *Oro de Ley* y en algún que otro pasaje de esa preciosidad de novela que se titula *Paco Góngora*...

Supo el ilustre literato, adentrarse, en fin, en el alma exquisita de la Ciudad, y escribir esos dos libros portentosos, que se nombran *En el cielo de la tierra* y *Cruz y Claveles*.

Otra prueba inequívoca del amor que Sevilla, la incomparable, inspiró siempre al eximio poeta cuyo elogio hemos pretendido trazar en estos apuntes, es el libro *Menudencias Epicas*, preciosa colección de cinco interesantes leyendas sevillanas.

Son: *Norabuena lo pariste* (1890), la bellísima tradición de la Virgen bendita del Reposo, milagrosa imagen que se venera en el trascoro de la Basílica Hispalense.

*¡Eternidad!* (1892) poética y ejemplar narración anecdótica, de la que el autor supone protagonista—ignoramos con qué fundamento—al Arcediano Vázquez de Leca.

*El Santísimo Cristo del Amor* (1893), el dulce milagro de la espina clavada, por Amor, en la carne y en el alma de un discípulo de Martínez Montañés.

*La mujer fuerte*, (1894), en la que nos canta la historia sublime de D.<sup>a</sup> María Coronel.

Y, por último, *La Caridad de Sevilla*, (1895) fantástica y macabra aventura—atribuida a diversos burladores, en distintas épocas—y que en el poema a que nos referimos se considera, de acuerdo con la creencia popular sevillana, causa y motivo de conversión para el piadoso caballero don Miguel de Mañara, de santa memoria.

Aparte la mayor o menor exactitud histórica de las cinco leyendas antedichas—ya el autor hace esta salvedad en su *Nota* de la primera edición (1897)—su deseo de *que se perpetúe la belleza que atesora el sentimiento cristiano de Sevilla*, queda conseguido, con creces, en este bello ramillete de romances.

\*  
\*\*

Y para fin de los deshilvanados renglones de impresión y elogio, trazados en memoria del insigne novelista andaluz y prologales de un bello libro de versos suyos, queremos dejar copiado aquí, el soneto-oración que le dedicamos en su muerte:

Señor: Regó las almas de alegría;  
—oh, dulces manos misericordiosas!—  
Puso luz en las noches tenebrosas;  
—oh, mente insigne, clara como el día!—

Con flores del jardín de Andalucía  
vistió su Cruz de espinas dolorosas...  
¡Hizo encender el triunfo de las rosas  
en el rosal de la melancolía!

Señor: Te amó con mística ternura;  
inundó de esperanza y de ventura  
la soledad de nuestros corazones...

Tú lo llamas, Señor: Nos abandona...  
Señor: Engarza en su triunfal corona  
la humilde flor de nuestras oraciones!

PEDRO A. MORGADO.

La Palma (Huelva) 1.º Enero 1925.

## LA CATEDRAL DE SEVILLA

Joya de piedra gigante,  
Y aun más que gigante, rica;  
Relicario cincelado,  
Que la andaluza Odalisca  
Prendió en su seno al volverse  
Del Nazareno discípula,  
Existe un templo, llamado  
La Catedral de Sevilla.

Los adornos y detalles  
De cien épocas distintas;  
Los caprichos de cien gustos  
Y el buril de cien artistas,  
Deslizándose por ella,  
La han ido haciendo morisca,  
Plateresca y mudejárica,  
Y hasta un poco borromina:  
Mas sus arcadas y agujas,  
Sus picadaś cresterías,  
Sus calados rosetones,  
Sus estrechas hornacinas,  
De do ven rodar los siglos.

Santos de actitudes místicas;  
Sus alegóricas puertas,  
Que a buscar a Dios invitan,  
En el templo, si se ensanchan,  
En el cielo, si se empinan;  
Todo, con lengua de piedra,  
Al verla, a primera vista,  
Pregona que es templo gótico  
La Catedral de Sevilla.



## II

## ¡RUINAS!

¡Pobre joyal rota yace  
Por la divina Justicia,  
Que los pecados de un pueblo  
Con mano airada castiga!  
¡Pobre templo! ¡en día aciago  
Yo ví sus tristes ruinas,  
Como maldición del cielo  
Sobre nosotros llovida!

Yo ví sus verjas de bronce  
Rodar por tierra, partidas  
Cual trozos de filigrana,  
Que un joyel envidiaría.

Yo ví sus sagradas piedras  
Del incienso ennegrecidas,  
En el blanco pavimento  
Echadas sobre sí mismas,  
Como los restos de un mártir,  
Formando gloriosa hacina.

Yo ví una rota ventana,  
Sin vidrios en sus ojivas,

Que sobre el altar mayor  
De entre sombras se divisa,  
Verter lágrimas de luz  
Por la desierta crujía,  
Sobre los órganos mudos,  
Sobre las tronchadas cimbrías,  
Sobre el Sagrario vacío  
Y el ara santa movida,  
Verter lágrimas de luz,  
Como la blanca pupila  
De un ciego vierte su llanto  
Sobre incurables heridas.

¡Quién me hubiera dado el plectro  
Del divino Jeremías,  
Con qué lloró sobre el polvo  
De Jerusalén hundida!  
¡Quién sus quejidos del alma,  
Quién su inspiración divina,  
Para cubrir los escombros  
De la grandiosa Basílica,  
Como con un paño fúnebre,  
Con los ecos de mi lira!

Mas ¡ay! que, lívido el labio,  
Mudo doblé la rodilla;  
Regué con llanto del alma  
Aquellas piedras benditas,  
Y, entre besos silenciosos

Que dejaba en sus aristas,  
Modulando amargos ayes  
Murmuró la lengua mía:  
—¿Sevilla sin Catedral?...  
¡Ni es cristiana, ni es Sevilla!—



## III

## DETRÁS DEL ALTAR MAYOR.

En el muro gigantesco  
Que está frente a la capilla  
Donde posan hace siglos  
De un Rey Santo las cenizas;  
Entre una corte de Santos  
Que modeló un gran artista, (1)  
Bajo el chapitel esbelto  
De una ojival hornacina,  
Desde no cercana fecha,  
Gótica Virgen había, (2)  
Como en su nido de barro  
Vive amante golondrina.

Mas no, por estar tan alta,  
Pasó por alto a Sevilla;  
Pues plateresca corona,  
Cuajada de piedra finas,

---

(1) Miguel Florentín.

(2) Cuando esta leyenda se estaba escribiendo (Octubre de 1890), la imagen a que me refiero no estaba en la hornacina que siempre había ocupado. La devoción que le profesa Sevilla, incompatible con el estado del trasaltar, la trasladó a otro sitio donde pudiera ser visitada por los fieles.

La blanca sien de la Virgen  
Engastaba y circuía,  
Como el engaste más rico  
Ciñe a la perla más rica.

Varias lámparas de plata,  
Continuamente encendidas,  
Como lágrimas ardientes  
Que la bóveda vertía  
En mística adoración  
A la Deidad que cobija,  
Disipaban las tinieblas,  
Que en las bóvedas anidan  
Con el aromoso incienso  
Que en vagas ondas subía,  
Al cremarse en vasos de oro  
A la oración vespertina....

En las luces de las lámparas,  
Ya brillantes, ya indecisas,  
Que temblaban al pasar  
Del órgano la armonía,  
Como en extraño letrero  
De escritura jeroglífica,  
Como siempre visionarios,  
Mis ojos siempre leían:  
—¡Doquiera que haya una Virgen,  
Está el fervor de Sevilla!—

¡Pobre Reina destronada!  
Como errante golondrina  
Que, buscando nuevos soles,  
Tiende el vuelo a nuevos climas,  
Voló de su antiguo nido,  
Dejó su estrecha hornacina...  
Y es que subió en torno suyo  
Algo que nunca subía;  
Que a la salmodia del coro  
Grave, cadenciosa, rítmica,  
Sucedió de los obreros  
La discorde gritería;  
La luz radiante del sol,  
A aquella penumbra mística,  
Que las luces de las lámparas  
A ahuyentar no se atrevían;  
A la música del órgano,  
Los golpes de los tallistas;  
Y al perfume del incienso  
El polvo de las ruinas;  
A la primavera, en fin,  
Dulce, perfumada y tibia,  
Que flotaba eternamente  
En torno de la hornacina,  
Sucedió tan frío invierno  
Que la Imagen se atería,  
Como a los soplos de Octubre  
La ardorosa golondrina.

Y entonces voló a un retablo, (1)  
Revoltijo de cornisas,  
De frutas y de hojarasca  
Y arcos de quebradas líneas,  
Do fué, cual lirio gentil,  
Entre doradas espinas.

No ha mucho que del retablo (2)  
Tornó a su estrecha hornacina;  
Que el águila por el suelo  
No hace largas travesías:  
Mas aún vaga en torno suyo  
Algo que aturde y que atrista;  
Que aún Dios sigue desterrado  
De su grandiosa Basílica;  
¡Aún, por desgracia del arte,  
Como azucena marchita,  
Tiene la frente en el polvo  
La Catedral de Sevilla!

---

(1) El primero de la izquierda entrando por la puerta del patio de los Naranjos, en el antiguo Sagrario, hoy Catedral.

(2) Hecha esta leyenda para la anual velada literaria del 7 de Diciembre con que celebra la Concepción Inmaculada de María el Seminario de Sevilla, su dignísimo Rector, el Muy Ilustre Sr. Dr. D. Silvestre Pérez Godoy (q. e. p. d.) a cuya erudita censura sometí este trabajo, tuvo o bien insinuarle la adición de unos cuantos versos, en que hiciera constar que, poco antes, había vuelto a su lugar de siempre la santa Imagen. Son los doce que siguen a esta llamada.

Al pie del muro gigante  
Do está esa Virgen bendita,  
Que tengo, desde muy niño,  
Grabada en mi fantasía,  
Llego a decir mis cantares  
Y a llorar mis penas íntimas;  
Pues, si allí do hay una Virgen,  
Está el fervor de Sevilla,  
Allí do una Virgen hay  
Está templada mi cítara;  
Que, aunque de indómitas cuerdas,  
Incapaces de armonía,  
Como es el eco de un alma  
Que de amor suyo palpita,  
No le disuena a la Virgen:  
—¿Verdad que no, Madre mía?—



## IV

## LA VIRGEN

La Imagen, obra correcta  
Del decimosexto siglo,  
Más que correcta es devota;  
Y es de corrección prodigio.

Su indescriptible cabeza,  
Que se dobla como un lirio,  
Para besar con los ojos  
La rubia frente del Niño,  
Tiene en los ojos impreso  
Tanto de éxtasis divino,  
Que, a través de su quietud,  
De amor arguye el delirio.

Parece que no respira,  
Para que el leve latido  
De su pecho no despierte  
A su tierno y dulce Niño,  
Que, con místico abandono  
Duerme en su seno bendito,  
Como en el lecho de flores  
Que hay en el Cántico bíblico.

Sobre el hombro de la Madre,  
Doblado el tierno bracito,  
Hoce cojín a su frente,  
Mezcla de rosa y de armiño:  
De su boca en la sonrisa,  
De su cuerpo en el descuido  
Y en sus ojitos velados  
Quizás la Madre haya visto  
Que no sueña con la cruz,  
Sueño constante del Niño;  
Sino que sueña vestirse  
De especies de Pan y Vino,  
Para entrar en aquel seno,  
De do, hace poco, ha salido,  
Como el esposo que sale  
De su tálamo dulcísimo.

Esto quizás a la Virgen  
Le diga el sueño tranquilo  
De que goza entre sus brazos  
Su quieto y dormido Niño.  
Y... por eso no respira;  
Para que al leve latido  
De su pecho, no se ahuyenten  
Los dulces sueños del Hijo.

Las cabezas ya presagian  
Los colores de Murillo,  
Las carnes de Montañés,

De la Roldana los rizos,  
Y el sér que encarnó en sus obras  
El gran Hita del Castillo:  
Tal es su color, sus carnes,  
Sus cabellos y su espíritu.

Las ropas, de luengos pliegues,  
Talladas al gusto ojivo,  
Manto azul, túnica roja,  
Estofados de oro fino;  
Y el ademán, que revela  
Arrobador misticismo,  
Delatan la ilustre firma  
Del gran Miguel Florentino;  
De ese artista, que, aunque sólo  
Legado hubiera a los siglos  
El bello y místico grupo  
De esa Virgen y ese Niño,  
Merecería un laurel,  
Un monumento y un libro.

Tal estatua no es extraño  
Que, aunque puesta en muro altísimo  
Solamente como mero  
Detalle decorativo,  
Fuera el foco de atracción  
De un pueblo de suyo artístico.

Yo me figuro que al verla,  
Sevilla, entusiasta, dijo:

—Si carece de un altar  
Donde encender blancos cirios,  
El aceite de cien lámparas  
Le cremaré en sacrificio,  
Por que entre zona de estrellas  
Luzca esa Luna su brillo.  
Si no admite ricos paños,  
Por vestirla el Florentino,  
Rica diadema de piedras  
Y cincelados finísimos  
Sirva de estigma dorada  
A ese puro y blanco Lirio.—

Y la piedad de este pueblo,  
Cuanto fervoroso, rico,  
Trocó en estuche de joyas  
El estrecho y alto nicho,  
Y en constelación de estrellas  
Convirtió el arco vecino.



## V

## EL NOMBRE.

El venerable Contreras,  
Ese sevillano eximio,  
Fiel discípulo del Gólgota,  
E insigne amador de Cristo,  
Fué quien dió a la santa Imagen.  
El más oportuno título.

Diz que una vez, de rodillas  
Sobre el pavimento frío;  
Por reclinatorio, el báculo  
Que compró tantos cautivos;  
Doblada la mustia frente,  
Cual blanco jazmín marchito,  
La materia de su sér  
Presa de agudo martirio,  
—Madre de Dios del Reposo,  
Dadme vos reposo—dijo.  
La Virgen, con un milagro,  
Puso la rúbrica al título;  
Pues la dolencia del justo  
Quedó curada allí mismo..

Y, a imitación del Contreras,  
Ansiando eficaz alivio,  
La extensa nave alfombraron  
Los enfermos y afligidos,  
Que de doquiera llegaban,  
Como a la madre los hijos,  
Al *Reposo* por Dios puesto  
De la vida en el camino:  
En este desierto amargo,  
Fatigoso y aridísimo,  
Do, en derecha del cielo,  
Caminamos peregrinos.

Y la Virgen del Reposo,  
Derramando sus prodigos,  
Fué el gran foco de atracción  
De un gran pueblo agradecido;  
Que, aunque artístico de suyo,  
Más es cristiano, que artístico.



## VI

## EL JUDÍO

Isacár, hijo de Esrón,  
Judío de pura raza,  
Hipócrita como todos,  
Como todos, sin entrañas,  
Y ambicioso, cual ninguno  
De los de su negra casta,  
Con la Virgen del Reposo  
Formando extraña amalgama,  
De este cuadro que bosquejo  
Va a ser la vida y el alma.  
—¿Una Virgen y un judío?  
¡Pardiez, que es cosa harto rara!—

Cual los nobles en su escudo  
Los timbres de su prosapia,  
El Isacár de mi cuento  
Impresos lleva en la cara  
Los pecados de sus padres  
Y el gran baldón de su raza.

Su frente, que busca el suelo,  
Por cien arrugas surcada,  
Parece que se doblega

Bajo el peso de una infamia;  
O que reniega del cielo,  
Cual del Cristo renegara.

Sus ojos nunca han podido  
Resistir una mirada;  
Y en lo grandes y en lo negros  
Dicen con mudas palabras  
Que es su codicia aún más grande,  
Y aún muy más negra su alma.  
Su piel, rugosa y cetrina,  
Y oval la expresiva cara;  
La nariz, correcta y corva;  
La boca, sumida y pálida;  
Blanca la escasa guedeja;  
Sucia y gris la espesa barba;  
El cuerpo seco y huesoso,  
Cual una angulosa rama,  
Su traje, siempre harapiento,  
Su ademán, de santo en andas;  
Mas descubre sin querer,  
Con cierta invisible marca,  
Los pecados de sus padres  
Y el gran baldón de su raza,  
Indeleblemente escritos  
En los rasgos de su cara.

Rico comerciante en sedas  
Y perfumes de la Arabia,  
En *el Horno de las Brujas*  
Tiene Isacár vieja casa,

Donde vende sus perfumes  
Y de sedas tiene fábricas.  
Protestando el muy taimado  
A todo aquel con quien habla,  
Con la mano sobre el pecho,  
Y algunas veces con lágrimas,  
Que el comercio es de un amigo,  
Y que él no es dueño de nada.

Las sedas y los perfumes  
Ríndenle pingües ganancias;  
Que, aunque tantas y tan pingües,  
Su codicia nunca sacian:  
Que la avaricia es un cáncer  
Que pudre y carcome el alma;  
Y como el virus del oro  
De tal efecto es la causa,  
Mientras más oro, más honda,  
más podrida está la llaga.

Dineros presta Isacár,  
Con fabulosas ganancias;  
Pero los presta llorando,  
Como si prestara el alma;  
Contando siempre a la víctima  
Su consabida patraña:  
Que él es muy pobre, ¡muy pobre!  
Que no tiene nada, ¡nada!  
Que aquel préstamo no es suyo...  
Por eso exige fianza:

Y que un amigo, ¡otro pobre!  
Que es el que presta, le encarga  
Seguridad para el cobro  
Y... algo también de ganancia.  
¡Ah! ¡si él tuviera dineros,  
Con cuánto gusto prestará!  
Pero no con intereses,  
Ni con la menor fianza;  
Que para él vale más  
De un cristiano la palabra.

Y expira el plazo; y la deuda.  
No ha podido ser pagada;  
Y el pobre Isacár, llorando,  
Lamentando su desgracia,  
Renegando de su amigo,  
Y hasta de toda su casta,  
Ganas de seguir prestando  
Para el tal amigo saca;  
Pues, además de la deuda,  
Veinte veces duplicada,  
Tiene el pobre que cobrar  
Joyas y tierras y casas...  
Y... ¿qué se yo? sólo sé  
Que al pobre le parte el alma.  
La codicia del amigo  
Y del deudor la desgracia...  
¡Ay! ¡si él tuviera dineros,  
Con cuánto gusto prestará!



—¡Maldito usurero, monstruo,  
Que llenas tus hondas arcas,  
Merced a un robo sacrílego,  
De monedas y de lágrimas!  
¡Oro se te vuelva el pan,  
Oro se te vuelva el agua!  
¡Maldito! la maldición  
De los hombres te acompaña;  
Del ladrón el sucio estigma  
Tu execrable frente marca;  
Y ese afán, esa inquietud  
Que te anuda la garganta,  
Que ahuyenta tu corto sueño,  
Que te roe las entrañas,  
Son los primeros preludios  
Del infierno que te aguarda.

¡Fuera, fuera, cruel vampiro!  
¡Baldón de la especie humana!  
¡Oro se te vuelva el pan!  
¡Oro se te vuelva el agua!  
Y... ¡oro se te vuelva el aire  
Cuando a respirarlo vayas!



## VII

## A G A R

Tiene Isacár una hija  
Que, aunque hebrea y sevillana,  
Parece que es filistea,  
Por lo parecida a Dálila;  
Pero en lo hermoso del cuerpo,  
Que no en lo falso del alma.

Hija de un padre tan pobre,  
Jamás se puso arracadas,  
Que, si no de oro y diamantes,  
Bien pudieran ser de plata:  
Y aunque sedas y tisúes  
Se tejían en su casa,  
Como un amigo del padre  
Era el dueño de las fábricas,  
La niña nunca vistió  
Sino pobre y burda lana.

Pero en Sevilla las flores,  
No sé por qué nunca faltan;  
Y doquier que haya una flor,  
De fijo habrá una muchacha,

Pues la flor y la mujer,  
Dijo el vate, son hermanas.  
Y es que las flores son joyas,  
Por Dios mismo trabajadas,  
Para que pobres y ricos  
Tengan a mano una alhaja;  
Y la mujer, por ser tal,  
O rinde culto a las galas,  
O las tira y las desprecia;  
Y entonces es una santa.

Agár, pues este es el nombre  
De la hebrea sevillana,  
Sobre su negro cabello  
Siempre lleva flores blancas,  
Como estrellas de marfil,  
En azabaché incrustadas.  
Estrellas que nunca lucen,  
Porque en sus pliegues las tapa  
Blanca toca a la judía,  
Con la que Agár recatada  
Cubre la negra cabeza,  
Con no poco de la cara,  
Subiendo el nevado embozo  
Muy por cima de la barba.

Mas ¿qué importa que no luzca  
Sus adornos la muchacha?  
¿No está tocada de flores?

Pues eso solo le basta;  
Que ni intenta seducir,  
Ni aun agradar, con sus galas;  
Sino saciar ese instinto,  
Que de lo bello se llama,  
Y que toda mujer lleva  
Tan arraigado en el alma.

No os pase, pues, por las mientes:  
Que Agár es frívola y vana:  
Que, aunque de leves jazmines  
Se ciña fresca guirnalda,  
Y aun cuando lleve la toca,  
Cual la nieve, siempre blanca,  
No es la niña filistea,  
Ni judía, que es cristiana.

Ni en sueños puede Isacár  
Imaginarse la causa  
De tal pudor y recato,  
De modestia tal y tanta.  
Piensa que gusta la virgen  
De preseas y de galas,  
Por haberla sorprendido  
Ciñéndose sus guirnaldas;  
Mas, como nunca le pide  
Ni manillas, ni arracadas,  
Ni terciopelos, ni sedas,  
Ni embarcinados, ni randas,  
Piensa que adora al dinero

Que él lleva dentro del alma,  
Como a una divinidad,  
Que se adora sin tocarla.

Plácele mucho al judío  
Tan sobria y buena muchacha;  
Y al ver su frugalidad,  
Con muecas de risa exclama:  
—Vaya si sabe la chica  
No renegar de la casta.—



## VIII

## A M O R Í O S

Diz que en Sevilla vivía  
Por aquel tiempo un magnate,  
Señor de extensos dominios  
Y nobilísima sangre.

Tiene señorial mansión  
Que llenó el gusto del árabe  
De finos alicatados  
Con primorosos realces  
Y metálicos reflejos,  
Que sirven de digna base  
A las arábigas líneas  
De los estucos de encaje,  
Con que sus muros vistieron  
Alarifes almohades.

Sobre la portada ostenta  
Enorme escusón de jaspe,  
Que, bajo ducal corona,  
Con los timbres de sus padres,  
Deja ver, en campo blanco,  
Y hecha de costoso esmalte,

Roja cruz de Calatrava,  
Con lises en sus remates.

El lujo de su palacio  
Dice el rango de su clase:  
Mas, como a veces los próceres,  
Por lo mismo que son grandes,  
Se permiten permitirse  
Muy grandes debilidades,  
Nuestro Duque se disfraza  
Y de su palacio sale,  
A recorrer de Sevilla  
Las tuertas y angostas calles.

Lo que le impulsa no sé;  
Mas no será muy laudable,  
Ni muy propio de un señor,  
Cuando apela a disfrazarse.

A la luz de los faroles,  
Que alumbran a las imágenes  
Que la piedad de Sevilla  
Colocó por todas partes,  
En el *Patio de Banderas*  
Lo mismo que en los corrales,  
Suele su silueta airosa  
Muchas noches dibujarse,  
Cual la de un ave nocturna  
Que vuela a caza de carne,

Embozada en fina capa  
De rico damasco jalde.

Por el *Horno de las Brujas*  
Pasó una vez el magnate;  
Y al ver los ricos brocados  
Llamativos y brillantes;  
Los búcaros de la China,  
Y las gomas orientales,  
Que Isacár tiene en el patio  
De su casa miserable,  
Donde un enorme candil  
Chisporroteando arde,  
Entró en el hondo zaguán,  
Cruzó el patio de arcos árabes,  
Y empezó a elegir algunas  
De aquellas preciosidades.

Calada la toca blanca,  
Está Agár junto a su padre,  
Llenando de ricas gomas  
Transparentes y fragantes  
Un cofre de filigrana,  
Con las bisagras de esmaltes,  
Que, a la par de un pebetero  
De combinados metales,  
A opulento Adelantado  
Se le vendió por la tarde.

Sin reparar en el Duque,

Que, a más de un esbelto talle,  
Tiene escultural cabeza  
Y exquisitos ademanes.  
De su padre en el oído  
Dijo la niña unas frases,  
Y a vista del comprador  
Desapareció como un ángel,  
No sin dejarle en el alma  
Grabada su hermosa imagen.

En vano el Duque esperó  
Que la muchacha tornase:  
Siglos desde aquel momento  
Se le hicieron los instantes;  
—¡Y la niña, sin volver!  
¿Y tanto esperar en balde?...  
¿En balde dije? ¡Veremos  
Quién tiene que doblegarse!—

Tal pensaba el fiero prócer,  
Sintiendo arder en su sangre,  
Más que el ímpetu brutal  
De una pasión de la carne,  
El ardor de la soberbia,  
Que hizo demonio a un arcángel



## IX

## UN PAGO ANTICIPADO

Después de pagar con creces,  
Salió el Duque de la casa,  
Dispuesto a hacerse el Sansón  
De aquella preciosa Dálila.  
—¡Ha de caer a mis pies!  
¿Cómo? ¡veremos!—pensaba.

Pero la niña es de piedra,  
Y ha aprendido a ser cristiana,  
Y a escupir a las coronas,  
Si las encuentra manchadas;  
Que, a querer una diadema,  
La querría inmaculada;  
Cual la de blancos jazmines,  
Que su negro pelo engasta.

Por eso en vano se van  
Los días y las semanas,  
Sin que a realizarse lleguen  
Del prócer las esperanzas.

Firme Agár en su propósito  
De morir pobre y honrada,

Ni a las misivas del Duque  
Jamás contestó palabra,  
Ni admitió los brazaletes,  
Gargantillas y arracadas,  
Que, como inocentes dones,  
Galante aquél le enviara.

Supo Isacár del magnate  
Las pretensiones bastardas.  
Y, en vez de sacar los ojos  
A quien medita su infamia,  
Del oro al olor infame  
Del prócer llegó a la casa,  
Para, a trueque de su honor,  
Rellenar sus llenas arcas.

Porque al tratarse de Grandes,  
Daba él su vida y su alma:  
Dineros... si los tuviera,  
De seguro que los daba...  
¡Pero era el pobre tan pobre,  
Que no era dueño de nada!

Bajo el artístico techo  
De lujosísima cuadra,  
Donde el oro y el marfil,  
El terciopelo y el nácar,  
Igual visten las paredes,  
Que se mezclan con la talla  
Del mueblaje aparatoso  
De las maderas más raras,

Entre el prócer y el judío  
Fórjase impúdica trama,  
Tan inicua y tan obscena,  
Que a Asmodeo sonrojara.  
Su escarcela de brocado,  
De seda y perlas bordada,  
Llena de monedas de oro,  
Dona a Isacár el toparca;  
Protestando cada cual  
Tener la intención más sana,  
El prócer, al ofrecerla,  
Y el judío, al aceptarla...  
¡Isacár se ha conmovido  
Con lo regio de la dádiva!...  
Besa la mano bendita  
Que socorre a la desgracia;  
Y hacia el *Horno de las Brujas*  
Con cara de santo en andas,  
Pensando en cosas del cielo,  
Tranquilo emprende su marcha,  
Rezando al paso estas frases:  
—¡Este Duque es una gangal!  
¡Cuidado con el dinero  
Que da por una muchacha!



## X

## SIN NOMBRE

La proposición del padre  
Escucha Agár aterrada;  
La azucena de su frente  
Se torna color de grana;  
Brotan sus ojos dos perlas,  
Líquidas como dos lágrimas,  
Y... dice que va a ser monja,  
Porque ha tiempo que es cristiana.

La palabra dada al Duque,  
Su autoridad esquivada,  
Su desfraudada ambición,  
La ciega fe de su raza,  
En torbellino de infierno,  
Como tropel de fantasmas,  
Por la frente de Isacár  
Pasan cual violentas ráfagas.  
Y, como serpiente herida,  
Que ya se enrosca y se arrastra,  
Ya la sañuda cabeza  
Sobre su pecho levanta,  
Languidez y crispación

Siente que juntas le asaltan.  
Brótanle fuego los ojos,  
Los labios, viscosa baba,  
Y con brusca convulsión,  
Y entre ayes y carcajadas,  
En el cuello de la virgen  
Pone, cual férrea tenaza,  
Sus manos crespas y frías,  
Y horrenda blasfemia lanza.

Sigue indescriptible escena,  
En que a fieras amenazas,  
Responden hondos lamentos,  
Humildes ruegos y lágrimas:  
Mas todo en vano: Isacár,  
Ciego de cólera y rabia,  
De golpes espesa lluvia  
Sobre la mártir descarga,  
Arrancándole el cabello,  
Arañándole la cara,  
Dislocándole los brazos,  
Mordiéndole la garganta...  
Mientras la mártir repite:  
—¡Soy cristiana! ¡soy cristiana!—

Profundo y húmedo sótano  
De un golpe Isacár destapa:  
Como demonio que a un ángel  
Con sus uñas apresara,

Toma el brazo de la virgen,  
Loco de furor la arrastra,  
Le intima a que le obedezca,  
Con mayores amenazas...  
Mas la mártir, en lo firme,  
Bien deja ver que es cristiana.  
Con violenta sacudida,  
Dentro del foso la lanza;  
Cierra nervioso la puerta,  
Corre cerrojos y aldabas,  
Y, a poco tiempo, recobra  
Su ademán de santo en andas.



## XI

## ¡S O L A !

¡Pobre Agár! densas tinieblas  
Le tejen negra mortaja;  
Pues, aunque vive la niña,  
Quizás morirá mañana;  
Que nunca se vió tan débil  
Ni con la fiebre tan alta.

¡Pobre Agár, en noche eterna  
Yace, viva, sepultada!  
¡Infelice, miedo horrendo  
Continuamente le asalta!  
Que allá de la oscuridad  
Entre la impalpable gasa,  
Su alta fiebre le dibuja  
Las visiones más extrañas.  
Ya duendes de horrendas formas,  
Que sobre monstruos cabalgan  
Y en infernal aquelarre  
Se burlan de su desgracia,  
Con visajes y mohines  
Que la amedrentan y espantan.  
Ya raudo tropel de brujas

En escobones montadas,  
Que untándose raro unguento,  
Vuelan por la negra estancia,  
Agitando en torno de ella  
Sucios harapos por alas.

Ya amarillos esqueletos,  
Que bailan horribles danzas,  
Moviendo en el negro ambiente  
las canillas descarnadas:

Ya... en fin, ese inmenso cuadro,  
Que el pincel del miedo traza  
Con objetos nunca vistos  
Y actitudes nunca usadas.

Cúbrese el rostro la virgen  
Con sus dos manos de nácar,  
Cual cubren la blanca luna  
Girones de nubes blancas;  
Mas, ni por eso se ahuyentan  
De su mente los fantasmas;  
Pues, cual si fueran fosfóricas  
Las tintas que los esmaltan,  
Mientras más negro es el fondo,  
Más visibles se destacan.

¡Pobre Agár! en noche eterna  
Yace, viva, sepultada;  
Débil el cuerpo de hambre,  
Seca de sed la garganta,  
De tanto llorar, los ojos  
Abrasados por las lágrimas.

¡Sola en el mundo, sin madre,  
Que la alivie en su desgracia,  
Ni enjague el llanto de fuego  
Que su triste rostro baña!

¡Sola! ¡sola!... y en un sótano  
Do languidece y desmaya,  
Presa de fiebre su cuerpo,  
Presa de pavor el alma,  
Llena la ardiente cabeza  
De mil horrendos fantasmas.

Como nunca vé la luz,  
No sabe el tiempo que pasa;  
Que ha de haber pasado mucho  
Le parece; pues las lágrimas  
Que ha derramado en el sótano  
Han sido tantas y tantas,  
Que sólo una eternidad  
Fuera bastante a llorarlas.



## XII

## LA INQUISICIÓN

De pronto escucha el chirrido  
De la llave y las aldabas,  
Y vé un torrente de luz,  
Que de la escalera baja,  
Cual rompimiento de gloria,  
Que hábil artista pintara,  
Al pintar en sus prisiones  
Alguna mártir cristiana.

Por la pendiente escalera  
Vé dos figuras que bajan,  
Y que imagina dos ángeles,  
Que Dios manda a libertarla:  
Mas, cuando en ellas un punto  
Fija, a través de sus lágrimas,  
De sus pupilas ansiosas  
La escrutadora mirada,  
Vé un fraile huesoso y seco,  
De nevada y luenga barba,  
Y un hombre, que es alguacil,  
Según deja ver su vara.  
Tras ellos baja Isacár,

Con las manos a la espalda,  
Guardado por dos corchetes  
Con otro fraile a la zaga.

—¡Ben'dita la inquisición!—  
La niña serena exclama:  
Pues justicias no impusieron  
Jamás a la gente honrada.

¡La inquisición! ella es  
La que al hondo foso baja;  
Pues ha sabido que Agár,  
Sin justicia castigada,  
Sufre inocente el martirio;  
Sin que de su padre el alma,  
Que no tiene ni una fibra,  
Que no esté metalizada,  
Se conmueva ante el ejemplo  
De tan heroica constancia.

Tras corto interrogatorio,  
Del foso a la virgen sacan;  
Que, aunque débil, como es joven,  
Gentil y ligera marcha;  
Subiendo todos tras ella,  
Hasta el patio de la casa.

Vanas excusas expone  
De su conducta menguada  
El hipócrita Isacár,  
Con temblorosa palabra.

Repite que él es muy pobre,  
Que Agár es harto liviana;  
Pues, sin tener para pan,  
Le pide joyas y galas,  
Y que por galas y joyas  
Quiso deshorrar sus canas,  
Vendiendo su cuerpo a un hombre,  
Que le canta serenatas,  
Al són de expresiva guzla  
Recostado en su ventana:  
Que aunque vé que es imposible  
Sostener tamaña carga,  
Prefiere morir de hambre  
A ver a Agár deshonrada:  
De aquí los grandes dispendios  
Que hace para ataviarla.  
Pero en vano: que, ambiciosa,  
Es aun mucho más liviana...  
Lágrimas del corazón  
Le cuesta así castigarla:  
Mas ¿qué hacer con una hija,  
Que se burla de amenazas?  
Aquí se enternece y dice:  
—¡Hija mía de mi alma!—

De Agár la serena frente  
Desmintiendo está a las claras  
Aquella infame calumnia  
Que la envuelve, sin mancharla;

Y a las razones del viejo,  
Con voz apacible y mansa,  
Contesta humilde y sumisa,  
Después de pequeña pausa,  
Sacrificando su honor  
Del amor paterno en aras:  
—Sé que mi padre es muy pobre;  
Sé que le sirvo de carga...  
Su bendición le suplico  
Para del todo aliviársela:  
Propongo hacer penitencia  
De mi vida relajada;  
Y entrar en el monasterio  
De Benedíctas Bernadas.  
Déme luego su licencia,  
Que harto lamento mis faltas;  
Y así, sin serle gravosa, -  
No me verá deshonrada.—

Y ante Isacár, de rodillas  
Besa humildosa sus plantas,  
Del anciano los chapines  
Empapando con sus lágrimas.

—¡Jamás!—Isacár prorrumpe  
Con la indignación más santa:  
—¿Tú, esposa de Jesucristo?  
¿Tú, Benedicta Bernarda?  
¡No eres digna de tal honra,

Por frívola y por liviana!  
Deja en el claustro vivir  
A las inocentes almas;  
Que tu vida escandalosa  
Pudiera escandalizarlas.  
Y además, buenos señores,  
Sed jueces en esta causa:  
Siendo tan pobre su padre,  
¿Debe en conciencia dotarla?—

—Basta,—prorrumpe indignado  
El fraile de luenga barba:  
—Pues que jueces nos hacéis  
Por todos mi lengua falla:  
¡Señor alguacill ¡Fray Carlos!  
¡El inquisidor lo manda!  
Tomad a Agár, y al convento  
De San Clemente llevadla,  
Diciéndole a la Abadesa  
Que ya iré yo a visitarla.  
Y así, a este padre infelice  
Suavizaremos la carga,  
Y en el desierto del claustro  
Esta segunda Egipciaca  
Hará austera penitencia  
Por su vida relajada.

Protesta Isacár airado,  
De furor tremente el habla.

Brama, y grita, y ruge, y llora,  
De ver fallida su trama;  
Y una obscena interjección  
Y una blasfemia nefanda,  
Cual su veneno la víbora,  
Sus pálidos labios lanzan.  
Retuércese cual si un áspid  
Le picase en las entrañas.  
Y, a ser algo más valiente,  
La vida al fraile arrancara.

Repíte el fraile sus órdenes,  
Con la más serena calma;  
Y Agár parte al Monasterio,  
Dando a Dios fervientes gracias,  
Porque de un infierno sale,  
Y a un cielo de dichas marcha.

En el arabesco patio,  
Como una hiena en su jaula,  
Sigue rugiendo Isacár,  
Con las manos a la espalda,  
Guardado por los corchetes,  
Cual por dos vivas estatuas.

Tranquilo el Inquisidor  
Fijando en él la mirada,  
Con ademán arrogante,  
Grave el acento, así habla:  
—Como os conozco, Isacár,  
Vuestra actitud no me espanta;

Ni vuestras iras me asustan;  
Ni vuestras frases me engañan.

Sé que sois un usurero  
Que, de monedas y lágrimas,  
Cual la conciencia de crímenes,  
Llenas tenéis vuestras arcas.

Sé que a esa niña inocente  
Castigáis con mano bárbara,  
Para rendirla al capricho  
De la pasión más bastarda.

Y sé por fin que, aunque hacéis  
Alardes de fe cristiana,  
Vivís en la muerta fe  
De vuestra proscrita raza.

Pensad, pensad en el cielo  
Tesoro que nunca falta;  
Y sabed que el Santo Oficio  
Va a seguir vuestras pisadas.

¡Ay de vos como robéis!  
Él abrirá vuestras arcas,  
Por cada pieza de cobre,  
Pidiéndoos otra de plata.

¡Ay de vos, si vuestra vida  
No se ajusta a la cristiana!  
Yo os prometo no olvidarme  
De las señas de esta casa.—

A una leve indicación,  
Los dos corchetes desatan

A Isacár, que ha recobrado  
Su ademán de Santo en andas.

Hácele el fraile un saludo,  
Las manos mete en las mangas,  
Y, a su zaga los corchetes,  
Tranquilo emprende su macha.

Y Agár quedó en el Convento,  
Como lirio entre las zarzas,  
Libre de Duques Sansones,  
Que se atrevan con las Dálilas.

Isacár, con mucho miedo  
De que dieran con sus arcas,  
Dispuesto a prestar muy poco,  
Con muy módicas ganancias:  
—¿Por una pieza de cobre  
Dar otra pieza de plata?...  
¡Ah! ¡jamás! ¡jamás!... primero  
Dar los ojos de la cara.—  
¡La maldita Inquisición  
No cometió más que infamias!



## XIII

## TARDE DE LA INMACULADA

Corre el 8 de Diciembre;  
Son las cinco de la tarde;  
La Giralda de Sevilla  
Con sus campanas da al aire  
Una lluvia de repiques  
De notas tiples y graves,  
Como una loca da al viento  
Ya sus risas, ya sus ayes.

Sevilla entera se agita  
Del templo en las anchas naves;  
Y algo de crujir de sedas,  
Y de fulgor de brillantes,  
Y de perfume de flores,  
Vaga disuelto en el aire,  
Que embalsama el incensario  
E iluminan los ciriales.

Delante del presbiterio,  
Cercado por todas partes  
De la cincelada verja,  
\* Como de dorado encaje,  
Y ante el valladar de plata

Que le forman *los gigantes* (1)  
Está el pueblo de rodillas,  
Oyendo el canto de *laudes*.

Detrás del altar mayor  
Está la mística Imagen  
De la Virgen del Reposo  
Entre lámparas brillantes,  
Que derraman en la bóveda  
Luz diluída y suave.

Con una caricia eterna  
Arrulla a su tierno Infante,  
Siempre dormido en sus brazos,  
¡Y Ella siempre contemplándole!  
¡Sin respirar nunca... ¡nunca!...  
Por temor de despertarle!  
¿Qué estará soñando el Niño,  
Y qué pensando la Madre?...

Junto al gigantesco muro,  
Con actitud suplicante,  
La barba hundida en el pecho,  
Con los brazos en el aire,  
Con lágrimas en los ojos,  
Y un harapo por ropaje,  
De rodillas yace un hombre,  
Con una piedad tan grande,

---

1 Blandones de plata, así llamados por su gran tamaño.

Que mueve a fervor su rostro,  
Como a compasión su traje.

Más de una vez, al pasar  
Prebendados y magnates,  
Diéronle santas limosnas,  
Pidiéndole que rezase  
Por algún alma en pecado,  
O algún dolor incurable;  
Pues favor que él no consiga,  
No ha de conseguirlo nadie.

No hace mucho que una dama,  
Que atravesó por la nave,  
Dióle cien maravedíes  
Por la mano de su paje,  
Encargándole que mucho  
Con el Señor se empeñase,  
Para que cierta persona  
Volviese bien de su viaje.

Tomó el pobre las monedas;  
Murmuró—Díos se lo pague;—  
Del crucero en derechura  
Siguió la dama elegante,  
Llevada la lengua cola  
Por dos pequeñitos pajes;  
Y el andrajoso mendigo  
Tornó a su actitud orante.



## XIV

## E L B A I L E

Dejémosle por un rato  
Rezar al pie de la Imagen,  
Vamos al altar mayor,  
Que hay que ver allí esta tarde:  
Que está puesto *el dosel bueno*,  
Y el *altar de plata grande*,  
De entre *los Santos de plata*,  
De antorchas entre millares,  
Bajo colosal corona,  
Y entre flores naturales,  
Está el Dios de los ejércitos  
Que, aunque tan santo y tan grande,  
Preso está en *el relicario*  
*De esmeraldas y diamantes.*

Ya están bailando los seises,  
Esos traviesillos ángeles,  
Que sirven al Rey Supremo  
De músicos y juglares;  
Esos niños de ojos pardos,  
Tan risueños, como grandes,  
Donde el sol de Andalucía

Dejó sus rayos brillantes;  
Esos niños que, cantando,  
Hacen pensar que lo hacen  
Con órganos de cristal,  
No con gargantas de carne;  
Vivientes arpas eólicas,  
En donde el viento del arte  
Canta con notas del cielo  
Los más rítmicos romances.

Castañuelas de marfil,  
Cuello cuadrado de encajes,  
Sombrero de seda y plumas,  
De damasco y oro el traje,  
Que es pantalón y chupilla  
Con las mangas al desgaire;  
Tales son los atavíos  
De esos traviesillos ángeles.

Ya están bailando los seises,  
Moviendo sus plantas ágiles  
Sobre el tapiz de oro y seda  
Que dibujan brutos y aves  
De colores irisados  
Entre flores y ramajes.  
Ya están bailando los seises,  
Dando al aire unos cantares,  
Que hacen creer que esos niños,  
Aunque traviesos, son ángeles.

Mas, de pronto, los gorgeos  
De sus voces celestiales,  
Terminado el tierno idilio  
Compuesto a la Virgen Madre,  
Se apagan, como la vida  
De la muerte a los umbrales.

Las sonoras castañuelas  
Repercuten en el aire,  
Como risas hermanadas  
De la orquesta con los ayes:  
Suena el último compás;  
Y los seises, destocándose,  
Se prosternan ante Dios,  
Principio y fin de sus bailes.

A la orquesta sigue el órgano,  
Y a los seises, los sochantres,  
Como al niño tierno y débil  
Sucede el hombre arrogante;  
Canta el Prelado las preces  
Con voz sonora y grave,  
Y *el Alabado* final  
Comienza, sigue y apágase;  
Como se apagan los círios,  
Y el turíbulo que arde,  
Y el clamor de las campanas,  
Y el sol que en su lecho cae...

¡Sólo Dios queda en su sér!  
Serenó, eterno, inmutable:  
Pues, aunque densas cortinas  
Entre sus pliegues lo tapen,  
Sigue inmóvil en su trono,  
Viendo rodar las edades.



## XV

## EL MILAGRO

Al son del último acorde,  
Comienza el pueblo a agitarse;  
Y algo de crujir de sedas,  
Y de fulgor de brillantes,  
Y de perfume de flores,  
Torna a vagar por el aire.

Desfilan en sus literas  
Los letrados y magnates;  
La suya ocupan las damas,  
Seguidas de sus galanes,  
Entre el lucido cortejo  
De doncellas y de pajes.

De la ciudad el Cabildo  
Por *gradas* del templo sale;  
Y en su silla gestatoria,  
Cual corresponde a su clase,  
Marcha a palacio el Prelado,  
Entre doce familiares,  
Que con antorchas alumbran,  
Como el piso de la calle,  
Las brillantes encomiendas

Y los riquísimos trajes  
Del séquito que le forman  
Las más altas Dignidades.

Aún los canónigos cruzan  
Por las ya desiertas naves,  
Y apagan los altos cirios  
*Peones* y sacristanes.

Pasa un intervalo breve;  
Y en sus goznes seculares  
Giran las puertas del templo,  
Quedando el templo, al cerrarse,  
Sin más luz que la que vierten,  
A través de sus cristales,  
Algunas débiles lámparas  
Que agonizan por instantes.

Las pintadas vidrieras  
De los altos ventanales,  
A los rayos de la luna,  
De entre las sombras destácanse,  
Como celestiales grupos  
De vírgenes y de mártires,  
Que, a bendecir a la tierra,  
Desde el cielo se asomasen.

*Ya la Puerta de los Palos*  
Se cerró por esta tarde,  
*Y a la de la Campanilla*  
*Va el Capataz con las llaves,*

Cuando, al pasar junto al muro  
Do está en su nicho la Imagen  
De la Virgen del Reposo,  
Vé en ademán suplicante  
Yacer de hinojos el hombre  
Del harapiento ropaje.

Mándale acabar sus rezos,  
Pues ya se va haciendo tarde;  
El devoto no responde;  
Y el buen Capataz, dejándole,  
Sigue cerrando las puertas,  
Y escrutando los pilares,  
Las verjas de las capillas,  
Que rechinan al cerrarse,  
Y atentamente mirando  
Confesonarios y altares.

Otra vez llega al devoto,  
Ya terminado su examen,  
Y aún el devoto prosigue  
Con su ademán suplicante.  
A la luz de una linterna  
Que en la izquierda mano trae,  
Vé la actitud del mendigo,  
Como la de estatua orante;  
Los brazos puestos en cruz,  
La cara alzada a la Imagen,  
Desencajados los ojos,  
Descompuesto su semblante,

Moviendo los labios pálidos,  
Cual si devoto rezase.

Miedo horrible el Capataz  
Siente que hiela su sangre;  
Que el ademán del mendigo  
Y el descompuesto semblante,  
Parécenle de un demonio,  
Que Dios hiciera rezarle.

Y con voz entrecortada,  
Reconociendo al orante,  
—¡Vamos pronto!— dice al fin,  
—Más limosna y menos salves,  
Que os conozco de hace tiempo,  
Don Isacár de mis males;  
Vamos pronto, que a la Virgen  
No hay judío que la engañe.—

Al ver que no le contesta,  
Quiere en brazos levantarle;  
Y el cuerpo inflexible y frío,  
Como del suelo los mármoles,  
Pesa cual mesa de plomo,  
Gravosa, rígida, estable.

—No puedo, exclama Isacár;  
Mi cuerpo es mármol sin sangre,  
¡Tan sólo muevo la lengua!—  
—Con ella tienes bastante,  
¡Que lástima que a esa víbora

No haya muerte que la matel  
Pero... ¡vamos! que es de noche  
Y estoy harto de aguardarte;  
Levántate, si no quieres  
Que hasta la plaza te arrastre.—

—No puedo—Isacár repite:  
Y el Capataz, con coraje,  
Le da un golpe en la cabeza  
Con el manojó de llaves.

Cual si diera en una estatua  
Que no ha aprendido a quejarse,  
No dió Isacár ni un quejido,  
No murmuró ni una frase.  
Sólo un sonido estridente,  
Como si en piedra chocasen,  
Lanzaron en el espacio  
Las férreas y duras llaves.

Asustado el Capataz,  
Hercúleos esfuerzos hace  
Con sus músculos de hierro  
Por levantar al orante,  
Que está adherido a las losas,  
Como la estatua a su base.

Maravillado del caso,  
Con el miedo en el semblante,  
Corre a llamar en su ayuda  
Peones y sacristanes,

Sin que logren con sus fuerzas  
Mover al hombre ni un ápice,  
Que sólo muestra que vive,  
En que contempla la Imagen,  
Moviendo los labios pálidos,  
Cual si devoto rezase.

Al conocerse impotentes  
Para del suelo arrancarle,  
De caso tan inaudito  
Dan al Arzobispo parte.



## XVI

## LA MONJA MUERTA

Del coro de San Clemente  
Junto a la tupida reja,  
Sobre el frío pavimento,  
Descansa una monja muerta.

Aún su cuerpo está caliente;  
Aún su frente es de azucena:  
Aún sus mejillas son grupos  
De tempranas rosas frescas...  
No hace mucho, estaba orando,  
De ansiedad el alma llena,  
Si despedazado el cuerpo  
Por ásperas penitencias.  
A Dios ofreció su vida  
Como pacífica ofrenda,  
Que a perdonar a su padre  
De Dios el pecho moviera.

¡Ha vertido tantas lágrimas  
Sobre aquella dura reja,  
Que ha enmohecido sus hierros,  
De tanto y tanto verterlas!  
Siempre pidiendo lo mismo:

—¡Que mi padre se convierta!  
¡Que abrace la fe cristiana!  
¡Que en la fe de Cristo muera!  
¿Que es grande su iniquidad?  
¡Más es, Señor, tu clemencia!—

Así ha pasado tres años  
La que agora yace muerta,  
Destrozado el tierno cuerpo  
Por horribles penitencias.

Corre el ocho de Diciembre,  
De su vida grata fecha:  
Terminó el rezo de *laudes*,  
Y marcháronse a sus celdas  
Las blancas monjas del Císter  
Seguidas de la Abadesa,  
Que concedió su permiso  
Para quedar en la reja,  
A aquel ángel humanado,  
Peregrino por la tierra.

Cuando a poco la campana,  
Sin que nadie la moviera,  
Comenzó, tocando a muerto,  
A dar sus lúgubres quejas (1).  
La comunidad en masa,  
Desordenada y revuelta,

---

(1) Es antiquísima la tradición en Sevilla de que dicha campana ha sonado sola en idénticas circunstancias.

Entra en la celda abacial,  
Con curiosidad inmensa;  
Que a todas sorprende el doble,  
No habiendo ninguna enferma.

De la Abadesa al mandato,  
Todas van, celda por celda,  
Con la pavora en el alma,  
Buscando a la monja muerta.  
Y ora bajan, ora suben  
Por las anchas escaleras;  
Ya discurren por los claustros,  
Ya los patios atraviesan,  
Mientras la triste campana  
Sigue lanzando sus quejas,  
En golpes secos, monótonos  
Que la eternidad recuerdan.

Cansadas ya de buscar,  
Sin que el cadáver parezca,  
La puerta del coro empujan,  
Y en él temerosas entran;  
Do, bajo lámpara débil,  
Casi tocando a la reja,  
Tendido está blanco bulto,  
Que acaso el cadáver sea.

Y hacia él avanzan, rasgando  
Las apiñadas tinieblas,  
Con las temblorosas luces

De alguna que otra linterna;  
Que, agigantando las sombras  
De las monjas que las llevan,  
Como movibles fantasmas  
En los muros las reflejan.

Llegan... y un ¡ay! de dolor  
El sacro recinto llena;  
¡No queda lugar a duda!  
¡La pobre Agár es la muerta!



## XVII

## EXORCISMOS

Aún conversa el Arzobispo  
Con las altas dignidades,  
Que le sirvieron de séquito  
Después de acabar el baile,  
Cuando llega a sus oídos  
El inaudito mensaje  
De que un hombre, vuelto piedra,  
Se encuentra al pie de la Imagen  
De la Virgen del Reposo,  
Sin que alzarlo pueda nadie.

Por la puerta de los Palos  
Entran todos al instante;  
Y a vista de aquel prodigio,  
Con razón sobrada pásmanse,  
De ver rigidez de piedra  
En unos miembros de carne,  
Donde vive un alma humana;  
Pues no ha cesado el orante  
De mover los labios pálidos,  
Cual si devoto rezase.

Oraciones y exorcismos  
Con voz imponente y grave  
Reza el Prelado ante el hombre,  
Que sigue fijo en la Imagen;  
Agua bendita rocía  
Sobre su humilde ropaje,  
Y, al ver que prosigue inmóvil,  
Le dice razones tales:  
—En nombre de Dios te mando  
Que del suelo te levantes;  
Y al que es imagen de Dios,  
Como a Dios mismo, le hables.—  
Cual tocado de un resorte,  
Surge del suelo el orante,  
Y entre verdaderas lágrimas  
Así lamenta sus males.



## XVIII

## LA CONFESIÓN

—Señor, yo soy un judío,  
Que, en odio a la fe cristiana,  
Diera hasta la misma vida  
Y al infierno diera el alma.  
Por miedo a la Inquisición,  
Que me sigue las pisadas,  
Vine mil veces al templo,  
Para simular que oraba.  
Como, a más del odio a Cristo  
Que tienen los de mi raza,  
Cristo me robó en mi hija  
Todo el oro de un toparca,  
Mi odio a Cristo era una furia  
Que rompía mis entrañas;  
Era el ardor de una fiebre  
Que mi razón dislocaba.

Cuando a este templo venía,  
Cual quien reza una plegaria,  
Con actitudes devotas,  
Tal a su madre insultaba:

«Noramala lo pariste,  
Parístelo noramala;  
Para infamia de tu pueblo,  
Y execración de tu raza.  
¡Ojalá que fueran vírgenes  
Tus mal nacidas entrañas;  
U ojalá, mala judía,  
Que en el parto te quedaras!  
¡Noramala lo paristel  
¡Parístelo noramala!»

Mientras estaba de hinojos,  
Estas eran mis palabras,  
Estas eran mis blasfemias,  
Con disfraces de plegarias;  
Con las cuales mi odio a Cristo  
Parece que se calmaba,  
Como, arrojando su podre,  
Calma el dolor de una llaga.

Ha tres años esta tarde  
Que se marchó de mi casa  
Mi Agár, llevando consigo  
Mis doradas esperanzas;  
Y esta tarde, con más odio,  
Con más rencor en el alma,  
Más piedad en el semblante,  
Y más fuerza en las palabras.  
Babeando repetía,

Mientras el pueblo rezaba:  
«¡Noramala lo paristel  
¡Parístelo noramala!»

De pronto sentí en mis huesos  
Cierta conmoción extraña;  
Mi sangre, cual hielo líquido,  
Por mis venas circulaba;  
Rígidos, como de acero,  
Mis nervios se desencajan;  
Mi cuerpo al suelo se adhiere,  
Como a su base la estatua,  
Y el frío de un cuerpo muerto,  
Sentí en mis crudas entrañas.

Mis ojos que no veían,  
Ni sentían, ni lloraban,  
Claváronse en esa Imagen,  
Cual flechas envenenadas;  
Y un rayo de luz vivísima,  
Que de sus ojos bajaba,  
Me envolvió como al Siná  
La luz del Dios de mi raza.

Y a esa luz ví lo invisible;  
Pues ví en un antro de llamas  
Danzar mi horroroso espíritu,  
Con infernal algazara,  
Entre un coro de demonios  
Que celebraron mi entrada,

Con pavorosos chillidos  
Y estentóreas carcajadas.

¡Ahl ¡qué infierno tan horrible  
El infierno de mi alma!

¡Ahl mi infierno era un infierno  
De monedas hechas ascuas,  
Que tapizaban los muros,  
Que el pavimento alfombraban,  
Y que, saturando el aire,  
Me encendían la garganta,  
Cuando, con asfixia eterna,  
Eternamente aspiraba,  
Cada vez con más anhelo  
De más y más aspirarlas,  
Y con ardor más voraz  
Mientras más las aspiraba.

Átomo de aquella atmósfera  
De monedas hechas ascuas,  
Ví que mi Agár, de rodillas,  
Como una azucena, blanca,  
Dejando el cuerpo en la tierra,  
Por los aires se elevaba,  
Mandando a mis secos ojos  
Copiosa lluvia de lágrimas.

Y en tanto estaba la Virgen,  
Entre el fulgor de esas lámparas,  
Y entre esos Santos de piedra,  
Que un canto nuevo cantaban,

Como en la gloria de Dios,  
Viviendo en cuerpo y en alma,  
Las estrellas la circundan  
Y los ángeles la aclaman.

Y entonces creí, Señor;  
Y abracé la fe cristiana;  
Y, aunque inmóvil como un muerto,  
Repetía entre mis lágrimas,  
Ardientes cual plomo líquido,  
Cual olas del mar amargas:  
«¡Norabuena lo pariste,  
De Dios Madre Inmaculada!  
¡Parístelo norabuena,  
Madre Virgen, siempre intactal»



## XIX

## LA INQUISICIÓN OTRA VEZ

Calla Isacár: el Prelado  
Con santa efusión lo abraza;  
Y, a la par que lloran unos,  
Y otros dudan, todos callan.

La Inquisición, que se mezcla  
Con toda Sevilla en masa,  
Que va a juzgar por sus ojos  
Lo que ya la voz propala,  
Se abre paso entre el gentío,  
Y hacia Isacár se adelanta.

El fraile huesoso y pálido  
De nevada y luenga barba,  
Al ver a Isacár, sonrío,  
Presintiendo alguna farsa.  
Saluda humilde al Prelado,  
Licencia de hablar demanda,  
Medita un punto, y comienza,  
Las manos dentro las mangas:  
—Isacár, ¿cuánto dinero  
Tienes guardado en tus arcas?

No hay uno a quien no parezca  
La interrogación extraña;  
Y hay quien dice por lo bajo,  
Poniendo la cara larga:  
—¡Cosas de fraile y de viejo;  
Rareza dos veces rara!—

—¡Señor!—contesta el judío:  
El dinero de mis arcas  
Quizás bastara a comprar  
Desde Sevilla hasta Málaga.—

—¿Cuánto dieras porque todos  
Creyéramos la patraña  
Que has contado del infierno,  
De la Virgen y tu alma?—

—Daría lo que ahora os doy:  
Las llaves damasquinadas  
Que en hondas cajas de hierro  
Tan grandes tesoros guardan:  
Tomadlas, Padre, y que todos  
Presten su fe a mis palabras,  
Que son la verdad primera  
De mi lengua empecatada.—

Pone su mano cobriza  
Del fraile en la mano blanca,  
Un par de llaves mohosas  
Que lleva al cuello colgadas.

Y—¡creamos a Isacár!—  
Prosigue el fraile con calma.  
—Pues tan voraz usurero,  
Sin un gran golpe de gracia,  
No diría que era rico  
Ni en el potro ni en las llamas;  
Y, antes que dar estas llaves,  
Le diera al demonio el alma.—

—¡Qué cuco el fraile!—dijeron  
Poniendo las caras anchas,  
Con placentera sonrisa,  
Los que las pusieron largas:  
—Como buen fraile y buen viejo,  
Ni el mismo diablo le engaña,  
¡Cuidado con la manera  
De poner las cosas claras!—



## XX

## EPILOGO

Formando dos rectas filas,  
Se aleja la Inquisición;  
Marchando Isacár al lado  
Del anciano Inquisidor.  
Quiere penitencia hacer  
De su vida de ladrón,  
Y repartir a los pobres  
Cuantos dineros robó,  
Muriendo de sus pecados  
En humíldosa expiación.

Retírase el Arzobispo,  
Dándole gracias a Dios,  
Porque ha trocado en un santo  
A tan grande pecador.

Desfila el pueblo devoto,  
Que tal acto presenció,  
Más lleno de confianza  
Y sintiendo aún más fervor  
Por la Virgen del Reposo  
Imán de su corazón.

Y en memoria de tal hecho  
Sevilla entera rezó,  
Y aún reza, siempre que cruza  
Detrás del altar mayor,  
A mi *Virgen de las Lámparas*  
Esta ferviente oración:  
Esta oración, que por ser  
Eco de un pueblo cantor,  
Tiene estructura de copla,  
Y algo de aire de canción:  
*«Norabuena lo pariste  
Virgen y Madre de Dios;  
Norabuena lo pariste,  
Para remedio de nós.»*

Amen.

*Sevilla, Seminario Menor de la Santísima Trini-  
dad, Noviembre de 1890.*

**ETERNIDAD!**

---

*Leyenda*

# A MI SEMINARIO

Juan F. Muñoz y Pabón

## I

## E L G A L Á N

Guapo mozo, si los hay,  
Es el tal Vázquez de Leca;  
Tan temido de los hombres,  
Cuanto amado de las hembras.

Digna de un griego Antinóo  
Es su escultural cabeza  
De crespos y negros bucles,  
De negras y finas cejas,  
De grandes y negros ojos  
Y de nariz aguileña;  
Con negro y rizo bigote,  
Brillante como la seda,  
Que una blanca dentadura  
Y un labio de grana vela.

Hijas quizás del insomnio,  
Tiene azuladas ojeras:  
De aquí que sus ojos húmedos  
Muy más brillantes parezcan.

Cuando se ríe, sus labios  
Con tal gracia se despliegan,

Que há quien por verle reir,  
Picantes cuentos le cuenta.

A través de sus vestidos  
De forma airosa y correcta,  
En su cuerpo se adivina  
La complexión de un atleta,  
Que una exquisita finura  
Despoja de su dureza.

Decidor con las mujeres,  
Gran punteador de vihuela,  
Y tenor de voz dulcísima,  
Con ribetes de poeta,  
No hay en Sevilla ventana,  
Que no encuentre siempre abierta;  
Ni calle donde una cita  
Todas las noches no tenga,  
Si no pedida por él,  
Imaginada por ellas;  
Pues rico, joven y guapo,  
Es el tal Vázquez de Leca,  
Cual temido de los hombres,  
Tal amado de las hembras.



## II

## C A N D I D E C E S

No contaba quince abrilés,  
Y una prebenda tenía  
En la Iglesia Colegiata  
Del Salvador de Sevilla;  
Pues don Rodrigo de Castro,  
Prelado entonces, quería  
Con mercedes de esta alzada  
Mostrar la sincera estima,  
Que le merece de antiguo  
Cierta persona dignísima,  
Tío de Vázquez de Leca,  
Que es, con sobrada justicia,  
Arcediano de Carmona,  
Canónigo de Sevilla,  
Y principal Canciller  
En España y en sus Indias  
Del Rey Felipe Segundo,  
Que de Dios haya la vista.  
Familiar del Arzobispo,  
Vive en su morada misma  
El joven Vázquez de Leca,

Cuya astuta hipocresía  
Hace que juzgue el Prelado,  
Como solemne mentira,  
Lo que llega hasta su oído  
De las corrientes hablillas.

Cuantas cosas de él se cuentan,  
Son de noche sucedidas:  
Y a esto arguye el buen señor  
Con sencillez candidísima,  
Que es el niño un angelito,  
Que sólo verlo edifica:  
Que se acuesta tan temprano,  
Que aún queda mucho de día;  
Y que él mismo, el Arzobispo,  
Que tiene muy buena vista,  
Todas las noches de Dios  
Su dormitorio visita;  
Y lo encuentra tan dormido,  
Con tan celeste sonrisa,  
Que cualquiera que lo viese,  
Por un ángel lo tendría.

Le hace en la frente una cruz  
Lo asperja de agua bendita,  
Y, temiendo despertarlo,  
Despacito y de puntillas,  
Abandona el aposento,  
Y hacia el suyo se retira.  
«Con que ya ven» el Prelado  
«Cómo se miente» termina.

«También puede ser» a veces  
Dice a las personas íntimas,  
«Que el demonio, por rencor,  
Su misma forma se vista,  
Y cometa esos desmanes,  
Que a todos escandalizan,  
Como sabemos que cuentan  
De muchos santos las vidas:  
Porque, que el niño es un ángel,  
Sus obras lo testifican;  
Que no sale de palacio,  
Es cosa cierta, certísima;  
¿Cómo, si guardo las llaves  
Bajo mi almohada misma?»

Y es que son tales los santos,  
Que rara vez imaginan  
Que en el corazón del hombre  
Se albergue la hipocresía;  
Ese aborto del infierno,  
Esa venenosa víbora,  
Que envenena y mata el alma  
Donde traidora se anida.



## III

## EL SANTURRÓN

Apenas el Arzobispo  
Se retira a su aposento,  
Astuto Vázquez de Leca  
Deja las plumas del lecho.  
Vístese calzas listadas,  
Y un ahuecado greguesco;  
De damasco carmesí  
Se abrocha justo colete,  
Con mangas acuchilladas  
Y con pasamanos negros;  
Se pone gola de holanes  
Y un elegante chambergo,  
Cuya luenga pluma pende  
Cincelado camafeo  
De coral color de rosa,  
Con diamantes en el cerco.  
Se ciñe flexible espada,  
Que puede honrar a Toledo,  
Con dorados gavilanes  
Y vaina de terciopelo.  
Se emboza en airosa capa;

Guarda un bolso de dinero,  
Y, de puntillas y a tientas,  
De la noche en el silencio,  
Por la escalera desciende  
Donde le aguarda el portero,  
Que, dándole su vihuela,  
Cierra un postigillo, abierto  
A la calle Abades Baja, (1)  
Cuando Vázquez ha traspuesto.

En tanto el mozo se aleja,  
Templando el dulce instrumento;  
Tan pronto a dar serenatas,  
Como a afrontar un encuentro;  
Y a beber a una taberna,  
Como a asaltar un convento;  
Pues sus pasiones indómitas,  
Cuando les afloja el freno,  
Parecen tropel de furias  
Escapadas del infierno.



---

(1) Hoy Don Remondo.

## IV

## L A D A M A

De entre todas las mujeres,  
A quienes Vázquez corteja,  
Sobresale doña Blanca  
Por su gracia y su belleza.

Si el sevillano Murillo  
Hubiese podido verla,  
De fijo a una Inmaculada  
Le ponía tal cabeza;  
Que tiene el pelo castaño,  
Cortado en undosas crenchas;  
Blanca color, ojos negros,  
De grandes pestañas vueltas;  
Cejas finas y arqueadas,  
Nariz delgada y correcta;  
Y una boca escultural,  
Tan rosada y tan pequeña,  
Que es un pétalo de rosa,  
Do cayeron unas perlas.

No sé ni cuándo ni dónde  
La ha enloquecido el de Leca:  
Mas con tal pasión lo quiere,  
Que pasa las horas muertas  
Deshojando margaritas,  
Que corta de una maceta,  
Y haciendo a los blancos pétalos  
Su pregunta sempiterna:  
—Dí: ¿me caso, o no me caso?...  
¡Ay margarita, contestal—

Mas son tan malas sibilas  
Las flores de la doncella,  
Que, si muchas lo aseguran,  
Muchas, en cambio, lo niegan:  
Si dicen que nó, la niña  
Los blancos pétalos riega  
Con una lluvia de lágrimas,  
Que a su blanca falda ruedan:  
Cual si le dicen que sí,  
Su botón de gualda besa.

He aquí la amarga o la dulce,  
Pero continua, tarea,  
En que sus dedos de rosa  
Se pasan las horas muertas,  
De su florido jardín  
En apartada glorieta.

De noche, apenas el eco  
De la sonora *queda*,

Desde la Giralda erguida,  
Del viento en las alas vuela,  
Ya está Blanca en su ventana  
Atisbando a la calleja,  
Por las mallas diminutas  
De la celosía espesa,  
Que sube del afeizar,  
Hasta mitad de la reja.

¡Cuántas noches ha pasado  
La pobre Blanca en espera,  
Sin que a la luz del farol,  
Que alumbra sobre su puerta  
La imagen de un Santo Cristo,  
Se haya visto la silueta  
Del gallardísimo paje  
Mateo Vázquez de Leca!

Y ¡cuántas noches la virgen  
Ha escuchado la vihuela  
Y la voz del trovador,  
En el ambiente disuelta,  
Cantando trovas de amores  
En otra lejana rejal...

Mas ni por eso su amor  
Sus vehementes ansias mengua;  
Pues *amor ordinem nescit*  
Dijo un Padre de la Iglesia, (1)

---

(1) El amor no conoce orden: S. Hier. cp. 43 ad Chromatium.

Y el amor de Blanca es tal,  
Que confirma la sentencia.

Pero la noche felice,  
Que le depara su estrella  
Ver el apuesto galán,  
Rendido al pie de su reja,  
Ya no vé infidelidades,  
Ni perjuros, ni flaquezas...  
Ya sus ojos fascinados  
Tan sólo ven a su Leca:  
Como aquel que mira al sol;  
Que, aunque más verlo no quiera,  
No puede dejar de verlo,  
Doquier que la vista lleva;  
¿Cómo no, si en la retina  
La imagen del sol se queda,  
Tal, que se vé un globo lúcido,  
Cuando los ojos se cierran?

¡Qué feliz se encuentra Blanca  
Con el mancebo a la reja!  
No trocara su alfeizar  
Por el trono de una reina.  
Entonces es el momento  
De hacer solemnes protestas,  
Y de jurar por la cruz  
Las más honradas promesas,  
Puesta en el pecho la mano,  
La de adentro y el de afuera.

Sigue un leve cuchicheo  
De duración casi eterna,  
En que cambian los amantes  
Ya preguntas, ya respuestas,  
Ya quejas, ya explicaciones,  
Ya suspiros, ya ternezas...  
Hasta que en el negro oriente  
Pálidas tintas comienzan  
A dibujar indecisas  
Las mil líneas incorrectas,  
Que hacen los tiestos de flores  
De la vecina azotea.

La virgen, al ver el alba,  
Para sus adentros piensa:  
—¿Porqué durarán tan poco  
Las noches que viene Leca?

Se emboza el paje en su capa,  
Coge la húmeda vihuela,  
Y, haciendo cortés saludo,  
De la ventana se aleja;  
No sin que la amante dama  
Saque la hermosa cabeza,  
Hasta verlo trasponer  
Por la próxima revuelta:  
Se vuelve el galán; saluda,  
Y hasta... otra vez que Dios quiera!

Pensativa queda Blanca,  
Con esa vaga tristeza,

Que después de un gran placer,  
Cual dejo amargo nos queda...  
Si Vázquez fuera la dama,  
Y Blanca el mancebo fuera...  
¿Por quién del mundo no iría  
Todas las noches a verla?...

. . . . .



## V

## LAS COSAS, CLARAS

Tengo el sagrado deber  
De poner las cosas claras,  
Mirando por el buen nombre  
De la pobre amante Blanca.

Sabe que el buen Arcediano  
Quiere la vida eclesiástica  
Para el garrido mancebo,  
Que frecuenta su ventana.

Sabe que la canonjía  
Del Salvador le fué dada,  
Como cebo, que a tragar  
El anzuelo le ayudara.

Y sabe, por fin, que Vázquez  
Obedece y finge y calla,  
Porque a más de convenirle,  
La muerte del tío aguarda  
(Que acaso mucho no tarde)  
Para, ya libre de trabas,

Despedirse de palacio,  
Pedir la mano de Blanca,  
Y en paz y gracia de Dios,  
Casarse, como Dios manda.

Por eso, loca de amores,  
Le tiene entregada el alma;  
Por eso en el Arcediano  
Piensa con tanta constancia,  
Que diz que manda sufragios  
Para las benditas ánimas,  
Por que se lo lleven pronto  
A gozar de su compañía.



## VI

## LO QUE QUIERE EL LECTOR

Por fin murió el Arcediano,  
¡Nada hay eterno en la tierra!  
El Cabildo Catedral  
Hace pomposas exequias.

Preside el duelo el Prelado,  
Y a su diestra mano Leca,  
Que le ha parecido a Blanca  
Más hermoso con su pena;  
Pues tiene el rostro más pálido,  
Más oscuras las ojeras,  
Y más brillantes los ojos,  
En que las lágrimas tiemblan.

Y se acabaron los dobles;  
Y se apagaron las velas;  
Y cada cual en su casa;  
Y el Arcediano en la tierra...

Las margaritas en tanto,  
Como por magia, se diezman;

Pues la virgen impaciente  
Sólo en deshojarlas piensa,  
Para que el último pétalo  
Le dé la ansiada respuesta,  
Que va haciendo a cada uno  
Con curiosidad inmensa:  
—Dí: ¿me caso, o no me caso?  
¿Seré la esposa de Leca?—



## VII

## EL CAPÍTULO

Han transcurrido seis meses;  
Para la niña, seis siglos,  
En que al pie de su ventana  
Ni un momento a Leca ha visto.

Ya los Muy Ilustres Canónigos  
Hanse reunido en Cabildo;  
Del cual resultó, por fin,  
Y a cuatro vientos se dijo,  
Que al Arcediano difunto  
Le suceda su sobrino.

—¿Y aceptará?—piensa Blanca;  
—Sí que aceptará; de fijo:  
Es ambicioso y soberbio,  
Y pospondrá el amor mío  
Al amor de los ducados  
Que ha de rendirle su oficio.  
¡Ingrato! en su corazón  
Sólo vive el egoismo:

Y me dice que me quiere;  
Y jura que con delirio;  
¿Qué puede saber de amor  
El que nunca lo ha sentido?  
¡Amor... amor!... no lo habrá  
Que se parezca a este mío,  
Que este amor es un gigante,  
Que, estando de muerte herido,  
Va en su marcha adelantando  
De heroísmo en heroísmo...  
Voy a esperarlo esta noche,  
Por última vez: me han dicho  
Tres margaritas seguidas  
Que viene a verse conmigo.  
Y abrió Blanca sus cristales,  
Y se recostó en el quicio,  
Y a través de las persianas,  
Y a la luz del Santo Cristo,  
Púsose a ver si venía  
Su adorado fugitivo,  
Como al final de la calle,  
Se oyó sonoro silbido...  
Luego unos pasos... y a poco  
Vió a Vázquez de Leca mismo  
Llegar... besarle la mano...  
Y... ¡disgusto concluído!

## VIII

## UN DIÁLOGO

En el viejo cronicón,  
De donde copio esta historia,  
Me he encontrado este diálogo  
Del que traslado fiel copia.

VÁZQUEZ. Conque ya sabrá mi Blanca  
Cómo me encuentro a estas horas  
Canónigo de Sevilla  
Y Arcediano de Carmona.

BLANCA. Mi enhorabuena

V. ¡Ja! ¡ja!

¡Cuán por lo serio lo tomas!...

B. ¿Conque, por fin, es mentira?...

V. ¡No, que es verdad! ha unas horas  
Que de una y otra prebenda  
Tomé posesión canónica.

B. Pues que Dios te haga feliz,  
Y añada, a tus dichas, otras:  
Adios, señor:

- V. Oye, espera,  
 ¿No merezco que me oigas?  
 Una palabra, querida;  
 ¡Yo no sé por quién me tomas!...  
 ¿Piensas que habré de venderme  
 Por cuanto el mundo atesora?  
 No: pero bien puede ser  
 Que, por honrar la memoria  
 De tu buen tío, quisieras  
 Ser sacerdote: otras cosas  
 Más imposibles existen,  
 Que en realidades se tornan.
- V. Bien: y de serlo algún día,  
 ¿Me odiaría mi paloma,  
 O, como...
- B. ¡Calla, sacrílego!  
 ¡Que no salga de tu boca  
 Proposición tan infame!
- V. Por Dios, mujer, una broma...  
 C. Hay bromas, que no hay mujer  
 Con vergüenza, que las oiga,  
 V. Tal te explicas, que es preciso  
 Exponerte mi...
- B. Perdona:  
 Quiero, pues ya he comenzado,  
 Decirte unas cuantas cosas.  
 Libre estás: si Dios te llama,  
 Dios es antes; a Él te torna;

Que más hace con llamarte,  
Que tú con ir; soy gustosa  
De sacrificar a Dios  
El sér que mi pecho adora.

Mas sabe que, si tal haces,  
Blanca murió; su memoria  
Desde aquel mismo momento,  
De entre tus recuerdos borra.

Por lo mismo que te adoro,  
Como de la luz las sombras,  
Huiré de tí: no me busques,  
Déjame morirme sola;  
Que yo no disputo a Dios  
Ni un ápice de su gloria.

Mas, si el Señor no te llama,  
Huella dineros y honras.  
Que el ánima vale más  
Que las dignidades todas.

Ven a mí entonces; te espero,  
Te aguardo de amores loca;  
¡Despósate con tu Blanca!...  
O... ¡despósate con otra!

—Aquí dice el cronicón  
Que la amante Blanca llora,  
Y que el apuesto galán  
Dice con voz cariñosa:—

V.       Seca esas lágrimas, niña,  
Mira que en ellas me ahogas,

Y me saben más amargas,  
Que lo son del mar las olas.  
No; no seré sacerdote;  
Te lo juro desde ahora;  
Mas ¡ay! que quiere la suerte  
Que aplacemos nuestras bodas:  
Mañana, al rayar el sol,  
Me partiré para Osma;  
Daré fin a mis estudios,  
Y, a no serme infiel, mi esposa  
Serás antes de tres años.  
¡Te lo juro!

B.

Dios te oiga!—

Aquí al viejo manuscrito  
Le faltan más de dos hojas:  
¡Pardiez! ¿y qué seguirá?..  
Cada cual que lo suponga.



## IX

## UNA CARTA

Desde que Leca se fué,  
Ya hace cerca de tres años,  
¡Cuántas blancas margaritas  
Ha la virgen deshojado!  
Enamorado el galán  
Le escribe de vez en cuando...

¡Válame el cielo! ¡y qué cartas  
Las que escribe el Arcediano!  
¡Vayan con Dios los volcanes,  
Si con ellos las comparo!

—Palomas de blancas plumas,  
Cartas del hombre adorado,  
Volad, por Dios, más a prisa,  
¿Por qué tardar tanto y tanto?

Cuatro meses hace ya  
Que os está Blanca esperando,  
¡Y vosotras sin venir!  
¿Va a ser eterno este plazo?

Os ha, sin haber leído,  
Tantas veces contestado,  
Que se sabe de memoria  
Una infinidad de párrafos,  
Que ha de escribir al mancebo,  
En cuanto os coja en la mano.

¿Que no os trato bien, decís?  
¡Pues qué! ¿no os abro temblando?  
¿No os estrujo contra el seno?  
¿No os beso por todos lados?  
Y, cuando ya os he leído,  
¿Envueltas en rico paño,  
No os guardo en mi mismo pecho?  
¿Cabe, decid, más cuidado?

Entonces, ¿por qué tardar?  
¿Por qué tardar tanto y tanto?  
¡Volad! ¡venid más aprisa,  
Que os está Blanca esperando!—

Tal, Blanca, a solas murmura  
Cierta mañana de Mayo;  
De su apartado jardín  
Sentada en rústico banco.  
A que sirve de dosel  
El ramaje de un naranjo,  
Que, de tantos azahares,  
Parece que está nevado.

Y héte aquí que un pajecillo  
Viene de allende los arcos,  
Trayendo en rica bandeja

De artístico repujado  
Un enrollado papel  
De diminuto tamaño.  
¡Carta de él!—y la niña  
Despega el lacre temblando...  
A poco sus labios rojos  
Vanse tiñendo de pálido;  
Su rostro descomponiendo;  
Sus ojos desencajando;  
Y, dando una carcajada,  
Que atruena el árabe patio,  
Exclama—¡albricias! ¡albricias!  
¡Ya Vázquez es subdiácono!—



## X

## DE CAMINO

Sobre una robusta mula  
Viene Vázquez de camino,  
Con escolta de sirvientes,  
Digna de ser de un Obispo.

Se encuentra en un nuevo estado;  
Mas no con nuevos designios;  
Sus indómitas pasiones  
Tienen idénticos bríos.

Callado con los demás  
Y hablando, a solas, consigo,  
Viene rumiando las frases  
De este corto raciocinio:  
—Verdad es que he obrado mal:  
Y ¿cuántos no obran lo mismo?  
Ella es débil, y me quiere  
Con el más loco delirio:  
Pero... es honrada... ¡no importa!  
La cercaré de peligros...

¡Y caerá! ¿quién no cae  
Rodeado de enemigos?

Cuando me postre a sus pies  
De mi conducta contrito;  
Cuando, al negarme el perdón,  
Siquier le nombre el suicidio;  
Cuando, como tantas veces,  
A los ojos de su espíritu  
Haga surgir ese mundo  
De placeres infinitos,  
En que no hay más habitantes  
Que un adorador y un ídolo;  
Ella diosa, yo un esclavo,  
Que le cante eterno idilio,  
Mientras, en llamas de amores  
Me consumo en sacrificio...  
¡Me ama tanto, y es tan débil!  
Que se rendirá de fijo.

¿Que sigue dura? ¡no importa!  
Yo lloraré su desvío,  
Mientras, nuevo Jenofonte,  
De su vista me retiro.  
Pasa un mes: otro combate;  
Siempre de amores perdido;  
Siempre humilde, pero firme;  
Y al fin mi anhelo realizo.

¡Pues qué! ¿de una gota leve  
No horada el golpe continuo

La dura y eterna roca,  
Que han respetado los siglos?  
Esta noche, en cuanto llegue,  
Con el polvo del camino,  
Ya arrullaré su ventana;  
Que bien conoce mis silbos...  
¡Ay de ella, como se asome,  
Seguro es el triunfo mío!—

Iba poniéndose el sol;  
Y, a sus rayos mortecinos,  
Es de fuego el occidente,  
De rojas luces teñido.

La silueta de Sevilla  
Se advierte desde el camino,  
Como masa cenicienta  
De perfiles variadísimos,  
Sobre el brillante occidente,  
Como en placa de oro fino.

La cabalgata de Vázquez  
Pica espuelas de lo lindo;  
Y, alzando una polvareda  
De contornos blanquecinos,  
Llega, por fin, de Sevilla  
Cabe los muros altísimos,  
A la luz del claroscuro  
Crepúsculo vespertino.

## XI

## LA CABRA, AL MONTE

A las puertas de su casa,  
Cansado Vázquez se apea,  
Y en el morisco zaguán  
Con paso difícil entra.

En sudorosa alcarraza  
Bebe un sorbo de agua fresca,  
Y en silencio se retira  
A una no lejana pieza.

Sobre los blandos cojines  
De un alto sitial se sienta,  
Bajo airosa cornucopia,  
Y al lado de rica mesa,  
Con tallados arabescos,  
De preciosidades llena.

La sudosa frente apoya  
Sobre la caliente diestra;  
La luz de enorme velón  
De caprichosas piqueras,  
Sobre los viejos tapices  
Temblorosa se refleja;

Mientras de un Cristo en la Cruz,  
Que hay encima de la mesa,  
Sobre el muro entapizado,  
La negra sombra proyecta.

Siente del alma en el fondo  
Como temor y vergüenza  
De presentarse ante Blanca;  
Pero a la vez impaciencia  
Porque la Giralda muda  
No da el toque de la *queda*.  
¡Qué bien dijo aquel que dijo  
Que el que espera desespera!

Deja el esbelto sitial;  
E, inclinada la cabeza,  
Con las manos a la espalda  
La larga estancia pasea;  
Distrayéndose en contar  
Del pavimento las grietas.

De pronto para los pasos,  
Yergue la hermosa cabeza,  
Se da un golpe en la ancha frente  
Con la palma de la diestra;  
Y, abriendo un arcón de roble  
De doradas cantoneras,  
Saca diminuto estuche,  
Do está guardada una perla.

Saca luego un pergamino  
Escrito en menudas letras  
De color de sangre humana

Que dicen de esta manera:

«Te lo juro, Leca mío:

Mientras guardes esta perla,  
Te perdonará tu Blanca  
Cualquier yerro que cometas:  
Es de un collar de mi madre;  
Yo te lo juro por ella.»

Vázquez leyó el pergamino;  
Besó con pasión la perla,  
Y pergamino y estuche  
Guardó en la linda escarcela.

Meditabundo, ha tornado  
A pasear por la pieza;  
Con las manos a la espalda,  
Y arrugas entre las cejas,  
Mordiéndose el rojo labio  
Y ordenando las ideas,  
Que en copioso semillero,  
Germinan en su cabeza.

Y en la Catedral a poco  
Comenzó a sonar la *queda*.  
Cual quien de sueño profundo  
De repente se despierta,  
De su profunda abstracción  
Sale el preocupado Leca.

De los piés del Crucifijo  
Que hay encima de la mesa  
Toma el airoso chambergo  
Que en el camino trajera;

No si sentir al tomarlo  
Cierta cosa en la conciencia,  
Que le tiñe las mejillas  
Con colores de vergüenza.

Abandona el aposento,  
Cerrando al paso la puerta;  
Y échase a andar como un alma,  
Que el mismo demonio lleva.  
Y plazas atravesando,  
Y andando calles revueltas,  
Llegó, por fin de su amante  
A la angosta callejuela.

De luz vivísimo foco  
Lanza la ventana abierta:  
—¡Acaso estará de bodas!—  
El Subdiácono piensa...  
Y, con frío en todo el cuerpo,  
Y, con temblor en las piernas,  
Vacilante se adelanta,  
Hasta tocar a la reja.

Cual si afilado puñal  
En su corazón se hundiera,  
Lanza su garganta un grito  
Donde va envuelto un poema...

¡Dentro de blanco ataúd  
La pobre Blanca está muerta,  
Una blanca margarita  
Teniendo en la blanca diestra!

## XII

## COPIA DEL MISMO RETRATO

Han pasado doce años;  
Vázquez cuenta treinta y cinco;  
Y hay en su cuerpo y su rostro  
Tal mezcla de hombre y de niño,  
Que ya a Hércules, ya a Adonis  
Remeda su hermoso tipo.

Una vejez prematura,  
Que hay quien atribuye al vicio,  
Borda con hilos de plata  
Sus negros y crespos rizos.

Mas no por eso sus ojos  
Han perdido el claro brillo,  
Ni su tez el blanco pálido  
Propio del marfil antiguo.

Aún su rizado bigote  
Se mantiene negro y fino,  
Y aún su cuerpo es elegante,  
Por más que un tanto fornido.

Atildado en el decir,  
Y en su trato un poco esquivo;  
Fastuoso en el mueblaje,  
Si lujoso en el vestido,

Cualquiera, al verlo, diría  
Que se adoraba a sí mismo;  
Y que, habiendo por escaso  
Tal culto para tal ídolo,  
Iba con mudas palabras  
Pidiendo honores divinos.

Mas no se inclina a cogerlos:  
Nadie humillarse le ha visto;  
Que él en los hombres no vé  
Sino peldaños vilísimos,  
Por do subir de las glorias  
Al encantado castillo:  
Pero como, sin hollar,  
Nadie una escala ha subido,  
Pisando a los hombres, sube;  
Y es honrado por lo mismo.

Mas no tiene la soberbia  
Sobre su pecho el dominio;  
Hay otra pasión tirana,  
Señora de su albedrío,  
Y a la que todas las otras  
Prestan humilde servicio.  
¡Aún se disfraza de noche,  
Y anda por oscuros sitios!...  
Sigue siendo el mismo paje,  
Que engañaba al Arzobispo,  
Que, en lugar de veinte años,  
Cuenta ya los treinta y cinco.

## XIII

## EL DÍA DE CORPUS

Ha llegado el día de Corpus,  
La musulímica Giralda  
Ha ensordecido a Sevilla  
Con los repiques del alba.  
Coloridas banderolas,  
Formando vividas sartas,  
Visten la artística torre  
De verde, azul, rojo y gualda,  
Que parecen sobre el cielo  
Vivísimas pinceladas,  
Que en una paleta azul  
Un artista combinara.  
Tupidos todos de lona  
Grata sombra dan en *gradas*;  
Decoran ricos tapices  
Balconajes y ventanas;  
Y el arrayán y el laurel  
El romero y la albahaca,  
Formando mullida alfombra  
El tibio ambiente embalsaman...  
En los sitios de costumbre  
Grandes tablados se alzan,

Donde representen autos  
Comediantes de gran fama,  
O do se muevan disformes,  
Bailando grotesca danza,  
Entre enanos y alguaciles,  
Gigantones y tarascas.

Un numeroso gentío  
Invade calles y plazas;  
Formando grupo compacto  
Letrados y hombres de armas,  
Pordioseros y magnates,  
Manolas y nobles damas.

Lo mismo el espectador  
Halla, al tender la mirada,  
Tocados de pedrería,  
Que caperuzas de lana;  
Encomiendas, que remiendos,  
Y desgarrones, que alhajas.

La Catedral luce en tanto  
Sus más espléndidas galas.  
La artística *Puerta Grande*  
De carmesí tapizada,  
Permite ver *el cancel*  
De fina y costosa talla,  
Que parece un gran mosaico  
De oro y terciopelo grana.

Terciopelo carmesí  
Cubre las columnas altas,  
Con fleco y galón de oro

Que en lo rojo se destacan  
Como, sobre campo oscuro,  
De luz vivísimas franjas.

También son de terciopelo  
Carmín y talla dorada  
Los riquísimos divanes  
Que forman luciente valla  
En derredor del trascoro,  
Cuya alfombra azul y blanca,  
Con las rojas colgaduras  
Gallardamente contrasta.

En elegantes credencias,  
Y hábilmente colocadas,  
Véanse arqueológicas joyas  
Que en la Catedral se guardan.  
Portapaces cincelados,  
Y bandejas repujadas;  
Relicarios y navetas  
De la más severa traza;  
Y las *Tablas Alfonsinas*  
Y las dos enormes *ánforas*  
Que Benvenuto Cellini  
Repujó en hermosas fajas,  
Do, entre bíblicos pasajes,  
Véanse, formando guirnaldas,  
Sátiros, faunos y ninfas  
Y cariátides y máscaras.

En medio del gran trascoro,  
Sobre una alfombra cuadrada

De terciopelo de seda  
Con bordaduras de plata,  
Elévanse elegantísimas  
Las de oro góticas andas,  
De racimos bien cuajados  
Y de espigas adornadas.

*El altar de plata chico*  
Junto al coro se levanta,  
Bajo el bordado dosel,  
Cuya gran gotera grana  
Da tintas color de rosa  
Al reflejo de la plata.

Teniendo por fondo un sol,  
Y entre cortinas bordadas,  
En relicario costoso  
De diamantes y esmeraldas,  
Está el Dios Sacramentado  
Como en su trono un monarca.

Ya ha dado el reloj las nueve,  
Y los niños seises bailan  
Delante del Sacramento  
Las tradicionales danzas,  
Cantando las lindas trovas  
Que han de cantarse en la octava.

Termina la danza; el Chantre  
Grave el *Tantum ergo* canta;  
Toma el preste el relicario  
Con la Hostia consagrada;  
Y entre una nube de incienso,

Y entre millares de hachas,  
Bajo recamado palio,  
Cuyos varales de plata  
Sostienen los Racioneros,  
Con paso sereno marcha,  
Entre el pueblo arrodillado,  
En derechura a las andas.

Portando nevado cirio,  
Y arrastrando capa magna  
De rico paño de seda  
Por cuatro pajes llevada,  
Camina el viejo Arzobispo  
Bajo umbela que recaman  
Láminas de argentería  
Y circundan plumas blancas.

Por la *puerta de los Palos*  
Acaba de entrar *la manga*:  
Suenan las diez: los dos órganos  
Vierten con voces metálicas  
Una tempestad de notas,  
Que llevan aires de marcha;  
En la puerta la milicia  
Toca marciales tocatas;  
En *el Prado* y en *el Río*  
Suenan crujientes descargas;  
La Giralda atruena el aire  
Con el són de sus campanas;  
Sevilla entera se postra;  
La custodia se levanta,

Y, entre rezos y repiques,  
Y entre acordes y entre salvas,  
La puerta de San Miguel  
Sirve de marco a las andas.

## XIV

## LA PROCESIÓN

Y sigue la procesión  
Su grave y serena marcha,  
Prestando a todo un aspecto  
De movilidad fantástica,  
El imperceptible vaho  
De las encendidas hachas.

De negra seda vestido  
Con exquisita elegancia,  
Bien atusado el copete,  
Como el bigote y la barba,  
Camina Vázquez de Leca,  
La frente serena y alta,  
Como disputando a Dios  
De su pueblo las miradas.

Con el descaro de un cínico,  
Recorre calles y plazas,  
Fijándose en los balcones  
Y escrutando las ventanas,  
Donde, vestidas de fiesta,  
Se asoman garridas damas,

A quienes graves saludos,  
O amantes sonrisas manda.

En la calle de las *Sierpes*,  
Nuestro Arcediano repara  
En una mujer que ha visto  
Junto a una esquina de *gradas*,  
Y a quien ni entonces ni ahora  
Le ha podido ver la cara.

De flexible terciopelo  
Lleva bien ceñida falda,  
Que unas líneas le dibuja,  
Y unos contornos le marca,  
Que hasta la diosa de Chipre  
Para sí los envidiara.

Su pequeña mano envuelve  
Pequeño guante de ámbar;  
Chapines de raso negro  
Sus pies diminutos calzan;  
Y un negro velo de luto  
Le cubre la hermosa cara,  
Que debe ser un prodigio,  
Si es a tal cuerpo adecuada.

Las curvas de sus caderas,  
De su pecho y de su espalda  
Al preocupado Canónigo  
Le recuerdan las de Blanca...  
¿Quién será aquella mujer  
Tan hermosa y tan tapada?

¡Cuánto diera porque el viento  
El velo le levantara!

Cuando a la *Cerrajería*  
Vázquez de Leca llegaba,  
Héte aquí ya en una puerta  
La misteriosa tapada;  
Hace viento: el Arcediano  
Los ojos en ella clava:  
Mas el viento, ni por esas,  
El negro velo levanta.

Salúdala el Arcediáno  
Con leve ademán; la dama  
Mueve la airosa cabeza  
Y agita el lienzo de Holanda;  
Y la procesión prosigue  
Su grave y serena marcha.

*La plaza del Salvador*  
Está de gente cuajada.  
El Abad y los Canónigos  
De la Iglesia Colegiata  
Han puesto en lujoso altar  
A *la Virgen de las Aguas*,  
Y en torno de la Señora  
Que llegue el Señor aguardan.

Vázquez de Leca escudriña  
Con anhelante mirada  
Debajo de *los portales*  
Y del templo por las gradas;

¡La dama del manto negro  
Por vez primera le falta!...  
¡Mas no! de calle *Culebras*  
Se ha colocado a la entrada.

Vázquez de lejos le indica.  
Que se descubra la cara;  
Contesta que no la hermosa;  
Con el velo se recata,  
Y... sigue la procesión  
Su grave y serena marcha.

En la calle *Placentines*  
Está otra vez el fantasma:  
Vázquez se muestra sentido  
Por la negación pasada;  
Ella hace señas; él firme  
Y rumiando estas palabras:  
—No hay cosa como crecerse;  
Ya se ha rendido la plaza.—

Por *la puerta de los Palos*  
Vienen entrando las andas.  
La luz radiante del sol  
De las doce se derrama,  
Sin que los toldos de lona  
Puedan un tanto amenguarla;  
De aquí, que cuando se mira  
Dentro del templo, a la plaza,  
Las andas parecen negras,  
Y la Hostia iluminada.  
Entra Dios, y su Basílica

Parece que se dilata.  
Al sentirlo, los dos órganos  
Vierten con voces metálicas  
Otra tempestad de notas  
Que llevan aires de marcha;  
En la puerta la milicia  
Repite marcial tocata;  
En el prado y en el río  
Suenan crujientes descargas;  
La Giralda atruena el aire  
Con el són de sus campanas,  
Y parece que retiembla  
De la Catedral la masa...

Y entre rezos, y repiques,  
Y entre acordes, y entre salvas,  
Hacia el grandioso trascoro  
Serenos Dios adelanta.

Vázquez, con grande avidez,  
Busca en tanto a la enlutada...  
Y en *la puerta del Lagarto*  
Consigue, por fin, hallarla,  
De cansancio tan rendida,  
Que se recuesta en la jamba.

La dama del manto negro  
Con fino ademán lo llama,  
Y entre los dos se cruzaron  
Estas ligeras palabras:

VÁZQUEZ. ¡Descubríosl

DAMA.

Ahora, no.

- V. Entonces, ¿cuándo?  
 D. Mañana.  
 V. ¡Es muy tarde!  
 D. Pues entonces,  
 Dentro de un rato. Acabadas  
 Las vísperas os espero.  
 V. ¿Dónde?  
 D. Decid donde os cuadra.  
 V. ¿La capilla de la Antigua...  
 D. Adiós; estaré sin falta.—  
 Y Vázquez entre sus manos  
 Estrujó el guante de ámbar  
 En que encerraba su diestra  
 La misteriosa tapada.  
*Al patio de los Naranjos*  
 Encaminóse la dama;  
 Y el Arcediano al trascoro  
 A orar al pie de las andas,  
 Pues de las doce a la una  
 Le toca el turno de guardia.



## XV

## MEDITACIÓN

La Catedral, poco a poco,  
Se va quedando desierta;  
Una tras otra, hace rato,  
Se han entornado las puertas.

Por fuera la ardiente luz  
Del claro sol de la siesta  
Colora los limpios vidrios  
De las ventanas esbeltas,  
Destacándose en los muros  
Las pintadas vidrieras,  
Como aparición lucente  
Del ensueño de un poeta,  
Do todo es luz y colores  
Y derroche de belleza.

Vírgenes, ángeles, mártires,  
Obispos y anacoretas,  
Véanse brillar en los huecos,  
Como joyas gigantescas  
De colosal pedrería  
Artísticamente puesta.

De las altísimas bóvedas  
Brillantes lámparas cuelgan,  
Cuyas luces a través  
De los limpios vasos tiemblan;  
Delante de la custodia  
Los cirios chisporrotean;  
El incienso diluído  
Su vago perfume mezcla  
Con el olor de las flores  
Que las ricas andas cercan.

Todo es quietud, todo calma,  
Todo, con muda elocuencia,  
A la adoración parece  
Que invita a Vázquez de Leca.

De hinojos postrado está,  
Teniendo un cirio en la diestra,  
Sobre el que, rendido, apoya  
La sudorosa cabeza...

Sólo con Dios, no se atreve  
A levantar de la tierra  
Sus ojos, para mirar  
El viril que centellea,  
Y que el brillo del Thabór  
Con sus reflejos remeda.

Sólo con Dios, y a sus pies  
El Arcediano se encuentra,  
Sin que, al fijarse en sí mismo,  
Pueda él propio darse cuenta  
De por qué su pecho late,

Ni por qué sus manos tiemblan.

De su alma en lo más hondo.  
Libra una lucha tremenda,  
Con el ángel de la luz,  
El ángel de las tinieblas.

Por vez primera en su vida,  
Su pasado le avergüenza;  
Siente impulsos de llorar  
Y hasta de hacer penitencia,  
Por los pasados escándalos  
Que ha dado a Sevilla entera...

Piensa que está de su alma  
Jesús tocando a la puerta,  
Con silbos de buen Pastor  
Llamando a la errante oveja.

—¿Por qué, Dios mío, los hombres:  
A tus golpes no contestan?

¿Por qué te dejan llamar,  
Empapada la cabeza  
Del rocío de la noche,  
Que está cayendo por fuera?

¿Por qué ha de haber quien, después:  
De conocerte, te ofenda?

Quien tal haga, buen Pastor,  
Merece el nombre de fiera;  
No te canses en buscarlo,  
Pues dejó de ser oveja.—

Tal a los pies de las andas.  
Medita Vázquez de Leca,

Mientras apoya en el cirio  
La sudorosa cabeza.

Pero, de pronto, el infierno,  
Como en mágica comedia,  
La decoración varía,  
Y hácele ver otra escena.

Como perfiles de luz,  
Los contornos le presenta  
De la incógnita enlutada,  
Con tan vívida fijeza,  
Que, vagando por el aire,  
Juzga el Arcediano verla,  
Con el rostro tan tapado,  
Con la mano tan pequeña,  
Con el talle tan flexible,  
Tan redondas las caderas...  
Y el abstraído Arcediano,  
Como por instinto piensa:  
—¿Quién será? ¿se taparía  
Por cálculo, o por modestia?  
¿Será fea? ¿será hermosa?  
¿Será joven? ¿será vieja?  
¿Vendrá a la cita? y, si viene,  
Como ha de venir, y encuentra  
Que el Arcediano le falta,  
¿Qué habrá de pensar la bella?—

Breve momento de duda:  
Mil encontradas ideas  
En revuelto torbellino

Se agitan en su cabeza;  
Los genios del bien y el mal  
Recrudescen su contienda...  
¡Están el cielo y el orco  
Disputándose la presa!

Laten las sienas de Vázquez,  
Siente amargor en la lengua;  
Y... luchando contra Dios  
Que con sus gracias lo cerca,  
Dice lo que tantos hombres  
En circunstancias idénticas:  
—¡Que espere Dios! ¡qué! ¿no puede  
Con su infinita clemencia  
Perdonar otro pecado?  
¡Otro pecado siquier!  
¡El último, y me convierto!  
¡Quiero hablarle, quiero verla,  
Y que vil juguete mío  
Siquier un momento sea!—  
¡Y el ángel bueno se rinde  
Al ángel de las tinieblas!

Suena en la torre la una;  
A los orantes se acerca,  
Tomando sus mismos cirios  
Otra devota pareja.

Se alza Vázquez, se arrodilla,  
Dobla el cuerpo y la cabeza,  
Se volve a alzar, y camino  
De su capilla se aleja.

## XVI

## LAS VÍSPERAS

Hace rato la Giralda  
Con sus sonoras esquilas,  
Movidas en raudas vueltas,  
Ha dado el toque de vísperas.

Arrodillada ante Dios  
Que, cual de Horeb en la cima,  
De amor arde en el altar,  
Monte de plata bruñida,  
Otra vez dentro del templo  
Se encuentra toda Sevilla,  
Como el pueblo de Israel  
En las laderas del Sina.

Magnífico está el altar,  
La decoración, magnífica.  
Entre ramos colosales  
De racimos y de espigas,  
En candelabros de plata  
Millares de luces brillan,  
Que en los lucientes bruñidos  
Del altar se multiplican.

Del frontal a la gotera,  
Cuanto percibe la vista,  
Todo deslumbra, que todo  
Lanza de luz vivas chispas.

El presbiterio es un cielo,  
Do mil estrellas distintas,  
En constelación luciente,  
Cercan al *Sol de Justicia*,  
Que en valioso relicario,  
Cuajado de pedrería,  
Más que todas las estrellas  
Con resplandor propio brilla.

Del órgano se derraman  
Gratas ondas de armonías,  
Que ya rugen como el mar,  
Ya se quejan cual la brisa,  
Ya cantan como David,  
Ya lloran cual Jeremías,  
A las varias pulsaciones  
Del inspirado organista,  
Dentro de cuyo cerebro  
En aquel momento vibra  
Ese ardiente *quid divinum*,  
Que hace de un hombre un artista.

Como *voz de muchas aguas*,  
Pero cadenciosa y rítmica  
Se percibe la canturía,  
Que une el coro a la armonía  
Del órgano cuyas voces

Hienden la inmensa Basílica.

Ha poco, el hebdomadario

Ha entonado la capítula:

Y canónigos y seises

Y sochantres y salmistas

Hanse postrado de hinojos

Y cantado el *Pange lingua*:

El versículo dos seises

Entonan con voz dulcísima,

Responde el coro, y el Chantre

Comienza a cantar la antífona;

Concluye, y al punto entona

El cántico de *Magnificat*.

Seis niños ceroferarios,

Con dalmáticas muy ricas,

Colócanse del altar

En la hermosa gradería;

Turiferarios, caperos,

Y el señor Deán que oficia,

Sobre la grada primera

Con respeto se arrodillan.

Inciensa el altar el Preste,

Y por la larga crujía,

Precediendo el Pertiguero,

Todos al coro caminan.

Oyese a poco el ruido,

Que lanzan las cadenillas,

Al dar en los incensarios,

Que con rapidez agitan

Los dos traviesos acólitos,  
Que incensando van a prisa  
A los del coro, que en tanto,  
Con la cruz el pecho signan.

Durante la incensación,  
Se ha terminado el *Magnificat*:  
Se apaga el órgano; el Chantre  
Repite la hermosa antífona,  
Canta la oración el Preste,  
Y héte acabadas las Vísperas.



## XXII

## ¡ETERNIDAD!

Monótono empieza el coro  
A recitar las Completas,  
Cuando el aturdido Vázquez  
Está empujando la puerta,  
Para acudir a la cita,  
Que al negro fantasma diera.

Siente calor en el rostro,  
Latidos en la cabeza,  
Y un insólito temblor  
En las manos y en las piernas.

El *circuit quærens quem devoret* (1)  
Sonando está en sus orejas,  
Como un aviso del cielo,  
Que le dice que se vuelva;  
Que no acuda a aquella cita;  
Que olvide a la dama negra.

---

(1) Palabras de la lección breve de Completas, tomadas de la Epístola I de San Pedro. La lección a que aludimos dice así: Hermanos, sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el demonio, como león rujiente *circuit quærens devoret*, os asedia, buscando a quién devorar, etc.

Momento de indecisión,  
El Arcediano se encuentra  
Entre Dios, Pastor amante,  
Que llama a la errante oveja,  
Y entre la hermosa tapada,  
Que, con misteriosa fuerza,  
Lo seduce, y lo fascina,  
Cual fascina la culebra  
Al incauto pajarillo,  
Que, volando en torno de ella,  
Cuanto más mueve las alas,  
Más a su boca se acerca.

Vázquez vacila... se vuelve...  
Y al dintel del coro llega...;  
Detiénese... vuelve atrás...  
Y otra vez toca a la puerta...  
Se aparta... y torna a volver...  
Hasta que, en marcha ligera,  
Como huyendo de sí mismo,  
Las dos naves atraviesa.

La capilla de la Antigua  
Tiene entornada la verja.  
Empújala el Arcediano;  
Los secos goznes se quejan,  
Lanzando agudo chirrido,  
Que parece una protesta...  
Y en la lóbrega capilla  
Temeroso Vázquez entra.

Sentada en ángulo oscuro,

La incógnita dama espera,  
Y, un si es, no es, receloso,  
Váse en derechura de ella.  
La enlutada se levanta,  
Y al Arcediano se acerca,  
Que, con mal velado miedo,  
Así a decirle comienza:

- V. Ved cómo vengo a la cita.  
D. No es grande cosa que venga;  
Primero he venido yo;  
Y há rato estoy en espera.  
V. Gracias, querida: ¿y por fin,  
Me permite que le vea  
Ese rostro tan tapado?...
- D. ¡Temprano a pedir empezal!  
V. Soy vehemente.  
D. Yo también.  
V. Pues entonces, dulce prenda,  
Que rompa ese sol la noche,  
Que sus limpios rayos vela:  
Grandes ansias hube siempre  
De ver el cielo en la tierra;  
Si no logro esta ocasión,  
Que hoy me depara mi estrella,  
De fijo muero sin verlo;  
Pues rara vez se presenta  
Ocasión tan oportuna...
- D. ¡Vaya, y qué bien galanteal  
Bien se os conoce, señor,

- No es esta la vez primera.  
De seguro habéis amado...
- V. Eso al caso no interesa;  
Lo que importa es que mis ojos  
Ese lindo rostro vean.
- D. Dejadlo para otro día:
- V. ¿Cuando haya muerto de pena?
- D. ¿Tanto me amáis?
- V. Como nunca
- Nadie amó:
- D. ¡Me lisonjea  
Tener tan rendido amante!  
¡Quién antes os conociera!
- V. Aún es tiempo para amar,  
Y más a mujer tan bella.
- D. ¿Bella, y aún no habéisme visto?
- V. Decís muy bien: pues que os vea;  
Os lo pido de rodillas.
- D. Alzad, que me da vergüenza;  
Aquí la esclava soy yo.
- V. Pues si es la esclava, obedezca.  
Os lo exijo, si he de amaros.
- D. Vos lo exigís, pues... que sea.—  
La dama rápida echó  
Velo y vestido por tierra.  
Y un amarillo esqueleto,  
Cuya hedionda calavera,  
Agitando las quijadas,  
Hace horripilantes muecas,

Salir del negro vestido  
Vió espeluznado el de Leca.

Y la visión a su cuello  
Las blancas canillas echa.  
Contra sus sucias costillas,  
De donde, temblando, cuelgan  
Podridos trozos de carne,  
Con un abrazo lo aprieta;  
Mientras las frías quijadas,  
De inmundas piltrafas llenas,  
La boca del Arcediano  
Parece como que besan...

El Canónigo vacila;  
Como un perlático tiembla,  
Y, exclamando ¡¡Eternidad!!  
Exánime al suelo rueda...

Cuando Vázquez lanzó el grito,,  
Terminaban las Completas.  
Al oírlo, los del coro  
Se miraron con sorpresa;  
Pues el grito ha sido tal,  
Que excede a la humana fuerza;  
Que es digno de un condenado  
Que de pronto se sintiera  
Rodar, de un lecho de flores,  
Del báratro a las cavernas.

Del coro salen buscando  
Quién gritó de tal manera:  
La capilla de la Antigua

De par en par está abierta;  
En ella instintivamente  
Todos a la vez penetran,  
Y, en el blanco pavimento,  
De horrible vértigo presa,  
Pálido, rígido y frío,  
Tendido a Vázquez encuentran.

Sobre el descompuesto rostro  
Le rocían agua fresca,  
Aplicando a su nariz  
Un pomo de rica esencia.

Y Vázquez torna a la vida,  
Dando por señal primera  
Un quejido de dolor,  
Digno del Regio Profeta;  
Un ¡ay! gigante, en que va  
Una contrición envuelta,  
Cual la que trocó en un ángel  
A la libre Magdalena;  
Uno de esos alaridos,  
Que el brazo de Dios doblegan;  
Dejando al más pecador,  
Igual que el bautismo deja.

## XVIII

## EPÍLOGO

No fué en vano para Vázquez  
La lección del esqueleto;  
Libro el de más elocuencia,  
De cuantos el mundo ha abierto.

A las más libres pasiones  
Él basta a ponerles freno,  
Con esta palabra: «muerte»  
Escrita en letras de huesos.

Tan vivo guardó el Canónigo  
De tal palabra el recuerdo,  
Que hizo ver que, aunque tardío,  
Fué, en convertirse, sincero.

Hasta que al fin, extenuado  
Por la penitencia el cuerpo,  
Con el ósculo de Dios,  
Voló su espíritu al cielo.



## XIX

## DEDICATORIA

Seminaristas queridos,  
Hermanos del alma mía;  
Meditad esta leyenda,  
Que un buen amigo os dedica.

.....  
Viviréis de sacerdotes,  
Cual sois de seminaristas;  
Con idénticas tendencias,  
Con las tentaciones mismas...  
Sólo mucho más frecuentes,  
Y muy más embravecidas.

Pues si hoy os toca vivir  
Del mar del mundo a la orilla,  
Habréis de vivir mañana  
Entre sus olas horrisonas,  
Que airadas os llevarán  
Con sus bramadoras iras,  
A estrellar en un escollo,  
Contra el que no se resistan  
Pasiones poco enfrenadas

Y poco a raya tenidas.  
¡Ved que hay escollos y vórtices  
Que ese mar vela a la vista!  
Más voraces que Caribdis  
Y más abruptos que Escila.  
¿Vivís mal? ¡ah! ¡no esperéis  
Vivir después mejor vida!  
¿Cómo, en un mundo, en que todo  
Contra la virtud conspira?  
¡Ay del que en frágil esquife  
Se lance a esa mar bravía!  
¡Insensato, tiente a Dios,  
Y su eterna muerte firmal  
¿Que el de Leca se convierte  
Y en grande santo termina?  
¿Y quién jura que prodigios  
De tal monta se repitan?...  
¡Loco de atar quien espere  
De un espectro la visita!  
La horrenda muerte del réprobo.  
Trágico fin de su vida,  
Será el espectro infernal,  
Que Dios pondrá ante su vista.

*Sevilla, Seminario, Noviembre de 1892.*

# El Santísimo Cristo del Amor

---

*Leyenda honrada con el premio de la Serenísima Infanta Viuda de Montpensier, en el certamen científico-literario-musical, celebrado por la Sociedad Católica de San Isidoro de Sevilla el día 27 de Abril de 1897.*

*Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Marcelo  
Spínola y Maestre, Obispo de Málaga.*

Así os consta, Sr. Excmo., que empezaba hace dos años, una dedicatoria, que, copiada a la letra, es como sigue:

«Excmo. y Rvmo. Señor: Que esta leyenda es indigna de ser dedicada a V. E. R., lo sé: pero ¿de qué manera si no, hemos de manifestar los que no tenemos otra cosa, nuestra adhesión y nuestra gratitud hacia quien, como V. E. R. hace la dignación de abajarse hasta tenernos en estima?

Permítame V. E. R. poner al frente de esta leyenda Vuestro augusto nombre; si quiera así, habrá en ella algo bueno que leer.

Besa el Pastoral Anillo de V. E. R. su humilde servidor y admirador de siempre,»

*Juan Francisco Muñoz.*

## 1

## OBERTURA

Sevilla de mis amores,  
¡Cuánto te quiero, Sevilla!  
No porque fueras mi madre;  
Que no tuve tanta dicha.  
Mas... ¿qué digo? madre fuiste;  
Madre del alma querida:  
Pues si los ojos del cuerpo,  
De tí lejos, abrí al día,  
En tí los ojos del alma  
Abrí por mi bien, Sevilla.

De entonces tu bella imagen:  
Flota por mi fantasía  
Con pupilas de esmeralda,  
Con boca de eterna risa,  
Con aliento de vergeles,  
Con veste de sedería,  
Con rumores de vihuela,  
Con alas de golondrina...

De entonces siente mi pecho  
Igual que sientes tú misma:

Yo quiero lo que tú quieres,  
Yo esquivo lo que tú esquivas,  
Yo... lo diré en dos palabras:  
Soy otro tú, mi Sevilla.

Dígalo, si no, el amor,  
Que en mi corazón palpita  
Por la Virgen de las vírgenes,  
Sin pecado concebida,  
Inspiración de tus vates,  
Modelo de tus artistas,  
Y objeto de tus amores  
Y de tu fe siempre viva.

Sí: ¡quiero mucho a la Virgen!  
Déjame que lo repita,  
Que es quizás lo único bueno  
Que en mí, por desgracia, exista.  
¡Cuánto nos gusta a los dos,  
(A tí y a mí, patria mía)  
Cuánto nos gusta, a lo lejos,  
Esperando en una esquina,  
Entre súbito chubasco,  
Ver venir las cofradías;  
Cual constelación de estrellas  
Inconstantes, e indecisas,  
Que por tus estrechas calles  
Cruzando fuera perdida!  
Cuánto nos gusta a los dos  
Ver entonces confundidas  
Con morenas sevillanas,

De bien llevada mantilla,  
Y falda un tanto goyesca,  
Cuanto bien cortada, rica,  
La francesa descocada,  
Que alardea de *tourista*,  
Con su *toquette* microscópica,  
Sujeta con anchas bridas;  
La inglesa lánguida y rubia  
De alta talla y firmes líneas,  
Hembra de cintura abajo,  
Macho de cintura arriba;  
La estrafalaria alemana  
Que en luengo ropón se abriga,  
Y envuelve la roja faz  
En negra gasa tupida...

Cuán hondamente nos place  
Escuchar su algarabía,  
Consultando al *cicerone*,  
Cual a sabia pitonisa,  
Gemelos en una mano,  
Y en otra mano la guía...

¡Qué serie de admiraciones!  
Por supuesto ¿a quién no admira  
Tu hermosa Semana Santa,  
Y arroban tus cofradías?

¡Ya se divisa la cruz!  
¡Y es de concha y plata final!  
Ya se adelanta, ya llega,  
Ya pasan las luengas filas

De innúmeros nazarenos,  
Que de dos en dos caminan,  
Alumbrando con sus cirios  
De sus trajes las insignias.

¡Uy que aprisa van y vienen  
Los *hermanos canastillas!*  
Yo los llamo en mis adentros.  
Almas de la cofradía:  
Sí: que del alma es estar  
Toda en el cuerpo que anima,  
Y toda en todas sus partes,  
Según la psicología.

Rozando por los balcones,  
Torciendo la aguda esquina,  
Viene *el paso del Señor:*  
¡Magnífico! ¡miral ¡miral  
El Cristo, de Montañés;  
Los dos ladrones, de Hita;  
La Virgen, de la Roldana;  
De Pesquera, las Marías;  
Los varones, de Gijón;  
Y el San Juan Evangelista,  
Del viril Pedro Roldán,  
Miguel Angel de Sevilla.

¡Mira, mira la peana!  
¡Qué volutas y qué aristas!  
¡Qué medallones tan bellos.  
Y de tanta perspectiva!  
De seguro es de Roldán,

Ayudado por la hija;  
Que aquel grupo de angelitos  
Que sostienen la cornisa,  
Tiene toda la frescura  
De la celestial artista.

¡Oye, escucha la saeta!  
¡Ay qué voz tan argentina!  
¡Qué sostenido!... ¡qué dejol!...  
¡Qué gorgeos!... ¡qué caídal!...

Imposible que en la cruz  
Cantaran las golondrinas,  
Con tan profunda pasión,  
Ni tanta melancolía,  
Cuando al Cristo moribundo  
Le arrancaban las espinas.

¡Imposible! que ese canto,  
Que aún en el ambiente vibra,  
Lleva disuelto en sus notas  
Un torrente de armonías,  
Y de amor y de dolor  
Profundo mar sin orillas.

¡Saeta! no hay otro nombre  
Con que mejor se defina  
Ese lamento que canta,  
O ese canto que suspira;  
Que ese canto es una flecha  
Cuya punta aguda y fina  
Lleva hieles del Dios Hombre  
Con lágrimas de María.

¡Ya viene allí el otro paso!  
¿Otra Virgen? ¡por mi vida,  
Que no hay pueblo para vírgenes,  
Como el pueblo de Sevilla!  
Miradla; bordado palio,  
Cuyos varales se cimbran,  
Orlado de borlas de oro,  
Que se mecen, la cobija.

Miradla; parece un monte  
Cuajado de pedrería;  
Que en esta tierra no hay dama  
Que sus alhajas más ricas  
No mande a la Camarera,  
Porque con ellas la vista.

Tal de luces viene el paso,  
Que es una selva encendida,  
Y las calles transversales  
Profusamente ilumina.  
Tocando viene la banda  
Marcha fúnebre, tristísima;  
Tan triste, cual su dolor  
Del monte Mória en la cima.

La hermandad le crema incienso  
Con grata mezcla de mirra:  
Los hombres se le descubren,  
Las damas flores le tiran,  
Los unos le rezan salves,  
Los otros le gritan ¡viva!  
Y todos, cuando ella pasa,

Se conmueven y arrodillan:  
¡Sí: que es la Madre de Dios,  
Y pasea por Sevilla!...

Mas... ¡oh Sevilla, y qué lejos  
Fué a parar mi fantasía!...  
Jurara que estaba agora  
De *gradas* en una esquina,  
Viendo venir embebido  
Magnífica cofradía,  
Con nazarenos y armados,  
Con ángeles y sibilas,  
Y todos los adherentes  
De todas ellas reunidas,  
Entre el clásico chubasco,  
Que no falta en tales días.

Y ¡oh tristes! estoy en mi mesa  
Rodeado de cuartillas,  
Que unas pecan por lo sucias,  
Si otras pecan por lo limpias;  
Con la péñola en la mano,  
La cabeza dolorida,  
Y una leyenda que hacer,  
En el plazo de dos días...

¡Oh realidad enojosa  
De los vates enemiga!  
¡Anda allá, que bien mereces  
El horror que nos inspiras!

## II

## DIMAS

Era Dimas un doncel  
Que frisaría en los veinte;  
De pelo rizado y negro,  
Grandes ojos, ancha frente,  
Piel cetrina; rojos labios  
Y dentadura de nieve:  
Era todo un real mozo;  
Tal como el dicho se entiende.

No es su alma tan hermosa,  
Como el cuerpo que la envuelve:  
Pues, huérfano de muy niño,  
De muy niño, inteligente,  
Descubrió cuantos secretos  
Ignorar los niños deben.

La casera de un corral,  
Su más cercana pariente,  
Vieja de ruidosa historia  
Y traficante en deleites,  
Fué el demonio de la guarda.  
Del pobre niño inocente.

Mendigando por las calles,  
Y jugando con pilletes,  
Pasó su oscura niñez;  
Sin que nadie le dijese  
Cuáles con Dios y los hombres  
Son del hombre los deberes.

Que la casera harto hace  
Con darle de noche albergue,  
Debajo de una escalera;  
Do, entre ya arrumbados muebles,  
Un miserable jergón  
Y unos andrajos le tiende;  
No sin antes exigirle,  
Para que con ella cene,  
La limosna, a veces corta,  
Abundante y pingüe a veces.

Traficante en carne humana  
La asquerosa vieja verde,  
Se vale del tierno niño  
Ya para mandar billetes,  
Ya para... lo que mi pluma  
Ni a medio apuntar se atreve;  
Quitándole a viva fuerza,  
Y entre dichos indecentes,  
Las propinas que ganara,  
De sus sonrojos a trueque.

Y el niño... dejó de serlo:  
Y, gracias al incidente  
De proposición nefanda

Que el hombre más vil repele,  
Hecha con grandes misterios  
Y promesas de mercedes  
Por la desdentada boca  
De la asquerosa pariente,  
Del malhadado corral  
Dimas salió para siempre;  
Mas ¡ay! llevando en el pecho  
De las pasiones la sierpe;  
En la retina, la imagen  
De los más sucios deleites;  
Y en el alma, el ateísmo,  
Con su carencia de leyes.

Bien pronto sintió del hambre  
Los agujones crueles.

—¿Pedir?— ¡bastante ha pedido!

—¿Robar?— y un ola caliente

Tiñó de carmín su rostro,

De color de cera siempre:

—¿Trabajar?— ¿y acaso sabe,

Más que jugar con pilletes?

Y una brusca sensación,

Amarga como la muerte,

Rabiosa como el infierno,

Lleva a sus ojos ardientes

Dos gruesas gotas de llanto,

Que en los párpados le escuecen;

Y una horrorosa blasfemia

Pone en su labio tremente.

Y, sintiendo en la garganta  
Amargor, como de hieles,  
Y mirando en derredor  
Con mirada de demente,  
Echa a andar con rumbo incierto,  
Cual quien huye de su suerte;  
La idea del suicidio  
Acariciando en su mente...  
Que el suicidio es el recurso  
Del que es cobarde y no cree.



## III

## UNA IDEA

Hacia la orilla del Betis  
Que va lamiendo, lamiendo,  
Con fresca lengua de plata  
De Sevilla los cimientos,  
A la mediación de un día  
Del inconstante Febrero,  
El triste Dimas marchaba,  
A suicidarse resuelto.

Cuando vé que en un portal  
De miles cacharros lleno,  
Cantando alegre tonada,  
Trabajaba un alfarero.

Con tosca plasta de barro  
Entre los robustos dedos,  
Modela al són de sus coplas  
Los más informes muñecos,  
Que salieron de Triana,  
Desde los clásicos tiempos  
De Santas Justa y Rufina,  
Hasta los corrientes nuestros.

Bueyes, que parecen mulas;  
Mulas, que parecen perros;  
Perros, que parecen cabras;  
Cabras, que parecen ciervos.

Pastorcitas de Belén,  
Repicando su pandero,  
Que imparcialmente juzgado,  
Cualquier lo creyera un queso.

Reyes-Magos que cabalgan  
En enjaezados camellos,  
Que hasta el más severo crítico  
Los tuviera por conejos.

Niños Jesús recostados  
Sobre blanquísimos henos,  
Comparables a sí mismos,  
Pues comparación no encuentro.

Virgencitas dolorosas  
Cuyo forzoso pañuelo,  
Se asemeja a una almohada,  
Por lo grande y por lo tieso.

Santos Cristos enclavados  
Del escorzo más grotesco;  
Angeles, santos, verónicas,  
Armados y nazarenos,  
Que, cocidos en el horno,  
Y por él pintados luego,  
Se los compran los muchachos,  
Con el decidido empeño  
Del yankee de nuestros días

Que está formando un museo,  
Y encuentra raro ejemplar,  
Con la firma de un maestro.

Dimas sintió en el instante  
Pasar por su pensamiento  
Feliz y rápida idea  
Que le inspira su ángel bueno:  
—Yo no sé más que jugar;  
Mas quizás pueda hacer esto—  
Y, humilde cual quien mendiga,  
Llegándose al alfarero,  
Le pide un poco de barro,  
Que obtiene felice luego.

Entre ambas manos la plasta,  
Sentado en el duro suelo,  
Comienza su modelado;  
Mas con tan seguro acierto,  
Que en la primera lección,  
Dejóse atrás al maestro;  
Que si no es un Praxitéles,  
Ni un Fidias, ni mucho menos,  
Pasóse toda la vida,  
Dedicado a sus muñecos.

Y comenzaron a hablar:  
Pues andaluz y silencio,  
Son, más que luz y tinieblas,  
Enunciados antitéticos.

Y he que contada su historia  
Por el infeliz mancebo,

Y escuchada con dolor  
Por el humilde alfarero,  
Con él dividió su pan,  
Y con él partió su lecho.

¡Oh caridad de los pobres!  
¿Quién puede apreciar tu mérito?  
Tan sólo una proporción  
Puede un tanto esclarecerlo:  
Pues si un Rey se propusiera  
Dar como aquel alfarero,  
Debiera, en justo rigor,  
Ofrecer, ni más ni menos,  
La mitad de sus tesoros  
Y la mitad de su reino.

¡Oh caridad de los pobres,  
Sacrificio el más inmenso!  
Tú eres el jarro de agua,  
A que Cristo ofrece el cielo.

Sí: que tan sólo en la gloria,  
Con lo infinito y lo eterno  
Del Dios que en ella se dá,  
Se puede pagar tu precio:  
Pues, a pagarse en la tierra,  
Tendrías justo derecho  
A que se te diera en trueque  
La mitad del universo.

---

## IV

## MONTAÑÉS

Pasaron algunos años  
En que el aplicado Dimas  
No dejó de modelar  
Ni siquiera un sólo día.

En sus negríssimos ojos  
Con claros destellos brilla,  
Cuando no relampaguea,  
La inspiración del artista;  
Mas, sin estudios del arte,  
Sostiene lucha reñida  
Contra la materia indómita  
Que sus esfuerzos esquiva,  
Siempre que llega el momento  
De dar a sus obras vida.

Copia la naturaleza,  
Como el más veraz copista;  
Mas la expresión es un sueño  
Que jamás se le realiza.  
¡Ah, si él pudiera salvar  
Esa insuperable cima!

¡Si él encontrara un maestro,  
Que le aclarase el enigma!

Por aquellos mismos años  
Quiso su bien que en Sevilla  
Floreciera Montañés,  
El inimitable artista  
De los Cristos moribundos  
Las Vírgenes doloridas...

El poeta celestial,  
Que, en vez de tomar la lira  
Para cantar la belleza  
Que impregnó su fantasía,  
Tomaba en su inspiración  
Un buril para esculpirla,  
Desenvolviendo poemas  
Con relieves y con líneas.

Murillo de la escultura,  
Que el arte espiritualiza,  
Severo como un germano;  
Como un heleno, realista;  
Delicado como un niño;  
Lleno de dulzura mística,  
Como un ángel humanado,  
Que Dios destinara a artista.

Una de esas coincidencias,  
Tan comunes en la vida,  
Hizo que un día se hallaran  
El gran Montañés y Dimas;  
Y aquellas almas gemelas,

Que igual el arte sentían,  
Con cariño el más sincero  
Quedaron por siempre unidas,  
Como dos ricos joyeles,  
Prendidos por áurea cinta.

El taller del gran Maestro  
Abrióse al siguiente día  
Para dejar paso franco  
Al nuevo operario Dimas.

Como un águila, enjaulada  
Dentro de gruta sombría,  
Que al fin la jaula rompiera  
Y échase a volar altiva,  
Tal el alma encarcelada  
Del oscurecido Dimas  
Por las regiones del arte  
Se remontó rapidísima,  
Sedienta de la belleza,  
Que como nadie sentía.

Con sus alas de condor,  
A toda vela tendidas,  
Igual que en el sol el águila  
Fija en ella su retina;  
Con más anhelo de verla,  
Mientras más y más la mira,  
Y sintiendo más placer,  
Cuanto más se le aproxima.

Rápido fué su progreso:  
Tanto que causó la envidia

De cuantos en el taller,  
Trabajando, competían.

No ya porque su jornal  
Sobre los otros subía;  
Sino porque el gran Maestro  
Hizo a su genio justicia,  
Poniéndolo a trabajar  
En lo que a nadie ponía;  
En las obras inmortales,  
En que vé el mundo su firma.



## V

## ¡YA PARECIÓ ELLA!

Dijimos a los comienzos  
De esta verídica historia  
Que no era el alma de Dimas,  
Por desgracia, tan hermosa,  
Como el cuerpo de dios griego,  
De que es la psíquica forma.

Lo que aprendió de muy niño,  
Cuando andaba a la limosna  
Y al servicio de la vieja  
Descocada y verduscona,  
En su tierno corazón  
Echó raíces muy hondas;  
Pues no hay planta como el mal,  
Y el mal bajo cierta forma,  
Que se críe más lozana,  
Si la gracia no la agosta.

Corrompido desde entonces,  
Vive vida licenciosa;  
Tanto más, cuanto más gana;  
Pues dinero y gente moza



...(usurparé media frase)

Son como fuego y estopa.

No alardea, sin embargo:  
Más bien sus vicios emboza;  
Que no es Dimas de esos hombres  
Que llevan siempre en la boca  
Del cáncer de la lujuria  
La corrosiva carcoma.

Fe cristiana nunca tuvo:  
Y aunque de ella no se mofa,  
Con todas las energías  
De su corazón la odia;  
Como aborrece el caballo  
La serreta vigorosa,  
Que amaina sus brutos ímpetus,  
Y fogosos bríos doma...

Hay en la Plaza del Pan  
Un portal de árabe forma,  
Do, ladrón de nacimiento,  
Que a la humanidad explota,  
Un usurero judío  
Vive en continua zozobra:  
¡Maldito! ¡quién te aplastara,  
Como a serpe venenosa!  
¡Quién te viera columpiándote  
De la cuerda de una horcal

Tiene el judío una hija,  
Como una Judit hermosa:  
Con ojos adormilados,

Cercados de negras sombras,  
Frente despejada y tersa,  
Fina nariz, y una boca  
Color de fresa madura,  
Donde dos filas asoman  
De unos dientes que semejan  
De leche cuajadas gotas. .

Há varios años que Dimas  
El portal moruno ronda,  
Fascinado por los ojos  
De la rozagante moza,  
Si negros como dos noches  
Radiantes cual dos auroras.

Descuido del usurero  
Le han permitido a la diosa  
Entreabrir un ventanillo  
Que casi a las tejas toca;  
Donde, en un tiesto de barro,  
De mudejárlica forma,  
Una verde clavelera  
Abre sus flores hermosas,  
Que parecen cuajarones  
De sangre encendida y roja.

Por allí le ha dicho a Dimas  
Con cuánta pasión le adora;  
Que, mientras más en él piensa,  
Lo ama con ansia más loca;  
Que no verlo, es un martirio;  
Que... en fin, el sin fin de cosas,

Que dicen que siempre dicen  
Y han dicho novios y novias.

Cerrado está el ventanillo;  
Y hace ya más de dos horas,  
Que está Dimas esperando,  
A ver si la niña asoma.

Por fin resuena el pestillo,  
Por fin se abrieron las hojas;  
Y aparece Abigail.

Tocada de blanca toca,  
Que refuerza el colorido  
De sus mejillas de rosa.

¿Qué es eso? ¿viene llorando?  
¿Pero por qué? ¿por qué llora?...

—Ay Dimas—dice la Virgen:  
—Ay que las penas me ahogan...

Mira, mi padre me ha dicho  
Que, inmoble como una roca,  
Jamás echará en su casta  
La imperdonable deshonra  
De dar a un perro cristiano  
Su Abigail por esposa.

¡Hoy mismo, ¡ay Dimas! hoy mismo,  
Queda firmada mi boda,  
Con un judío avariento,  
Que en cien talegas me dota!

¡Ay Dimas del alma mía!  
Desdichadas de nosotras,  
Que tenemos que aceptar

Lo que los padres escojan!  
¡Ayl! ¿por qué te conocí,  
Si naciste para otra?  
¿Por qué naciste cristiano?...—  
Y una voz cascada y bronca  
Llama a la amante doncella  
Vibrante, seca, imperiosa,  
Para que ponga su firma  
En el contrato de bodas.



## VI

## DESPECHO

Del moruno ventanillo  
Se aleja Dimas, ahogando  
Un ay de rabia profunda,  
Que entreabre sus secos labios,  
Y, a hurtadillas de la gente,  
Con los dedos enjugando  
Una lágrima que quema  
Los contornos de sus párpados.  
Aún le parece que escucha  
De la hebrea el eco blando,  
Diciéndole apasionada,  
Con inflexiones de llanto:  
—¡Ay Dimas del alma mía!  
¿Por qué naciste cristiano?—  
Lamento que le parece  
Carcajada de un diablo,  
Que de su suerte se burla,  
Con el más acre sarcasmo.  
—¿Conque ese mágico edén  
Por siempre se me ha cerrado

Por la lógica razón  
De que Dimas es cristiano?  
¿Conque han de verla mis ojos  
De otro hombre entre los brazos,  
Y a sabiendas de que yo  
Seré siempre el adorado?  
¿Conque para mí no queda  
Más que un infierno en dos plazos,  
Si es verdad que allende el tiempo,  
Y allende el sepulcro hay algo?  
¿Por qué? si es ella judía,  
¿Por qué he nacido cristiano?—  
Dice; y alzando la frente,  
Cual la alzara el ángel malo,  
Lanza horrenda imprecación,  
Con rabia de condenado.



## VII

## EL ENCARGO

Al taller del gran Maestro  
Al poco tiempo llegaba,  
Llena el alma de dolor,  
Con hieles en la garganta,  
Seco el labio, torvo el ceño,  
Y las malditas palabras  
—¿Por qué naciste cristiano?—

En la memoria clavadas,  
Como clavos hechos fuego,  
Que su cráneo atravesaran.

Dos apuestos señorones,  
Bien vestidos a la usanza,  
De damasco negro, el uno,  
Y el otro, de raso grana,  
Con finas golas de encajes,  
Y airosas y ricas capas,  
Sentados con Montañés  
En un rincón de la sala,  
En nombre de una hermandad,  
Un Santo Cristo le encargan.

Lo quieren crucificado;  
Y después de dar el ánima:  
Que el título de *El Amor*  
De la hermandad que lo manda,  
No puede significarse  
De manera más exacta,  
Que en un Dios enamorado  
De los mismos que lo enclavan;  
En un Dios herido y muerto  
Entre las más negras ansias,  
Que, amándonos hasta el fin,  
El último aliento exhala,  
Saturado de dolores,  
Y hecho una viviente llaga,  
Mientras la tierra le insulta  
Y el cielo lo desampara.

Después de ligero ajuste,  
Que delicado rechaza  
El más generoso artista,  
Los caballeros se marchan;  
No sin quedarse extasiados  
Ante tan hermosa Inmaculada,  
Que el artista de la Virgen  
Ayer mismo terminara,  
Por encargo del Cabildo  
De la Iglesia sevillana.

## VIII

## EL CRISTO

Transcurrieron varios meses,  
En que el inspirado artista,  
Con el alma en el buril,  
El Santo Cristo esculpía;  
Con la piedad del asceta,  
Que en el Calvario medita.

Al fin salió, como suyo:  
Tal, que cualquiera diría  
Que aquel pedazo de leño  
La humanidad era misma  
De Jesucristo paciente  
Del monte Santo en la cima.

De los clavos que las rompen  
Las dos manos suspendidas,  
Cuelga con mortal desmayo,  
Lleno de verdad artística,  
Su cuerpo de firmes músculos  
Y de vigorosas líneas.

Como cantara David  
Al són de inspirada cítara,

*Se cuentan todos sus huesos;*  
Sus huesos que se adivinan,  
A través de aquella carne  
Destrozada y dolorida;  
Por un buril inmortal  
Labrada, fibra por fibra.

Su rostro tiene esa marca  
Que distingue la agonía  
Del hombre que entre tormentos:  
Inenarrables expira:  
Pero a la vez tal belleza,  
De tanta dulzura mística,  
Que, entre sus labios de lirio,  
Se vé temblar la sonrisa  
Del que profundo placer  
Oculto a sagaces vistas.

Sus párpados de violeta  
Que crudo cierzo marchita,  
Entornados por la muerte,  
Dejan ver unas pupilas,  
Que están diciendo que es Dios  
El que a través de ellas vía.

Su... pero ¿a qué proseguir?  
¿Quién la muerte de un Dios pinta?  
¡Ah! si en el buril se trocara  
La burda péñola mía,  
Y en mi frente se encendiera  
La ardiente llama divina,  
Que en la cabeza creadora

Del gran Montañés ardía,  
Entonces, y sólo entonces,  
Desplegara a vuestra vista  
Las inefables bellezas  
De la destrozada Víctima  
De esa tragedia sin nombre,  
Que en el Calvario termina,  
Con la catástrofe horrenda,  
Y cuanto horrenda, magnífica,  
De la muerte de un Dios-Hombre,  
Que, siendo inmortal, expira.



## IX

## APRECIACIONES

Vano parece decir  
Que, enamorados del Cristo,  
No apartan de él su mirada  
De Montañés los discípulos.  
    Quién, el escorzo celebra;  
    Quién, se muestra decidido  
    Por el estudio anatómico,  
De que es la obra un prodigio;  
    Quién, encomia la cabeza,  
    Como la mejor que ha visto;  
    Quién dice que la expresión  
Es allí el gran triunfo artístico;  
Y todos por fin concluyen,  
Declarando, a voz en grito,  
Que es imposible que exista  
En el mundo mejor Cristo.  
    Sólo Dimas está mudo;  
    Que sigue torvo y sombrío,  
Rumiando la amarga frase  
Que la israelita le dijo.

—¿Por qué naciste cristiano?—  
—¿Por qué,—se dice a sí mismo,  
—Por cristiano me rechazan,  
Cuando yo aborrezco a Cristo?  
¿Por qué razón, por qué ley,  
Es indeleble el bautismo?...

¡Ayer la he visto llorar!  
Y sentí en el pecho un frío,  
Cual si clavado me hubieran  
Un carámbano con filo.

Por evitarle una lágrima,  
Fuera capaz del martirio;  
Y ¡ay! cada vez que la vea,  
La veré llorar de fijo.

Con ella fuera felice,  
Y ella felice conmigo;  
Y ella vive en un infierno,  
Y yo en otro infierno vivo;  
Y todo, porque se dice  
Que ha habido en la historia un Cristo,  
Que ha echado entre nuestras razas  
Un insuperable abismo.

¡Ayl ¡quién vengarse pudiera!—  
Y alzando el ceño sombrío,  
Miró al Cristo destrozado  
En tosca cruz extendido,  
Como en tálamo de amores,  
Do, con el mundo proscrito,  
En desposorio de sangre,

Se desposó al redimirlo.

Algo pasó por su mente  
Algo horroroso, fatídico;  
Pues sus ojos fulguraron  
Con un fosfórico brillo,  
Y en sus labios de carmín,  
Ora pálidos y fríos,  
Se dibujó una sonrisa,  
Digna del ángel maldito.



## X

## UNA ESCENA DEL CALVARIO

Con un bulto informe al hombro,  
De oscuro paño cubierto,  
Vienen llegando dos hombres  
A la iglesia del Convento,  
Donde tienen su morada  
Los Franciscanos Terceros.  
Otro, que se ha adelantado  
Para avisar al portero,  
Asoma en aquel instante  
Por la ancha puerta del templo;  
Y otro, pendiente del bulto,  
Sigue cuantos movimientos  
Le imprimen sus conductores,  
Fatigados por su peso.

Los hermanos de *El Amor*,  
Que, hace meses, conocemos,  
Con otros varios cofrades,  
Y el Guardián del Convento;  
Un religioso escultor,  
El buen del Padre Maestro,

Y un fraile de otra provincia,  
Que han esperado algún tiempo  
La llegada de los hombres  
De que hablamos ha un momento,  
Con viva curiosidad  
Entran en el rico templo.

A la vez por la ancha puerta  
Penetra el informe objeto,  
Por los dos hombres llevado,  
Y en oscuro paño envuelto,  
Que es el *Cristo de El Amor*,  
Magnífico monumento,  
Joya del arte cristiano,  
Capaz de dar nombre a un pueblo.

Tendido sobre una alfombra,  
Tirada *ad hoc* en el suelo,  
Y a la mística penumbra  
Que reina en el vasto templo,  
Parece un santo que muere,  
Y que ha los brazos abierto,  
Para morir como Cristo,  
En los brazos del madero;  
Desnudo, como el Dios-Hombre;  
Cual Él de heridas cubierto;  
Y en medio de santos frailes,  
Prontos a seguir su ejemplo.

Sí: que cualquiera jurara  
Que está temblando su pecho  
Con el último estertor

Que causa el último aliento;  
Y que aquellos labios cárdenos,  
Cual hojas de pensamientos,  
Se han entreabierto a exhalar  
El suspiro postrimero.

No importa que en el costado  
Tenga la herida del hierro:  
Aún parece que está vivo;  
Y que, vivo, está muriendo  
Del dolor de aquella herida  
Que hále destrozado el pecho.  
¡Qué hermoso está en sus dolores!  
¡Qué adorable en sus tormentos!

Todos se encuentran sumidos  
En el más hondo silencio;  
Que, a vista de lo sublime,  
Siempre se sintió respeto;  
Y el respeto es el más mudo  
De todos los sentimientos,  
Y aquello es lo más sublime  
Que jamás los ojos vieron.

—¡A colocarlo en la cruz!—  
Dice por fin el Maestro:  
Y hé que Dimas se adelanta,  
Con el rostro descompuesto,  
Cual lo tuviera un demonio,  
Que saliera del infierno,  
Para desahogar en Dios  
Todo el odio de su pecho.

De Montañés ayudado,  
Lo tiende sobre el madero,  
Como en la cima del Gólgota  
Al Hombre-Dios extendieron.

De Cristo clava en los ojos  
Sus ojos de lobo hambriento,  
Y, a su lado de rodillas,  
Toma el martillo de hierro.

La imagen de Abigail  
Renace en su pensamiento,  
Llorando en los duros brazos  
De un israelita usurero...

Y una oleada de sangre  
Siente subir al cerebro;  
La potencia de un titán  
Siente correr por sus nervios...

Y, con un placer que inunda  
La médula de sus huesos;  
Con el placer de la hiena  
Que atrapa manso cordero,  
De rodillas ante el Cristo,  
Alza el martillo de hierro.

Y uno; dos; tres; ¡muchos golpes!  
Distintos, pausados, secos,  
Que, con fúnebre cadencia,  
Repercuten por el templo,  
Da en los tornillos que fijan  
El Santo Cristo al madero.

—¡Ah! ¿por qué—dice en su mente,

—Es sólo un trozo de leño?  
¿Por qué, este duro martillo,  
De mi venganza instrumento,  
No le tritura los músculos,  
No le destroza los nervios,  
No le derrama la sangre,  
No le disloca los huesos?

¿Por qué, por qué es insensible?  
¿Por qué es un trozo de leño?  
¡Ah! quién tuviera en su mano  
Saturarlo de tormentos!  
¡Quién pudiera en cada golpe  
Sintetizarle un infierno!—

Y, alzando el férreo martillo,  
Cuando va trizas a hacerlo,  
Para dejar perpetrado  
El bárbaro sacrilegio,  
Que concibiera, hace días,  
En el taller del Maestro,  
Murmura—no está bendito:  
Aguardaré unos momentos,—  
Y, el martillo abandonando,  
Surge el artista del suelo.

Revestido el Guardián  
De sagrados ornamentos,  
Bendice la Santa Imagen,  
Que asperja y adora luego;  
A la vez que los presentes,  
Con el más hondo respeto,

En las llagas de los pies  
Le imprimen devotos besos,  
Sólo Dimas no se acerca;  
Buscando como pretexto,  
Subirse sobre el altar  
De la izquierda del crucero,  
Donde al culto de Sevilla,  
Ha de ser el Cristo expuesto.

Religiosos y cofrades,  
Tomando el Cristo del suelo,  
Lo conducen al altar,  
Donde, al lado del Maestro,  
Lo aguarda implacable Dimas,  
Para tirarlo y romperlo:  
¡Va a vengarse del Dios-Hombre!  
Con cobarde sacrilegio!

Mas hé que, al ir a tomarlo  
Por sus dos brazos abiertos,  
Se fija en aquellos ojos,  
Que parecen dos luceros,  
Que eclipsara espesa nube  
De ignominias y tormentos...

Repara en aquella boca  
De lirio que agosta el cierzo,  
Por do parece que vaga  
La promesa de los cielos...

Mira, en fin, aquel semblante,  
Digno de ser del Dios muerto,  
Y Dimas por su cabeza  
Percibe el paso del vértigo.

Para no rodar, se abraza  
Con el Cristo y el madero,  
Y exhala exténtoreo grito,  
Con la potencia del trueno...  
¡Se ha clavado aguda espina  
De las del Cristo en el pecho!

Mas ¿qué? ¿el que penas tan hondas  
Ha devorado en silencio  
Llora, cuando leve espina  
Le hiere un poco en el pecho?

¡Ah no, que Dimas no llora  
Con tan hondo sentimiento,  
Por la herida que en su carne  
Punzante espino le ha abiertol  
Llora, porque agudo dardo,  
Con punta trocada en fuego,  
Le atravesó toda el alma,  
Cuando se hiriera en el pecho.

Mas ¿qué fué? ¿qué oculto germen  
Trocó la hiena en cordero?  
¿Por qué el sacrílego Dimas  
No perpetró el sacrilegio?  
¿Qué vió en los ojos de palo  
De aquel pedazo de leño  
El mancebo corrompido  
Anticristiano y ateo?

¡Quizás la mirada muda,  
Mas de irresistible acento,  
Que hizo del Dimas Ladrón  
Feliz morador del cielo!

## XI

## EPÍLOGO

Ha pasado más de un año  
De tan memorable escena.  
El altar del Santo Cristo,  
Lleno de flores y velas,  
Parece enorme joyel  
Lleno de esmaltes y piedras.

Compactísimo gentío  
Tiene invadida la Iglesia,  
Para ver el nuevo fraile  
Que de allí a un rato profesa,  
Ante el *Cristo de El Amor*,  
Que ya Sevilla venera.

Hermoso, como un Apolo,  
Tallado a la usanza griega,  
Mas ¡ay! ojeroso y pálido,  
Como demacrado asceta,  
Serenos avanza el novicio,  
Y al altar mayor se acerca;

Descalzo el rosado pie  
De nacárea transparencia,

Cruzadas las finas manos,  
Y atado con blanca cuerda,  
Por el talle juvenil,  
Burdo sayo de estameña.

Sobre el plano del altar,  
Se postra un momento en tierra;  
Del presbiterio desciende,  
Y al altar del Cristo llega,  
Que, con los brazos abiertos,  
Parece como que espera.

—¿Quién es?—subida en un banco,  
Pregunta curiosa vieja,  
Que en todos los apretones  
Vióse siempre la primera.

—Es Fray Dimas de El Amor—  
Entre lágrimas contesta  
Montañés, que entre el gentío  
Yergue la cana cabeza.

Es Dimas, que en el costado,  
Sin que se cierre, conserva  
La herida que el duro espino  
De Jesucristo le abriera.

Es Dimas, regenerado  
Por la santa penitencia;  
Que, enrojecidos los ojos,  
Y dolorida la lengua  
De clamar al pie del Cristo  
—Señor, piedad y clemencia,—  
Vive como desterrado,

Peregrino por la tierra,  
Suspirando por la patria,  
Do no hay heridas que duelan.  
¡Patria que al golpe titánico  
De la cruz abrió sus puertas;  
Do, con el Padre y con Cristo,  
El Amor eterno reina!

Sevilla, Seminario, Marzo 1893



LA MUJER FUERTE

            
LEYENDA

*Al Sr. Dr. D. Juan Francisco Muñoz  
y García.*

Tío y señor: Gracias a su generosidad, vé la pública luz este librejo. Déjeme dedicarle siquiera esta leyenda; y váyase lo tardío de la dedicatoria, por lo preferente del lugar que tiene para Vd. mi corazón.

Reciba, pues, el más galante de los hombres todos a la «LA MUJER FUERTE»; que no habrá de quejárseme la egregia Dama de que la haya encomendado a su hidalga y notoria caballerosidad.

De Vd. celoso y amante Cura,

*Juan.*

## I

## RESTOS MORTALES

En la vieja Catedral  
De la grandiosa Sevilla,  
La de las columnas altas  
Y las bóvedas altísimas;  
En ese joyel del orbe  
Que hasta los cielos empina.  
De su moruna Giralda  
El filigranado prisma;  
Labrada a lo plateresco,  
De elegantísimas líneas,  
En el trasaltar existe  
La santa y Real Capilla.

En ella, bajo el altar  
De la Imagen peregrina  
De la Virgen de los Reyes,  
De este Aragón Pilarica;  
Y tras del altar do posan,  
De un Rey Santo las reliquias,  
De pequeñas dimensiones  
Existe devota cripta.

No sé si podré expresar  
Lo que sintió el alma mía,  
Cuando por la vez primera,  
Con una vela encendida,  
Pavorido y tembloroso  
Penetré en la oscura cripta.

Fué una mezcla de temor  
Al Dios que airado castiga;  
De compasión hacia el hombre  
Que provoca su justicia;  
De desprecio a la grandeza  
Que en la santidad no estriba,  
De... ¿qué se yo?... yo no sé  
Lo que sintió el alma mía  
Cuando, por la vez primera,  
Con una vela encendida,  
Pavorido y tembloroso  
Penetré en la oscura cripta.

Que no fué lo más saliente  
De mi piadosa visita  
Ver el ataud de roble  
Cubierto de argentería,  
Relicario primitivo  
De las mentadas reliquias.

Ni fué tampoco adorar,  
Puesta en tierra la rodilla,  
La Virgen *de las Batallas*  
Preciosa imagen ojiva,  
Por no llamarla románica,

Pues trasciende a bizantina;  
Dulce hechizo del Rey Santo  
Que, en el fuste de la silla,  
Como talismán del cielo  
Que invulnerable lo hacía,  
Llevó a todos los combates  
En que jugara su vida.

Ni fué besar el estuche  
De la espada siempre invicta,  
Con que espaventó al Islán  
De Córdoba y de Sevilla,  
E hizo humilde tributaria  
A la Alhambra granadina.

Nada de esto hirió tan hondo  
De mi corazón las fibras,  
Como mirar una caja  
De forma la más sencilla,  
Materia la más humilde,  
Si cavidad la más chica,  
Que una corona de hierro  
No mal dorada cobija.  
Allí están con desahogo  
Las deleznales cenizas  
Del Rey Don Pedro el Cruel  
La gran fiera de Castilla.  
Del Rey de crudas entrañas,  
(Dígame lo que se diga)  
Rondador y pendenciero,  
Adúltero y fratricida...

¡Dios mío! ¿que quepa aquí  
Todo aquel que no cabía  
Ni en salones, ni en palacios,  
Ni en ciudades, ni en provincias?  
¡Ah Señor! ¡miseró aquel,  
Qué tu airada mano oprimal  
No importa que grande sea,  
Ni importa que se resista;  
Tu fiel esclava la muerte,  
Maga que entiende de alquimia,  
Lo reduce a leves átomos  
Que barre después la brisa...

En cambio, en el limpio coro  
Del Convento de Franciscas,  
Que todo el mundo conoce  
Por Santa Inés de Sevilla;  
Bajo airoso pabellón  
De bermeja sedería  
Y en urna de oscuro cedro  
De bien doradas cornisas,  
Duerme el incorrupto cuerpo  
De una Sevillana eximia.

De una Sevillana heróica,  
De todos por santa habida;  
Del Cruel contemporánea,  
De sus pasiones codicia,  
Y bofetón a su orgullo  
Y a sus menguadas conquistas.  
De la Dama y del Cruel

La tosca péñola mía  
Va a hacer un poco de historia,  
Cual ora decir se estila.  
Mas, antes de comenzar,  
Sé tú mi musa, Sevilla:  
Cuéntame lo que tú cuentas...  
—¿La crítica?—¿y qué es la crítica?  
Oliscón *métome-en-todo*,  
Locuaz marisabidilla,  
Que asegura, porque sí,  
Porque ella se llama crítica,  
Que esto, verdad desde siempre,  
Desde ayer tarde es mentira:  
Que lo ha descubierto ella,  
Que tiene muy buena vista,  
Y un olfato de podenco,  
Que el Señor se lo bendiga...

. . . . .  
¡Vamos. pues; cuenta la historial  
¡Cuéntamelal ¡no seas niña!  
¿Que la crítica se ríe?  
Eso; la ley del talión:  
Por una risa, otra risa.

## II

## UN RETRATO

Nunca vieron las mujeres  
De Sevilla otra mujer,  
Que llegara ni a la sombra  
De María Coronel.  
Airosa como la palma  
Y erguida como el ciprés,  
Tiene los ojos de fuego,  
De leche y sangre la tez,  
De nieve la dentadura,  
Si los labios de clavel;  
Hoyuelos en las mejillas,  
Y hoyo en la barba también,  
Hechos por dedos de gracias  
En un rato de placer.  
Y del color del cabello,  
Que de endrina color es,  
Un lunar junto a la boca,  
Que... ¡vaya un lunar aquell  
Tal, por lo menos, resulta  
De un esmaltado alfiler,

Con marco de filigrana,  
Que, pendiente de un sartel  
De perlas de Guzarate,  
Heredó, de no se quién,  
Mi abuela que lo guardaba  
En rojo estuche de piel,  
Entre pellas de algodón  
Ya amarilla de vejez;  
Y que, cuando yo muchacho,  
Me lo solía ofrecer,  
Porque tomara la pócima,  
Que una y mil veces rehusé,  
Y que, así y todo, volcaba  
Entre el lecho y la pared:  
Diciéndome por muy cierto,  
Casi rayano en la fe,  
Que era auténtico retrato  
De María Coronel;  
Monja santa, fundadora  
Del Claustro de Santa Inés,  
Perseguida sin descanso  
Del Rey Don Pedro el Cruel,  
Y otras cosas mil y mil,  
Que ya no recuerdo bien.



## III

## ¿PLANCHA?

Tal belleza no es extraño  
Que pronto hallara marido:  
Y hé ya a Don Juan de la Cerda,  
Cuanto linajudo, rico,  
Darle la mano de esposo  
Ante las aras de Cristo.

Privado del Rey Don Pedro  
El esposo precavido,  
Guarda su mujer celoso  
Del Rey torpe y libertino,  
Cual se guarda rica joya  
De los ojos de un bandido.

Y aunque al Alcázar va y viene,  
Ya por gusto, ya de oficio,  
Jamás quiso que la Dama  
Pisara el regio vestíbulo:  
No ya solo porque el Rey  
No cayera en sus hechizos;  
Sino también por no hacerla,  
Cual muchos nobles conspicuos,  
Comparsa de la Padilla,  
Coronada por el vicio.

Pero el Cruel, que no es lerdo

Y que mucho tiene oído  
De la olímpica hermosura  
De aquella Venus de Milo,  
Guardada como una monja,  
Sin herrajes ni pestillos,  
Por el amante monjero,  
Que ha tomado por marido,  
Arde en deseos de ver  
De su hermosura el prodigio.

Y en vano organiza fiestas  
En el prado y en el río,  
Y abre los regios salones  
De su palacio morisco;  
Todas las hermosas llegan  
Con fastuosos atavíos,  
Y la austera Coronel  
Permanece en su retiro.

—¿Qué significa—se dice  
—Tan desdeñoso desvío?  
¿Es que se teme a sí misma?  
Pues será débil de fijo.—

Y con la real desvergüenza,  
Que siempre tuvo por tipo,  
Una noche, ya a altas horas,  
Sabedor de que el marido  
Se hallaba donde sabredes,  
Cuando yo pueda decirlo,  
Por un abierto balcón  
Del voluntario retiro

De la Dama entróse a tientas,  
Sin el más leve ruído.

En negro reclinatorio  
Con incrustes peregrinos  
De plata, marfil y concha;  
A los pies de un Crucifijo,  
Sobremanera devoto,  
Aunque muy mal esculpido;  
Teniendo en la diestra mano  
Abierto precioso libro,  
De terciopelo las tapas  
Enchapadas de oro fino,  
Yace la dama dormida,  
Con abandono de niño.

De transparente alabastro  
Un lamparín encendido  
Pende del techo mudéjar,  
Delante del Santo Cristo,  
Que, en el fondo de damasco  
De hermoso tallado tríptico,  
A la luz del lamparín,  
Destaca sus miembros rígidos.

La tibia luz ilumina,  
Con suave misticismo,  
De aquella mujer el rostro,  
O mejor, aquel prodigio,  
Que parece el rostro ser  
De un querubín adormido,  
Dibujado por Fra Angélico.

Para algún retablo ojivo.

De puntillas llegó el Rey;  
Llegó, y apenas la vido,  
Quedó perdido de amores,  
A vista de aquel hechizo.

Que vió aquella tersa frente,  
Más blanca que blanco lirio,  
Como la frente serena  
Del más inocente niño.

Y aquellos ojos, cerrados  
Como nuevos paraísos,  
Por negrísimas pestañas,  
Que no por hierros flamígeros.

Y aquella entreabierta boca,  
Cual rosa de abril florido;  
Y aquellos dientes de perlas,  
De aquella rosa rocío.

Y aquel lunar de azabache,  
Sobre aquella tez de armiño,  
Que más emblanquece el fondo,  
Mientras más negro es él mismo.

Y aquellos leves hoyuelos,  
Aquellos tres blandos nidos,  
Donde se esconden armados  
Tiranuelos amorcillos.

Y aquel sello de pudor,  
Que el Rey jamás había visto  
Ni en la liviana Padilla,  
Ni en cuantas hubo rendido.

Loco de amores el Rey,  
Le da un beso en su delirio...  
—¡Juan!—exclamó despertando,  
La Dama que lo ha sentido.  
Pero al ver que no es Don Juan,  
Alzándose en brusco brinco,  
Sonorosa bofetada  
Le da con airados bríos.  
—¡Salid!—exclama rugiendo,  
—Por donde hayades venido,  
A mancillar un honor,  
Hasta agora puro y limpio.

Soy de Don Juan de la Cerda;  
Don Juan de la Cerda mío;  
Que así jurado lo habemos  
A los pies de Jesucristo.

Y si allanar un sagrario  
Vos pareciere sacrílego  
Muy bien, señor, vos parece:  
Pues juzgad de esto lo mismo:  
Que si el sagrario es de Dios,  
La mujer es del marido.

Marchad, y pronto, y que nadie  
Sepa vuestro desvarío;  
Pues sabrá la bofetada,  
Que me habedes merecido.—

Rujiendo de rabia el Rey,  
Sus ojos de basilisco  
Clavados tuvo en la Dama,  
Mientras clamaba lo dicho.

Y, con esa sangre fría  
Del que es cruel por instinto,  
Haciendo gentil saludo  
Del corte más distinguido,  
Con una helada sonrisa  
Que entreabrió sus labios fríos,  
—Adios, esposa modelo—  
Le dice en tono incisivo;  
—Yo quitaré las razones  
Que haciéndome están sacrílego.  
¡Hasta que os mire a mis plantas!  
Que he de miraros de fijo.—

Y por el mismo balcón,  
Por donde hubiera venido,  
Lanzóse a la oscura calle,  
Cuando un convento vecino  
Daba el toque de maitines,  
Volteando en su hueco ojivo  
Un sonoro esquilón  
De timbre el más argentino;  
No sin que oyera la Dama  
Cierta estridente chasquido,  
Que lanzaban las canillas.  
Del furioso fugitivo...  
—¡El Rey!—murmuró dudando;  
—No cabe duda, es el mismo...  
Pues muy más me alegro agora  
De haberle así recibido.  
¡Canalla! ¿cree que no hay más  
Que Padillas a su arbitrio?—

## IV

## CAVILACIONES

Lo restante de la noche  
Lo pasó la Dama en vela,  
Satisfecha de sí misma,  
Si bien por su esposo inquieta.

¿Dónde estaría Don Juán?  
¿Qué significaba aquella  
Tan inmerecida y brusca  
Y hasta sospechosa ausencia?

Ayer tarde fué al Alcázar,  
Y llamado, por más señas,  
Y ha transcurrido la noche.  
Y el alba a romper comienza,  
Y el esposo, sin volver,  
Y ella, en angustiada espera.

¿Era un amador hipócrita  
Que, estando ya hastiado de ella,  
Le fingía falso amor,  
Esclavo de otra belleza?  
Imposible: amor tan hondo  
No ha en el mundo quien lo mienta.

¿Vería subir al Rey,  
Y ha esperado a que descienda,  
Para lavar en su sangre  
Lo que él juzgará su afrenta?  
¿Habrá sido más feliz  
El Cruel en la reyerta,  
Y estará muerto en la calle  
Su único amor en la tierra?  
¿Por qué no vendrá, Dios mío?  
¿A qué obedece su ausencia?  
Si no es amor a otra dama.  
Lo que de su hogar lo aleja,  
Es que se ha encontrado al Rey,  
Y ha caído en la refriega.

Porque, si logró matarlo,  
¿Cómo esa indómita fiera,  
Tocante a puntos de honor,  
No ha volado a toda prisa,  
A hundirme dentro del pecho  
La mojada daga misma?  
¡O está en brazos de la muerte,  
O en brazos de una ramera!...  
Y fijas en su cerebro  
Tan encontradas ideas,  
Con pisadas de demente,  
La rica cuadra atraviesa.

Y ora se pone a escuchar,  
A través de las maderas,  
Los tristes silbos del buho

Que se posa en la veleta  
Del escueto campanario  
De la no lejana iglesia,  
Y que ella juzga lamentos  
De un herido que se queja...

Ora sus mismas pisadas  
Que, apagadas por la estera,  
Le parecen por lo sordas,  
Como que en la calle suenan...

Siente impulsos de llamar  
A escuderos y doncellas,  
Porque salgan a inquirir  
Lo que inquirir le amedrenta;  
Ya impulsos de ir ella misma,  
En la mano una linterna,  
En busca de los despojos  
Del amor que muerto piensa,  
O a sorprenderlo, bajando  
Por la colgante escalera  
Del balcón de la malvada  
Que le roba sus ternezas.

A los pies del Crucifijo  
Por fin sus pasos la llevan;  
Se arroja al reclinatorio  
Cual se desploma una muerta,  
Clava en el Cristo la vista,  
Dobla la hermosa cabeza,  
Y rompe en amargo llanto,  
Que su faz de nieve quema.

## V

## LA NOTICIA

Como niño que despierta  
Rebosando de alegría,  
Y aturde la muda casa  
Con clamores y con risas,  
Del seno de muda noche  
Despertó risueño el día.

Por todas partes campanas  
Tocando el toque de Misa;  
Vendedores ambulantes  
Que pregonan mercancías,  
Y encomiásticos epítetos  
Entusiastas les aplican.

Carros, que pasan crujiendo  
Al vocear del auriga,  
Que increpa a las zafias mulas  
Cargadas de campanillas,  
Mientras, con sonante látigo  
Las azuza o las fustiga.

Ciegos, que piden limosna,  
Cantando alegres letrillas,

Al són de acorde guitarro,  
Con moños en las clavijas,  
De do cuelgan cascabeles,  
Que alegremente repican.

Devotísimos santeros  
Que, cargados de reliquias,  
Llevan del cuello pendientes  
Un Cristo, o Santa María,  
Encanto de los devotos  
Que los besan de rodillas,  
Mientras ponen sus limosnas  
En la mohosa alcancía,  
Que de sostén o peana  
Sirve a la imagen bendita;  
No sin oírle embebidos  
La enredosa retahila  
De indulgencias que se lucran  
Por obra tan santa y pía,  
Como es sostener el culto  
De la devota capilla  
Donde, pontífice y rey,  
Vive con larga familia.

Chiquillos, que van y vienen,  
Y que empujan o pellizcan  
A la vieja que devota  
Va al templo a la santa misa;  
Y que al verse atropellada,  
De coraje verde y lívida  
Devocionario, abanico,

Rosario y guantes les tira,  
Mientras, con aire de Juno,  
Maldiciones mil vomita  
Contra los padres y madres,  
Que tales *demontries* crían;  
Contra los malos gobiernos  
Que tal desmán no castigan,  
Y lamentando que Herodes  
Siglos mil y mil no viva.

. . . . .  
Con estos y otros ruidos.  
Despertó radiante el día,  
Hiriendo con rayos de oro  
Las ardorosas pupilas  
De la hermosa Coronel,  
Que, de dolores transida,  
Aún llora, a los pies de Cristo,  
De su amor la ausencia esquiva,  
Preso entre redes de encantos  
Por alguna fementida,  
O preso en las redes negras  
De la negra muerte fría.

Mas ved aquí que una dueña.  
Amojamada y marchita,  
De toda la servidumbre  
Acompañada y seguida,  
Entrando en la regia estancia.  
Le da la triste noticia  
De que, preso por el Rey,

Como aliado y espía  
De su hermano Don Fadrique,  
Y con pena de la vida,  
Está Don Juan de la Cerda,  
Desde aquella tarde misma.

Del negro reclinatorio  
Alzóse la Dama altiva;  
Por sus labios de carmín  
Discurrió fugaz sonrisa;  
Y tomando un cofrecillo  
De moruna argentería,  
Lleno de gomas de oriente  
Por cosa rara traídas;  
Y un diminuto puñal  
De labores damasquinas,  
Con vaina de terciopelo  
Y el puño de pedrería,  
Con la voz entrecortada  
Por el dolor y la ira,  
Que con raras inflexiones  
Por la rica pieza vibra,  
A dos escuderos llama,  
Y estas órdenes les dicta:  
—¡Hola mi gentel a vestiros  
Las dalmáticas más ricas,  
Los más flamantes penachos,  
Y las calzas más lucidas;  
Y, tomando estos presentes,  
Al Alcázar id a prisa;

Y, ante el Rey afinojados,  
Anunciadle una visita.

Si no conoce en las armas  
Que sois servidumbre mía,  
Y de quién sois os pregunta,  
«De una dama dolorida»  
Decidle «que vos acata  
Por monarca de Castilla.»—

Dijo: y llamando a su alcoba  
Dos doncellas habilísimas,  
Mándales sacar sus galas,  
Zahumarlas con rosa y mirra;  
Y abrir un lindo joyero  
De costosa labor china,  
Do hay tal derroche de joyas,  
Que una reina envidiaría.

Vístese luengo briál  
De brocado de oro y lila,  
De morado terciopelo  
Con festones y cuchillas,  
Estas y aquéllos bordados  
De copiosas amatistas.

Tócase mongil de nieve,  
Con cendal de una estofilla,  
De hilos de plata y oro,  
Quizá en oriente tejida;  
Y que deja ver dos trenzas,  
Largas, sedosas y finas,  
Que casi al suelo le tocan,

Entrelazadas con cintas.

Echase al cuello un sartal  
De irisadas margaritas,  
De do cuelga un *lignum crucis*,  
Con mil devotas reliquias;

Toma lindo pañizuelo  
Con blondas de seda ricas  
Perfumado con esencias  
De un arábigo alquimista;  
Y un abanico de plumas,  
Que, cuando el sol las irisa,  
Tienen reflejos de nácar,  
En que mil colores brillan.

Y así, y llevada la cola  
Por dos tiernas doncellitas,  
De negros cabos la una,  
Si otra rubios como espigas,  
Baja la blanca escalera,  
Que roja alfombra tapiza;  
Y en una litera entrando,  
Bien echadas las cortinas,  
Donde las armas campean.  
De dos egregias familias  
Con numeroso cortejo,  
Al Alcázar se encamina.

## VI

## LA ENTREVISTA

Los dos heraldos salían  
Del aparatoso Alcázar,  
Cuando en dorada litera  
Junto a sus puertas llegaba,  
Con numeroso cortejo,  
La triste y hermosa Dama.

Más de un curioso, que ha ido  
A ver si es o no fundada  
La noticia que la gente  
Ya a cuatro vientos propala,  
En la litera los ojos  
Con afán vehemente clavan;  
Pues que es gente de la Cerda  
Dícenlo las nobles armas,  
Que la litera preciosa  
Por todas partes esmaltan.

A la hermosa Coronel  
Reconocen sin tardanza;  
Pues, si no vieron su rostro,  
Porque el cendal la recata,

Deducen que es ella misma  
De las espléndidas galas  
Que, al demontar, por el suelo,  
Con altivo empaque, arrastra.

Sabedora la Padilla  
De que llega a su morada  
Una hermosa, de quien sólo  
Conoce la mucha fama,  
Tras rozagante cortina  
De costosa seda indiana,  
Que la cámara del Rey  
De su tocador separa,  
Se ha escondido para verla,  
Y a su sabor estudiarla;  
Pues la Padilla es mujer;  
Y el ser curiosa y osada  
No há mujer que no lo tenga  
Como ingénito en el alma.

*Máxime* si tienes celos:  
Y la que se vé encumbrada  
Por el capricho de un déspota,  
Cual la regia barragana,  
Doquier que vé otra mujer,  
Y mucho más si esta es guapa,  
Halla un arsenal de celos,  
Que la envenenan y matan.

¡Pobre Padilla! celosa  
Palidece y adalgaza:  
No es feliz, no, ¿lo es acaso

Ninguna desventurada  
De esas, a quienes el vicio  
Les pone su infame marca?

¡Pobres flores sin aromas,  
Aún no abiertas, y ya ajadas!  
¡Cuántas espinas que llevan  
Punzándoles en el alma!

¿Que ríen? ¡Bah, que no importa!  
Sus risas son una máscara,  
Que cubre un dolor anónimo,  
Cual flor que cubre una llaga  
¿Que nadie las ve llorar?  
¡Ah! ¡felices si lloraran!  
Una tempestad sin lluvia,  
Eso es un dolor sin lágrimas.

En su lindo tocador  
Junto a la puerta sentada,  
La Padilla está anhelante,  
Víctima de horribles ansias;  
—Picará el frívolo Rey  
El anzuelo de sus gracias—

Sentado en alto sitial  
De maderas entalladas,  
Incrustado de leones  
Y de castillos de nácar;  
Teniendo al pie una alkatifa  
De las mejores del Africa,  
Y sobre ella un almohadón  
De vívido raso gualda,

Blasonado de castillos  
Y de leones de grana;  
Y al lado de linda mesa,  
Berberisca por la traza,  
Do están los ricos presentes  
De la dolorida Dama,  
Impaciente el Rey Don Pedro  
Con viva inquietud la aguarda:  
¡Por fin resultó profeta,  
Que la va a ver a sus plantas!

Es de rostro enjuto y seco,  
Y ojos vivos como brasas,  
Que más que mirar, parece  
Que escudriñan en el alma;  
Cargados de espesas cejas  
Si bien de pocas pestañas,  
Inteligencia, malicia,  
Y hasta cinismo delatan.

Joven, ya tiene la frente  
Por hondas rugas surcada,  
Y marchitas las mejillas  
Con barba bermeja y rala.  
Tiene nariz aguileña;  
Menuda la boca y pálida,  
Con un no se qué de amargo,  
Que hasta su risa es amarga.

Sin ser de grande estatura,  
Mídela más que mediana  
Y hay en todo su ademán

Varonil soltura y gracia.

Con eximia pulcritud,  
Que es cosa en él harto rara,  
Por sus pajes ayudado,  
Vistióse aquella mañana.  
De blanco punto de seda  
Se puso ceñidas calzas;  
De grueso velludo verde  
Pantufilas de punta larga;  
Ropilla de verde estofa  
Con armiños aforrada,  
Sujeta al airoso talle  
Por un cinturón de vaca,  
Con una preciosa hebilla  
De diamantes y esmeraldas;  
Verdes mangas al desgaire,  
Cual la ropilla, armiñadas,  
Con sobrepuestos costosos  
Y cordonajes de plata;  
Y de verde terciopelo,  
Con airosa pluma blanca,  
Que una esmeralda aprisiona  
De diamantes circundada,  
A la cabeza un birrete,  
Que cubre no pocas canas.

Vestido, habló largo rato  
Con Men Rodríguez Sanabria;  
Y algo sonó de un anillo  
Que él habría... pero ¡basta!

No adelantemos noticias,  
Que tiempo habrá para darlas.

Impaciente el Rey espera  
Que llegue la egregia Dama,  
Y los ojos intranquilos  
Con honda fijeza clava,  
En el rojo cortinón  
Que decora la antesala;  
Do, fieles como dos perros,  
E inmóviles cual dos estatuas,  
Las áureas mazas al hombro,  
Están dos reyes de armas.

Por fin la grave cortina  
Gallardo paje levanta;  
Y a los extáticos ojos  
De la fiera coronada  
La esplendorosa figura  
De la Coronel destaca,  
Radiante como una diosa,  
Qué del Olimpo bajara.

Cualquiera que hubiese estado  
Por la misteriosa cámara,  
Cuya puerta exorna y cubre  
La colcha de seda indiana,  
Hubiera escuchado un ¡ay!  
De mal comprimida rabia  
Que, al ver a la Coronel.  
De entre los labios se escapa  
De la celosa Padilla,

Que una derrota presagia.  
Con noble paso de reina  
La Coronel adelanta,  
Del bien llevado brial  
Haciendo crujir la cauda.  
Hace reverencia trina  
De irreprochable elegancia,  
Dejando ver a la legua  
Que se acerca una gran Dama,  
Las doncellas de su séquito  
Hacia ambos lados se apartan,  
Y besa la augusta mano,  
Ante el Rey arrodillada.

Por vez primera en su vida,  
Sintió vergüenza el Monarca:  
Que se acordó de aquel beso  
Y de aquella bofetada...  
Mas, repuesto en el instante,  
Que tome asiento le manda,  
No sin tenderle la mano,  
Con que ayuda a levantarla.

Linda silla de tijera  
Con el dedo le señala;  
Manda ponerle a los pies  
De tisú tierna almohada,  
Y, con voz no muy segura,  
De este modo rompe el habla:

—Sin que me habladen, señora,  
Ni siquiera una palabra,

Sé desde luego el motivo  
Que vos tiene en este Alcázar,  
Mas, como vos interesa  
Que nadie sepa las causas  
Que han puesto a vuestro velado  
Lejos de las vuestras gracias,  
Bueno será que nos dejen  
Solos en aquesta cuadra.

Y encarado con las dueñas  
Y doncellas de la Dama  
—Salidvos de aquí—les dice  
—Y aguardad en la antesala.—

Salé el séquito obediente,  
Quedan los dos en la estancia,  
Y óyese crujir de sedas  
Tras de la cortina indiana.



## VII

## UN DIÁLOGO

Yo no sé si lo he leído,  
Me lo han dicho, o lo he soñado:  
Pero es cierto que me sé  
De memoria este diálogo.

REY. ¡María!

MARÍA. ¿Señor?

R. ¿Has visto  
Cómo abundan los ingratos?

M. ¡No me atrevo yo a decir,  
Señor y Rey, otro tanto!  
¿Quién es el infiel?

R. Tu esposo,  
De Don Fadrique aliado;  
Víbora que yo acaricio,  
Y en mi pecho amigo guardo.

M. ¿Qué decís?...

R. Que aquí ayer tarde  
Logré desenmascararlo.

M. ¡Señor!

R. Después hablarás;

- Que el asunto es para largo.  
Por más que firme lo niega,  
Tiene carta del bastardo,  
Do le dice que le manda  
Un puñal envenenado,  
Que ha de clavar en mí pecho...
- M. Señor ¿y no ha de negarlo?  
¿Don Juan traidor, y asesino  
De su mismo soberano?
- R. Sí, María; no lo dudes;  
Yo también quise dudarlo;  
Pero...
- M. ¡Imposible, Señor!  
Emboscada de palacio,  
Que...
- R. No, María, no hay tal;  
Es un hecho consumado  
Lo del inicuo comercio  
De tu marido y mi hermano.
- M. ¡Señor! ¡por Dios! ¡que me ahogo!  
¡Que yo no puedo escucharos,  
Sin sentir en la garganta  
Sed de sangre de villanos!  
¿Don Juan? ¿Don Juan de la Cerda  
Torpe asesino pagado?...  
¿Por quién tomades, Señor,  
El mejor de los vasallos?  
Decidme que os ha escupido,  
O que os ha abofeteado;

Que un hombre de su bravura  
 Pudiera atreverse a tanto.  
 Pero ¿traidor? ¿y asesino?...  
 ¿Y al servicio de un bastardo,  
 Con quien él se mancharía,  
 Si le tendiera la mano?...  
 Ni conocéis a Don Juan,  
 Ni mientes habéis parado  
 En el honor de los Cerda,  
 Más que ese sol limpio y claro:  
 Muera, si debe morir.  
 Pero muera como honrado.

¡Ay! de quien toque a su honor!  
 ¡Su esposa sabrá vengarlo!  
 ¡Calma, María!...

R.  
 M.

¿Que calme?  
 ¿Que calme, y me habéis tocado  
 En lo más vivo y profundo  
 Que en mi amante pecho guardo?  
 ¿Quién con un botón de fuego  
 Se puede quedar impávido?

R.

¡Calma, María!... quizás  
 Podemos todo arreglarlo;  
 Como tú accedas...

M.

¡Yo accedo!  
 Sea lo que sea, aceptado.

R.

¿Sabes tú lo a que te obligas?

M.

Supongo que un Soberano  
 No exigirá una vileza:

Todo lo demás lo acato,  
 ¡Pedid! ¿qué tierras queréis?  
 Yo las mido por condados;  
 ¿Casas? yo puedo ofreceros  
 Sinnúmero, y dos palacios:  
 ¿Joyas? no pueden con ellas  
 Ni dos docenas de esclavos;  
 ¿Dineros? quizás habrá  
 Para cargar diez caballos:  
 Todo es vuestro; yo os lo doy;  
 Mandad al punto a tomarlo;  
 Pero volvedme mi esposo:

R. No, no; si no es eso;... ¿estamos?  
 Mira; tan solo Sanabria  
 Sabe la historia del caso:  
 Se puede quitar de enmedio,  
 Con sólo mandar matarlo.

M. ¿Sangre?

R. ¡Calla! de otro modo,  
 Nuestro honor no queda a salvo,  
 Pues, si perdono a la Cerda,  
 Viviendo el depositario  
 Del secreto de su crimen,  
 Daré a mis desdichas pábulo;  
 Porque sabrán que a traidores  
 Tiendo de amigo la mano,  
 Y ¡ay de mí! si el pueblo entiende  
 Que se doblega mi brazo.  
 Pero, si muere Sanabria,

Pierdo un amigo... un hermano...  
 Quizás el único sér,  
 Que en este mundo me ha amado.  
 Y... quiero otro corazón,  
 De mis secretos sagrario;  
 Que lata a compás del mío;  
 Que haga suyos mis agravios,  
 Que lllore cuando yo lloro,  
 Que cante cuando yo canto...  
 ¡Ay! que estar solo es muy triste  
 Del mundo en el yermo páramo;  
 Y doquier llevo los ojos  
 No más que traidores hallo.  
 Y yo necesito amar,  
 Y hé menester ser amado,  
 Como el arroyo correr,  
 Y como volar el pájaro.  
 La Padilla...

M.                    ¡Señor!

R.                    ¡Calla!

¡Deja que un pecho volcánico  
 Dasahogue el fuego vivo,  
 Que comprimió lueñes años!

M.                    ¡Callad por Dios!

R.                    ¿Que me calle?

Manda al volcán que, eruptando,  
 Detenga la ardiente lava,  
 Que a su cráter ha llegado:  
 Déjame hablar: yo te adoro,

Como a nadie amé.

M. ¡Es en vano!

¡Quedad con Dios!

R. ¿Dónde vas?

¡Si todo mandé cerrar!o!

¡Si eres mía aunque no quieras!

¡Cómo has venido a mis manos!...

M. ¡Cobarde, Rey sin honor!

¿Y queréis ser adorado

De una dama acorralada?

¿Quién puede amar a un tirano?

R, Tú, María; en cuanto sepas

Que, tan despota y tan bravo,

Me rinde como a un cordero

La magia de tus encantos:

El Rey Cruel para todos,

Seré para tí el Rey Manso;

Palomillo que te arrulle

Con arrullo ledo y blando,

Más que el murmurio del aura,

Que se posa en sus desmayos

Sobre el aromoso cáliz

De las flores del naranjo.

M. Basta, Señor, no habléis más

Sé que estais enamorado...

¡Bien está!... pues sepa el Rey

Que mi honor está en mi mano:

Y he de dejarme matar,

Primer que dejar quitármelo.

Para librar de la muerte  
Y la deshonra a un honrado,  
Queréis que su esposa misma  
Vos ayude a deshonrarlo...  
Muera Don Juan en buen hora:  
Ya que no será el matármelo  
Ni la injusticia primera  
Que habedes vos perpetrado.  
Ni la postrer felonía  
De que el cielo os haga cargo...  
¡Muera Don Juan de la Cerda!  
Pues se habrá por bien matado,  
Con tal que su esposa honrada  
Le acompañe al campo santo,  
Y a un convento se retire  
Toda su vida a llorarlo.

R. ¿De modo que...

M. Sois el dueño

De la vida de un vasallo.  
De mi honor el dueño es él,  
Mientras no logréis matarlo.  
Después...

R. Pues bien, ¡morirá!...

¡Pero no!... ¡seré magnánimo!  
Que no quiero que se diga  
Que a tu ruego no me ablando...  
Vuela a la Torre del Oro;  
Y este anillo de mi mano  
A Men Rodríguez Sanabria,

Como contraseña, dalo.  
El sabe lo que ha de hacer.  
M. Dios vos conserve mil años,  
Y que esta acción no se quede  
Sin su merecido pago.—  
    Postróse en tierra la hermosa;  
Y, una lágrima enjugando,  
Besó la mano del Rey  
Que, al sentirlo, se ha inmutado.  
    Dejando el muelle sitial,  
La ha venido acompañando  
Hasta el grave cortinón  
De terciopelo y damasco,  
Que divide la antesala  
Del aparatoso estrado.  
    Cruel y amarga sonrisa  
Del Rey dilató los labios;  
Cuando la vió trasponer  
Por el ángulo cercano;  
Mas se trocó en agria mueca,  
Cuando pensó recordando:  
—Y que esta acción no se quede  
Sin su merecido pago.—

## VIII

## ¡POR CURIOSA!

Tras un intervalo corto,  
En que el inquieto Monarca,  
Rumiando allá en sus adentros  
Las antedichas palabras,  
Recorrió el lujoso estrado  
Con las manos a la espalda,  
Mordiéndose el labio fino  
Y hosca y turbia la mirada;  
Movi6 la lengua cortina  
De costosa seda indiana.

Una horrorosa blasfemia  
Se escap6 de su garganta;  
Pues vi6 sobre las baldosas,  
Inm6ble, r6gida y p6lida,  
Fr6a cual trozo de nieve,  
La Padilla desmayada.

## IX

## PALABRA DE REY

En tanto la Coronel,  
Desechando su litera,  
Tan sólo con la compañía  
De su bigotuda dueña,  
Hacia la Torre del Oro.  
No ya corre, sino vuela.

. . . . .  
Jadeante y sudorosa,  
Por fin a la cárcel llega,  
Do está el esposo querido,  
Allende tupida reja,  
Sentado en el duro suelo,  
Preso con graves cadenas.

Men Rodríguez de Sanabria  
Cortado a la Dama llega,  
Que del Monarca el anillo,  
Guardado en el seno, lleva.

—¿Qué buscades?—le pregunta:  
Y la Dama, por respuesta,  
Sacando brillante anillo,

Con júbilo se lo entrega.

Sanabria, que lo recibe,  
Un rato a la luz lo observa,  
No sin que nuble sus ojos  
Vaga sombra de tristeza.

Y, mirando a dos esclavos,  
Que parecen dos atletas,  
Les hace expresivo guiño,  
Que veloces interpretan.  
Entran en el calabozo

Por una angustiosa puerta;  
Abren el férreo dogal,  
Que ata a don Juan de la Cerda;  
Hacia un tronco de alcornoque,  
Medio embutido en la tierra,  
Con sus manazas de hierro,  
Lo empujan, más que lo llevan.

Y, mientras uno lo amarra  
Con otra nueva cadena,  
El otro, un hacha esgrimiendo,  
Hace rodar su cabeza.

La Coronel lanza un grito  
De mal herida pantera;  
Y, mordiéndose las manos,  
Exánime al suelo rueda.

## X

## ¡LÁGRIMAS!

¡Qué hermosa es la soledad  
Para el alma dolorida!  
¡Qué hermoso llorar a solas,  
Lejos de sagaces vistas!  
Y es que el dolor tiene mucho  
De algo que parece asfixia;  
Y há menester mucho espacio,  
Si no ha de costar la vida.  
¿No habéis tenido dolores?  
¿Que sí? lo raro sería  
Que un zarzal, como el mundo,  
No hubiérais tenido espinas.  
Llorad, si tenéis dolores,  
Que, indigna de Dios la risa,  
No es de Dios indigno el llanto;  
¡Su Cristo también gemía,  
Llenos los ojos de lágrimas,  
Como de Cristo, divinas!  
Cristo diviniza el llanto;  
¡Llorad, almas doloridas!

No os avergüencen las lágrimas,  
Que llorar es una dicha.  
Las lágrimas son humor  
Que hay del alma en las heridas;  
Por eso, al salir a fuera,  
Del alma el dolor se alivia,  
Como el dolor de la llaga,  
Que sus humores destila.  
¡Llorad si tenéis dolores,  
Que llorar es una dicha!

Mas no lloréis donde os vean  
Y vuestro dolor compriman;  
Que quien comprime una llaga,  
Más que curarla, la irrita.

Llorad delante de Dios;  
Y que las lágrimas mismas,  
Sin hallar ningún obstáculo,  
Que se oponga a su salida,  
Conviertan vuestro dolor  
En vaga melancolía:  
En ese otoño del ánimo  
Que tan dulcemente atrista,  
Y cuyas lluvias de lágrimas  
Tienen dejos de alegrías.

Llorad delante de Dios,  
Llorad, almas doloridas;  
Que Dios, que da los dolores,  
Sabe dar la medicina...

. . . . .

En un apartado yermo,  
Que hay enmedio de Sevilla;  
En el fúnebre retiro  
De un convento de Clarisas,  
Llora su matado amor  
La amante doña María.

¡Cuántas lágrimas y cuántas  
Tiene la triste vertidas!  
Por lo amargas y lo muchas,  
Un piélagos formarían.

Ni siquiera puede dormir;  
Que, al echarse en la tarima,  
Oye una guzla en la calle,  
Bajo su ventana misma,  
Y una voz que así le canta,  
Con notas las más sentidas:

—Tiene la mujer que adoro  
Junto a la boca un lunar:  
Ningún astrónomo ha visto  
Luceros negros jamás.—

—Nunca ví un cielo de rosas,  
Hasta que vide tu rostro;  
Ni soñé dos soles juntos,  
Hasta que encontré tus ojos.—

—Tiene una ingrata mujer  
En el rostro tres hoyuelos;  
Y me ha matado, y no quiere  
Enterrarme en uno de ellos.—

Ni siquiera pasa una noche,  
Sin la importuna visita  
Del constante trovador,  
Que la desvela y fastidia...

¿Venir con cantos de amores  
A quien tiene el alma herida  
Por la muerte del amor,  
En que cifraba su dicha?

¿Venir con amantes trovas  
Al ánima peregrina  
Que, enamorada de Dios,  
Y en El la mirada fija,  
Camina por acá abajo,  
De sus amores perdida,  
Sin querer más amadores,  
Que se truequen en cenizas?

¿Despertar con serenatas  
Y coplas provocativas  
A la que viste cilicios  
Y duerme en dura tarima?  
¡Qué cosas tienen los hombres,  
Cuando en algo se encaprichan!

Pero no de noche sólo  
Su amador la mortifica;  
Que, si de noche le canta,  
Le suele llorar de día.

Único dueño y señor  
De cuanto encierra Sevilla,  
No hay clausura a su realeza,

Y a continuo la visita.  
No importa que ella se esconda;  
El a las monjas conmina  
Con que incendiará el convento,  
Si donde está no le indican.

¡Imposible que a tal hombre  
Cosa alguna se resista!  
Es Monarca y es cruel.  
¿Cómo mostrársele esquiva  
La reducida bandada  
De indefensas golondrinas?

Cierta mañana, en la huerta,  
Cabe la estrellada pila  
De azulejos de relieve,  
Do se buscan y se pican  
Pececillos de colores,  
De púrpura vivos prismas;  
Bajo frondoso dosel  
De celestes campanillas  
Madreselva y pasionaria  
Que limpio poyo cobija;  
Haciendo para el altar  
Un ramo de frescas lilas  
Y morados pensamientos  
Se hallaba doña María.

Y hé que estando en su tarea  
Toda absorta y abstraída,  
Quita la vista del ramo,  
Y en el semblante la fija

De Don Pedro que, embebido,  
Con hondo placer, la mira.

M.

—¡Señor!

R.

—No quieras moverte;  
Tengo que hablarte María.—

Y sentándose a su lado,  
Cruzadas ambas rodillas,  
Así comienza a decir,  
Entre dejos de caricias:

—Vente conmigo, mi bien,  
Huye de estas tapias frías,  
Por donde suben las yedras  
Y los cárabos anidan.

¿Tú, comiendo de limosna,  
Durmiendo en dura tarima,  
Y en medio de estos desiertos,  
Olvidada margarita?

¿Tú, tocada de un mongil  
Sin plumas ni pedrería?

¿Tú, descalzo el pie de nieve  
Y en un hábito perdidas  
Las formas de diosa griega  
Esculturada por Fidias?

Vente conmigo al Alcázar,  
Tú serás la reina mía:

¿Que te ofende en mi palacio?

¿Por ventura la Padilla?

Pues yo te la entrego en arras,  
Por la esclava más rendida,

Que te llevará la cola,  
Cuando tú la encuentres digna.

No pienses que te propongo  
Ninguna amistad ilícita;  
Sancionado por el Papa  
Mi divorcio de la inicua  
Que, con mi hermano Fadrique,  
Suscitó ciertas hablillas,  
Libre soy; libre eres tú:  
¡Que la Iglesia nos bendiga!

Y, pues te quité el marido,  
Permíteme que en justicia  
Te vuelva marido en mí.  
¡Contesta, tórtola mía!...

Yo sabré por cada lágrima  
De las que tienes vertidas,  
Darte, si no lo rehuyes,  
Largas horas de delicias.

Vente, amor de mis amores;  
Yo entretendré tus viglias  
Con mil sabrosas consejas,  
Por los árabes escritas.

Yo arrullaré tus ensueños,  
Tañendo la guzla mía,  
Cuyas sonadoras cuerdas  
Lanzan notas que acarician.

Te ofrezco un esposo en fin;  
De amor ardorosa pira;  
Un almohadón en un trono,

Y una corona en Castilla.  
¡Respondel

M.                                ¡Lo pensaré!

R.                                ¿Pero es verdad?

M.                                Sí, por dicha.

R.                                ¿Cuándo he de volver?

M.                                Mañana.

R.                                Dime a cuál hora.

M.                                A esta misma.

R.                                ¡Adiós!

M.                                Adiós: ¡que no falte!

R.                                ¡Dios te ilumine, María!—

Y tomándole la mano,

Do tiene las frescas lilas,

Pone sobre ella la boca,

Y un beso escuchó la brisa.



## XI

## CHISMORREO

No han pasado diez minutos,  
Cuando ya todo el convento  
Sabe que la Coronel  
Ha mudado de bisiesto;  
Pues una que los oyera  
Lo contó a los cuatro vientos;  
Que es imposible amalgama  
Lo de mujer y secreto.  
—¡Bendito el Señor!—murmura  
La Madre San Blas—¡qué tiempos!  
—¡Qué mujeres las del día!—  
Dice Madre Sacramento.  
—¿Dejar a Dios por un hombre?—  
Prorrumpe Madre Remedios:  
—¡Qué ingratitud! ¡qué perfidia!—  
—Y un hombre como don Pedro,  
Que ni hará meditación,  
Ni examen, ni mucho menos,—  
Dice Madre San Francisco,  
Llena de divino celo.  
—¡Verdad!—exclama devota  
La Madre Oración del Huerto:  
—¡Un hombre que no comulga!...—

—¡Pero lo grave no es eso!—

Dice Madre Amor de Dios;

—Lo grave es el mal ejemplo,

Que va a dar a las novicias,

Si realiza tal proyecto.—

—¡Y otra cosa!—dice airada,

Con el más terrible gesto,

La Madre Preciosa Sangre;

—Que se casa con el mismo

Que le mató su marido,

Y esto es un impedimento

Dirimente...—

—Pero el Papa

Podrá dispensarlos de ello.—

Objeta Madre Custodia:

—¡Por supuesto!...

—¡por supuesto!—

Contestan Madre Asunción,

Y Madre Divino Verbo.

—Pero es que, después de todo,

A estas horas no sabemos,—

Dice Madre Cinco Llagas,

Con horroroso gangueo,

—Si decidirá casarse,

O seguir en el Convento.—

—¡Bah! ¿quién duda que se casa?

Lo que es yo no, por lo menos—

Dice la Madre Porciúncula.

Y Madre Monte Carmelo

Pone un ojo de la cara;

Madre Epifanía un dedo,  
Y Madre Espíritu Santo  
Dice qué apuesta el pescuezo,  
A que termina en casorio,  
Dios mediante, todo aquello.

—Si no, ¿a qué viene citarlo  
Para mañana al convento?—  
Dice Madre Trinidad.

—¡Para echarle leña al fuego!—  
Dice la Madre Sagrario,  
Con digusto manifiesto.

—Para, si dice que no,  
Que empiece a hacer escarceos,  
Y a amenazar, como el martes,  
Que casi morí de miedo,—  
Dice Madre Santa Clara,  
Que ya piensa oler el fuego.

—¡Y eso mismo digo yo!—  
Dice con voz de becerro  
La Madre Niño perdido:  
—A bien que ha tenido tiempo  
De pensarlo: si lo quiere,  
Bien pudo en aquel momento,  
Sin que se opusiera nadie,  
Marcharse con viento fresco.—  
Y Madre Coronación  
Concluye con mucho acierto,  
Diciendo en agudo tiple:  
—¡En fin, mañana veremos!—

## XII

## LA MUJER FUERTE

Risueño, cual la esperanza,  
Rompió el suspirado día;  
Saludado en los aleros,  
Arbotantes y cornisas  
Por las arpadas gargantas,  
De canoras golondrinas.

La Comunidad entera,  
Cantando el canto de *prima*,  
Ha saludado a la aurora  
Y al Señor que nos la envía;  
Hecha la oración mental,  
Va a salir la santa Misa;  
Mas, antes de ella ¡oh ventural  
Por ser el dichoso día  
De un gran Santo de la orden,  
Toca recibir la dicha  
De que baje a visitarlas  
La divina Eucaristía.

Ya el anciano Capellán  
Sobre el plano se arrodilla;

Ya abre el augusto sagrario;  
Ya levanta la cortina;  
Ya saca el santo ciborio  
Y a su corazón lo aplica,  
Cubriéndose con el paño  
De rara imaginería.

Ya el acólito comienza  
A esgrimir la campanilla;  
Ya descienden del altar  
La alfombrada gradería;  
Ya cruzan la larga nave;  
Ya llegan a la crática.

Puesta la frente en el polvo,  
Madres, legas y novicias  
Pausado el *confiteor Deo*  
Con gran humildad recitan;  
Las bendice el Sacerdote;  
Y, tomando agua bendita,  
Precediendo la Abadesa,  
A comulgar se encaminan.

Con lágrimas abundosas  
Ha comulgado María...  
Si lo que tiene pensado  
De allí a un momento realiza;  
¿Quién le dice que sus ojos  
Verán más la Eucaristía?

Esta idea torcedora  
Su corazón martiriza...  
Pero... ya lo ha prometido

Y es Dios el que se lo inspira.

—¡Fuerzas, Dios mío,—murmura:

—Por quien eres, que me asistas;

¿Qué podré yo sin tu auxilio

Baja y deleznable arcilla?

Lo haré... lo haré... ¡te lo juro!

Pero vé que me horroriza.

¡No me dejes de tu mano!

¡Por quien eres, que me asistas!—

Y acabó la Comunión;

Y acabó la santa Misa;

Y se cantó *tercia* y *sexta*,

Con devoción piadosísima.

Con ceremonioso paso,

Tras genuflexión rendida,

Novicias, legas y madres

Formaron dos rectas filas;

Y rezando el *Miserere*,

Y tomando agua bendita,

Al refectorio se marchan

A parvedad frugalísima.

Meditabunda y nerviosa,

No come doña María:

Y al aplicar a los labios

Del agua la taza limpia,

Contra los dientes de nácar,

Raudamente la repica.

Acabado el desayuno,

Tornan a las rectas filas;

Y a un rato do recreación;  
Que es aquel un grande día.

Con permiso que le ha dado  
La Maestra de novicias,  
Nerviosa la Coronel  
A su celda se retira.

Y abriendo un arcón de cedro,  
Con cobres en las esquinas,  
Saca el famoso briál  
De brocado de oro y lila.

Vestida con grande esmero  
Prenda tan bella y tan rica,  
Tócase el mongil de nieve,  
Y aquel cendal de estofilla,  
De hilos de plata y de oro  
Quizá en oriente tejida.  
Ya no tiene aquellas trenzas,  
Largas, sedosas y finas,  
Que casi al suelo tocaban,  
Entrelazadas con cintas;  
Pero no importa; ella arregla  
Los pliegues con tal maestría,  
Que no permite al cendal  
Que deje pasar la vista.

Echase al cuello el sartel  
De irisadas margaritas,  
De do cuelga el *lignum crucis*  
Con mil devotas reliquias.

Toma el lindo pañizuelo,

Con blondas de seda ricas,  
Y el abanico de plumas  
Que, cuando el sol las irisa,  
Tienen reflejos de nácar,  
En que mil colores brillan.

Las monjas hánse reunido  
A darle un poco a la vista;  
Pues de que se está vistiendo  
Rauda voló la noticia.

Pasmada de tanta pompa,  
La contemplan y examinan;  
Codiciando cada cual  
Telas, joyas y reliquias,  
Para adornar de sus Niños  
Las imágenes benditas.

Con sorpresa general,  
La Dama tan bien vestida,  
Recogiéndose la cola,  
Se dirige a la cocina.

Varios carbones y un ascua  
Pone en apagada hornilla,  
Y con el lindo abanico  
Furiosamente lo aviva.

Honda cazuela de barro  
Del fuego coloca encima,  
Que, vertiéndole la alcuza,  
Llena de aceite hasta arriba.

¡Las monjas están pasmadas!  
Y hasta piensan que se estila

Que toda novia elegante  
Se retire a la cocina,  
A esperar que llegue el novio  
Que va a venir a pedirla.

Y el cálido aceite humea,  
Sin que la Dama desista  
De agitar el abanico,  
Con que más el fuego aviva...

Por los bordes la cazuela,  
Que el brasero carboniza,  
Levanta vívidas llamas  
Del aceite que se filtra...

—¡El Rey!—murmura una monja:  
Todas volvieron la vista.  
Y adelantarse lo vieron,  
Con placentera sonrisa;  
Que ha columbrado a la Dama  
De cortesana vestida,  
Y el placer ya saborea  
De la soñada conquista.

La Dama en tanto el brasero  
Con rapidez abanica;  
E hirviente chisporrotea,  
Lanzando quemantes chispas,  
El aceite, cuyo olor  
Tiene impregnada la brisa.

Las monjas dan paso al Rey,  
Dividiéndose en dos filas;  
Triunfante aquél se adelanta,

Rebosando de alegría;  
La Coronel le recibe  
Cariñosa y expresiva,  
Y... empuñando la cazuela,  
Que aparece enrojecida,  
Sobre su rostro de diosa  
Se la vuelca rapidísima.

¡Ronco grito del Monarca!  
¡Las monjas despavoridas  
Se han dispersado chillando  
Por celdas y galerías!  
Y, sin modular un ay,  
Sigue de pie la heroína,  
Que, entre el horrible chirreo  
Que su rostro carboniza,  
Oye que le dice el Rey:  
— ¡Buena la has fecho, María!

## XIII

## EPILOGO

Tal es la historia sublime  
De la invicta Coronel;  
La gloriosa fundadora  
Del Claustro de Santa Inés;  
La que, en vano códiciada  
Por el torpe Rey Cruel,  
Labró en su quemado rostro  
Monumento a la honradez;  
La que, cargada de días,  
O de méritos, más bien,  
Deponiendo el mustio cuerpo,  
Que aún incorrupto se vé,  
Del Señor enamorada,  
Voló a abrazarse con El.

Sevilla, Agosto 1894.

# La Caridad de Sevilla

---

*Leyenda honrada con el ACCESIT al premio de la Serma. Sra. Infanta, viuda de Montpensier, en el certamen científico-literario-musical celebrado por la Sociedad Católica de San Isidoro de Sevilla el día 27 de Abril de 1897.*

*Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco García  
Sarmiento.*

Mi muy querido señor y venerado amigo: Ingratitud notoria, miseria que nunca anduvo, entre las muchas mías, sería dar yo un libro a la pública luz, y no dar en él un testimonio de quien da en todas partes testimonio de mí.

Acepte, pues, señor, esta humilde dedicatoria; que, si nada vale, significa, no obstante, que le será agradecido hasta la muerte su fidelísimo servidor y reverente amigo,

q. b. s. m.,

*Juan Francisco Muñoz.*

## I

## EL CALAVERA

Prototipo de belleza  
Y apostura masculinas,  
Calavera empedernido,  
Que igual canta, que acuchilla;  
Bebe, que juega a los dados;  
Requiebra a la monja esquivá,  
Que a la asequible ramera  
Que al primer postor se alquila;  
Tentación de las mujeres,  
De los padres pesadilla,  
Tormento de los maridos  
Y burla de la justicia,  
Dando alcance a los seis lustros,  
Hay un galán en Sevilla.

Es de negra cabellera,  
Que en crespos bucles se riza;  
Ojos grandes, pestañudos,  
De languidez expresiva;  
Nariz aguileña y larga,  
Pero de correcta línea;

Boca rayana en lo grande  
Y en los extremos sumida,  
Que embellecen y sombrean  
Negro bigote y perilla.

Alto sin ser un gigante,  
Flaco, más bien que de libras,  
Viste a continuo de negro  
Telas crujientes y ricas;  
De encajes barceloneses  
Gasta velos y golilla;  
Y en el colete y la capa,  
De sirgos y piedras finas,  
De Santiago deja ver  
La bermeja y noble insignia.

Encarnación del escándalo,  
Del cinismo forma viva,  
Todo el mundo lo conoce,  
Y hasta no pocos le envidian;  
Pues tiene el gentil galán  
Tanta suerte en sus conquistas,  
Que no hay alcázar ni choza,  
Que a su empuje no se rinda.

¡Son muchos ojos sus ojos,  
Cuando arrulladores miran!  
¡Es mucha lengua su lengua,  
Puesta a murmurar caricias!  
Y es inaudito su arrojo,  
Del amor puesto en la liza,  
Para escalar un balcón,

Para romper celosías,  
Para acuchillar contrarios  
Y estrangular celestinas.

Caballero hasta en sus vicios,  
Véase a leguas su hidalguía:  
Siempre odió lo canallesco;  
Jamás se ensañó en sus víctimas.  
Pecaba... porque era ardiente,  
Como el sol de Andalucía;  
Pero sintiendo a sus solas  
Compasión a la desdicha  
De las infelices flores  
Que, al tocar, dejó marchitas.

Hombre de arraigada fe,  
Aunque parezca mentira,  
Siente allá dentro del alma  
Librarse guerra continua  
Entre el claro entendimiento,  
Que luz del cielo ilumina,  
Y la ardiente voluntad,  
Que fuego del orco atiza.

Como el apóstol de Grecia,  
Siente en su carne mezquina  
Ley que repugna a su mente  
Y al pecado lo cautiva:  
Pero indigno de la gracia  
Que al Apóstol fortifica,  
Sigue la ley de los miembros  
Y en el pecado se ensima....

¡Cuánto escándalo a su paso  
Por las calles de Sevilla!  
Dícense ya tales cosas,  
Que, a fe, no son para escritas.

Mas algo puede esperarse  
De hombre de fe no extinguida;  
Pues donde hay fe y hay vergüenza,  
Hay explotables dos fibras,  
Do la gracia no se estrelle,  
Cuando dé su sacudida.

Pero señor... ¿quién ha visto  
Meterme yo en teologías,  
Pobre poeta que canta,  
Cual canta la golondrina,  
Porque se siente cantor,  
Y Dios le ha dado una lira,  
Como dió al ave africana  
Pico de eterna armonía?

Más canto, y menos sermón;  
Y aquí el sermón finaliza:  
Siga el canto, y vaya el nombre  
Del que provoca estas líneas:  
Es don Miguel de Mañara,  
Lauro eterno de Sevilla,  
Prototipo de belleza  
Y apostura masculinas.

## II

## UNA CARTA

Querido don Miguel del alma mía:  
Pobre, y enferma, y en el mundo sola,  
Morir me siento, cual la flor madura,  
Que el hinchado huracán violento azota.

Voy a morir: indefectible fiebre,  
Que crece por instantes, me devora:  
¡Sé tan de fijo que el futuro Octubre  
Mi tumba cubrirá de secas hojas!

Mas no esquivo la muerte; resignada  
Y anhelante la aguardo de hora en hora:  
¡Bendita muerte, si, al cortar mi vida,  
Del libro del Señor mis culpas borra!...

Porque muero contrita y penitente,  
Por la gracia de Dios; mas siento agora  
Que, contrita y al borde del sepulcro,  
Se acrecen de mi amor las ansias locas.

Loca me tiene la adorada imagen,  
Que há tantos años por mi mente flota;  
Imagen ¡ay! que cuanto más alejo,  
O hago por alejar, más cuerpo toma.

¡Dejadme que os lo diga, y que me mueral  
 Pero mientras más pienso en mi deshonra,  
 Y en el negro infortunio en que me ha  
 (hundido,  
 Más, pero mucho más, mi alma os adora.

¿Qué tenéis don Miguel? ¿qué me habéis  
 (hecho,

Para que, al ser por vos, halle sabrosas  
 Pobreza, soledad, deshonra, muerte?...  
 ¡Todo lo que es por vos, me sabe a gloria!

Vivo tan pobre, que ni lecho tengo,  
 Y hasta me falta el pan: vivo tan sola,  
 Que... pero no; no os pase por las mientes  
 Que es la desgracia lo que a vos me torna.

Nada quiero de vos: pobre y hambrienta,  
 Jamás aceptaré vuestra limosna:  
 Me sabría a propina del pecado:  
 Yo no como, señor, de mi deshonra.

Ni os quiero ver; maldita de mis padres,  
 Echada de su hogar; muerto en buen hora  
 El fruto criminal de mis amores,  
 Que era, aunque rubio, vuestra estampa  
 (propia.

Nada quiero mirar en este mundo,  
 Que me cause placer: morirme sola,  
 Y en medio del más negro desamparo,  
 Como cristo en la cruz, será mi norma.

Que, si os digo que os amo, y más que  
 (nunca,

Es ¡ay! porque en decirlo el alma goza,  
Y porque más os muevan las razones,  
Que me pongo a escribiros casi agónica.

Don Miguel, don Miguel, del alma mía,  
Amor que invade mis potencias todas,  
De la mujer, que muere por amaros,  
No os hagáis sordo a la postrer congoja.  
D. Miguel, D. Miguel, que hay una muerte  
Tan cierta como Dios; y tenebrosa  
Hay una eternidad inexplorada,  
Do el empuje de aquélla nos derroca.

En su borde sentada la justicia,  
Jamás allí se vió misericordia:  
Allí no hay más que indefectible *siempre*,  
Que ni lo eterno con su roce borra.

¡Ay del que rueda por el negro borde,  
Enemigo de Dios! amarga copa  
Que, cuanto más se bebe, más se llena,  
Beberá eternamente gota a gota...

¡Ay! ¡que temo por vos! que vuestra vida  
Es marcha bacanal, fébrida, loca,  
Que os lleva al negro borde de lo eterno,  
Lanzado al mal con vínculos de rosas.

Tened las riendas al fogoso bruto,  
Que con tanta frecuencia se os desboca;  
Regid esas pasiones, esas furias,  
Que de genios del mal parecen horda;  
Revueltas, como grupo de bacantes  
Que, al dulce són de címbalos de Doria,

En frescos charcos de Falerno o Chipre,  
Se revuelcan desnudas y beodas;

Entre tirsos de pámpanos y cintas,  
Crótalos sueltos, panderetas rotas,  
Pielés de tigre, derramadas ánforas,  
Guirnaldas mustias y quebradas copas...

¿Que el cuadro os place? pues brotó al  
(acaso:

Mas, si os causa placer y os enamora,  
Como relieve del cincel de Fidias,  
Tallado en mármol de cantera jónica,  
Miradlo en derredor, que, descarnada,  
Angulosa y gracial como una momia,  
Lo termina fatídica moldura;

¡La horrenda muerte de guadaña corval

La cierta como Dios, la indefectible,  
La que artera nos sigue a todas horas,  
Para empujarnos al fatal abismo,  
Al mar sin fondo, de inmutables olas...

Yo también ¡ay de mí! juzgaba eterna  
La bacanal, a que corrí afanosa,  
Y en que, abrazada a vos, me revolcaba  
En el sucio charcal de la deshonra.

Eterna la juzgaba, y ha pasado,  
Como por un cristal pasa una sombra:  
Sólo el remordimiento es lo que queda,  
Y un venero de lágrimas que ahogan.

Espero en Dios que las irá engarzando,  
Cual de perlas sartel, en mi corona;

Pues corona, y corona de justicia  
Reserva Dios al pecador que llora.

¡Llorad, llorad! y, si baldón y escándalo  
Hasta ayer fuísteis de Sevilla toda,  
Que atruene el mundo el exténtoreo grito  
De vuestra contrición desgarradora.

Ofrecida al Señor tengo mi vida  
Por vuestra conversión: flaca es la hostia;  
Pero no tengo más, y alegre muero,  
Si mi humilde oblación a Dios os torna.

¡Por Dios, por Dios! ¡que llegue a mis  
(oídos

Antes que quede para siempre sorda,  
Que es ya de Dios el hombre que he ado-  
(rado

Con el amor más grande de la historia!

¡Adiós, adiós, amor de mis amores,  
Ídolo en cuyo altar amor me inmola!  
Llorad como yo lloro, y... hasta el cielo,  
Donde se va a aguardaros vuestra

FLORA.

❖ ○ ❖

## III

## REMORDIMIENTOS

Con intermitente llanto,  
Que tiembla entre sus pestañas,  
Devora, más bien que lee,  
Don Miguel la escrita carta;  
A los mustios resplandores  
De un velón de enorme traza,  
Que en ancha mesa de, incrustes  
Con las tinieblas batalla.

¡Pobre Floral! tantos años  
Por el galán olvidada;  
Famélica y moribunda,  
Y arrojada de su casa,  
Como basura que infesta,  
Como deshonra que mancha.

Madre, y con el hijo muerto,  
De su padre propia estampa;  
Predicando conversión,

A que con su ejemplo arrastra;

Tan digna, que nada quiere,  
Tan generosa, que aún ama

Al que de tantas desdichas

Es sola y única causa;

Despidiéndose hasta el cielo.

Que ha comprado con sus lágrimas;

Ofreciendo a Dios su vida...  
Y el corazón de Mañara  
Sintió tan intensamente  
De amor las vívidas llamas,  
Que por aquella mujer  
Diera en el momento el alma.

Era su primer amor  
Que, dormido, despertaba;  
Amor que, muerto, revive  
Al conjuro de una carta,  
Escrita, más que con tinta,  
Con sangre de unas entrañas,  
Que él incendió con su fuego,  
Y de que huyó al incendiarlas,  
Como el cobarde incendiario,  
Que huye sin volver la cara.

Era su primer amor;  
El único de su alma;  
Que de pronto florecía,  
Cual del almendro las ramas,  
Cuando ni idea de flores  
Deja concebir la escarcha.

¡Primero y único amor  
De don Miguel de Mañara!,  
No en vano has resucitado,  
Ni en vano a sus puertas llamas:  
Hélo amigo sonreírte,  
Aún a través de sus lágrimas,  
Cual sonrío el sol de Mayo  
Entre nubes de borrasca.

Y hay que buscarla—se dice,  
—Y antes que llegue mañana;  
Y llevarle abrigo, y lecho,  
Pan, y amor, y nombre, y fama,  
Todo lo que le he robado,  
O ella ha inmolidado en mis aras;  
Velar a su cabecera;  
Y hacer por resucitarla;  
O morir de dolor  
Sobre su fúnebre caja.

Mas... ¿dónde está?... ¡Dios eterno!  
¿Dónde está esa desdichada?  
¿Y aún te invoco? ¡sí! ¡por ella!  
¡Por ella que es una santa!  
No porque yo te lo pido,  
Dirige tú mis pisadas:  
¡Que la encuentre o que me muera!  
¡Me ha vuelto loco esta cartal—

Y con el pulso tremente,  
Y anudada la garganta,  
Llena de monedas de oro  
En bolso de rojas mallas;  
Y embozándose en los pliegues  
De negra y airosa capa,  
Bajó la regia escalera,  
De escusones decorada;  
Cruzó el patio, y en la calle  
Se perdió como un fantasma,  
Cuando el *pino* de las doce  
Daba al aire la Giralda.

## IV

## LA LAGARTA

Como genio que abortaran  
De la noche las tinieblas,  
Dejando calles atrás,  
Do mudo silencio reina,  
Más veloz, mientras más corre,  
Llegó a las *Siete Revueltas*.

De casuquín miserable,  
Palpando buscó la puerta;  
Con el pomo del puñal,  
Que en el áureo cinto lleva,  
Dió nervioso recios golpes  
Que atronaron la calleja;  
Y a poco, de un ventanillo,  
De negro o musgoso alféizar,  
Que parece un paño oscuro  
Suspendido de las tejas,  
Se abrió el estrecho postigo  
De carcomidas maderas,  
Mientras los goznes mohosos  
Lanzaban agudas quejas.

Con un candil en la mano,  
Que asfixiante tufo humea,  
Asomó el desnudo busto

De la más horrible vieja;  
Engurruñados los ojos,  
Enmarañadas las greñas  
Y sin un punto en la cara  
Donde una arruga no hubiera.

—Abre con dos mil demonios,  
Que corre un viento que huela.—

Dijo impaciente Mañara  
Con voz que nerviosa tiembla.

—Voy volando, señorito—

Tartamudeó la vieja;  
Y tras algunos momentos

De desesperada espera,

El chirrido del cerrojo,

El crujido de la puerta,

Y el resplandor del candil

Abrieron paso a otra escena.

Cual la momia en el sudario,

En un cobertor envuelta,

Descalzo el huesoso pie,

Recibe al galán la vieja;

Decano de celestinas,

Prototipo de alcahuetas,

De noticias y de chismes

Inexhausta biblioteca,

Cuyo nombre *La Lagarta*

Conoce Sevilla entera.

Cruzado el hondo zaguán,

A un poyo del patio llegan,

Donde colocó el candil  
Y se acurrucó la vieja;  
Que agasajando a Mañara  
Con una expresiva mueca,  
Que deja ver una boca,  
De carne oscura caverna,  
Do ni memoria de dientes  
Hay, ni vestigio de muelas,  
—¿Tanto bueno por mi casa?—  
Pregunta, mientras arregla  
Los pliegues del cobertor,  
Con que se tapa las piernas.  
—¿Y en qué puede una servir  
A tan salerosa prenda?  
Ya sabe vuestra merced  
Que, *honrá* como la primera,  
Siempre estuve a su servicio,  
Sin jamás tener en cuenta  
Lo que, en justa ley de Dios,  
Mi trabajo mereciera.—  
—Pues cuenta, si hora me sirves,  
Con cumplida recompensa—  
—Explíquese de una vez,  
Que me tiene toda orejas.  
Pero no por el dinero,  
Sino—

—¡bien! ¡callal! ¿te acuerdas  
De doña Flora Pastrana?...—  
—Sí delante la tuviera,

No recordara mejor  
Todos su pelos y señas.—

—¿Dónde vive?—

Yo no sé!— —¡Ay, señorito,

—Malditas seas—  
—No sea su merced tan *súpito*;  
Que algo puede ser que sepa...

Vivió en el corral del Conde  
La pasada primavera;  
Pero después se mudó.  
Mi comadre «la Estafeta»  
Me dijo que la había visto  
Por el barrio de la Feria;  
Y que una vez que ella fué,  
No sé a qué cosa, a la iglesia  
De *Oliosantorun* la vió,  
Con cara como de enferma  
Comulgando y *tó*: mañana,  
Si no corre mucha priesa,  
Y quiere vuestra merced  
Que una gane la fineza,  
Que otra habría de ganarse,  
Yo tomaré por mi cuenta  
Encontrarla aun cuando esté  
En el centro de la tierra.  
¡Y que yo me pinto sola  
Para esta clase de empresas!  
Pues lo que no encuentre yo,

Ni San Antonio lo encuentra.  
—Es que mañana es muy tarde.—  
—Pues en esta noche misma,  
Si vuestra merced lo quiere  
Le prometo dar con ella:  
Ahora voy a preguntar  
A la comadre Estafeta;  
Y si es preciso a los hércules  
De la mismita *alamea*.  
Espéreme su merced  
En su casa, y, viva o muerta,  
Le he de decir donde está,  
Yo se lo juro por esta.—

Y dando cascado beso  
Sobre las falanges secas  
De los dos dedos que cruza  
Y a la hundida boca lleva,  
Tomando el negro candil,  
Va con Mañara a la puerta;  
No sin ponderar lo oscuro  
De la noche, y la molestia  
De salir a aquellas horas  
Una pobre vieja enferma...

Con fingidos tiritones  
Por parte de la alcahueta,  
Y con ponerle el galán  
En la mano unas monedas,  
Sin el más leve saludo,  
Se acabó la conferencia.

## V

## EL GOLPE DE GRACIA

Contrariado y cejijunto  
Va don Miguel de Mañara  
A esperar la inquisitoria  
De la chismosa Lagarta,  
Por la calle Placentines,  
En derechura a su casa.

Con ligero paso corta  
La plaza de la Giralda,  
Donde corre un vientecillo  
Que hasta los huesos taladra;  
Cruza la plaza del Triunfo,  
Y en la esquina del Alcázar,  
Con duda de lo que ha oído,  
Para escucharlo se para.

Es un canto funerario  
Que innúmeras voces cantan;  
Vibrantes y frescas unas,  
Y otras secas y cascadas,  
Cual si, en estrecho consorcio,  
La ancianidad y la infancia,

Para cantar a la muerte,  
Amigas se convocaran.

—¿Un entierro a tales horas?—

Piensa aturdido Mañara:  
Y, aclaración de sus dudas,  
Vé pardo fraile que avanza,  
Con un Crucifijo erguido.  
Entre dos vívidas hachas,  
Que vierten gotas de cera,  
Cual vierten los ojos lágrimas.

Tras el grupo de la cruz,  
Otros dos frailes avanzan,  
Bien calada la capucha  
Y en el suelo la mirada,  
Portando nevados cirios  
Cuya luz las nieblas rasga.

Y otros dos; y cuatro; y ciento,  
Formando dos filas, pasan;  
Entre el vagoroso ruido  
Que producen sus sandalias,  
O entre el canto atronador  
De la salmodia que cantan.

Cual si fuera una consigna,  
Todos miran a Mañara;  
Se dibuja en sus semblantes  
De la extrañeza la marca;  
Miran al lejano féretro,  
Vuelven al pecho la barba,  
Y prosiguen su camino,

En el suelo la mirada,  
Rígidos y circunspectos,  
Como desfiles de estatuas.

Mañara se ha arrodillado,  
Llena de pavor el alma;  
Pues de los austeros frailes  
La mirada sistemática  
Le ha parecido un reproche,  
Y amarga duda le asalta;  
—¿Será el entierro de Flora?...—  
Y al fraile que cerca pasa,  
Tocándole le pregunta,  
De temor trémula el habla:  
—¿De quién es, Padre, este entierro?—  
—De don Miguel de Mañara—  
Responde impávido el fraile,  
Con una sonrisa amarga.

Parécele la respuesta  
Broma importuna y pesada;  
Y a cuantos va preguntando,  
Víctimas de horribles ansias,  
Todos le van respondiendo:  
—De don Miguel de Mañara.—  
Mohino, torvo, iracundo,  
Diciendo torpes palabras,  
Se cala el negro chambergo;  
De las piedras se levanta;  
Y, el puñal desenvainando,  
Por la procesión avanza,

Dispuesto a ver el cadáver,  
O a morir en la demanda.

Llega al féretro, y —¡parad!—  
Con agudo grito clama;  
Grito que atronó los aires,  
Como crujiente descarga.  
Impávidos los del féretro,  
Ni lo escuchan, ni se paran;  
Y ebrio entonces de coraje,  
Vomitando horrible sarta  
De alaridos y blasfemias,  
Quejidos y carcajadas,  
A los mudos conductores  
Con el puñal se abalanza.

Con el profundo placer  
Del leopardo cuando caza,  
Hunde el puñal, hasta el pomo,  
Del primero en la garganta;  
Que ni opuso resistencia,  
Ni murmuró una palabra,  
Ni dió una gota de sangre,  
Ni paró un punto su marcha;  
Mientras la triste salmodia,  
Lanzando notas amargas,  
Sigue monótona, unísona,  
Como el són de la cascada.

Imposible en el infierno  
Desesperación tan agria,  
Cual la en que sintió asfixiarse.

Por un momento Mañara;  
Que a otro conductor se llega,  
Por el pescuezo lo agarra,  
Y en el mismo corazón  
Le asesta tres puñaladas,  
Con el placer de un demonio  
Que en un ángel se cebara.  
Pero en vano su puñal  
Se mueve, pues el fantasma  
Ni da una gota de sangre  
Ni desfallece en su marcha;  
Ni la lúgubre salmodia  
Deja de sonar pausada,  
Monótona como el eco  
De lo eterno que no cambia...

Mañara ruje, babea,  
Como el perro con la rabia;  
Grita como el energúmeno,  
Como la pantera salta;  
Y abalanzándose al féretro  
Que luengo crespón arrastra,  
Con sacudida de atleta,  
Lo hace rodar por la plaza.  
Rompe en girones el paño,  
Con el puñal apalanca,  
Crujen cerradura y goznes,  
Salta hecha astillas la tapa  
Y... lívido, agarrotado,  
Con crispación que le espanta,

Cuel la del rostro de un réprobo,  
Condenado en cuerpo y alma,  
Vió el descompuesto cadáver  
De... don Miguel de Mañara.  
Y, mientras Cristos, cogullas,  
Crespones, féretros, hachas,  
Frailes, cantores, salmodias,  
Blasfemias y puñaladas,  
En infernal torbellino,  
Por su loca mente pasan;  
Escalofríos, desgarrros,  
Palpitaciones punzadas...  
¡Un infierno de dolor!  
Estallando en sus entrañas,  
Lanzó un grito como nunca  
Lo lanzó garganta humana,  
Y se desplomó en el féretro,  
Cual descoyuntada masa.



## VI

## DUO DE TIPLES

Entre tanto a las angostas  
Callejuelas de Regina,  
Donde tiene la Estafeta  
De dulces y baratijas  
Un miserable comercio,  
Que le rinde el pan del día,  
La empecatada Lagarta,  
De sucios trapos vestida,  
Dando zancadas de bruja,  
Vuela, más bien que camina.

Un golpecito en la puerta,  
Un—¿quién?—preguntado arriba,  
Un—¡yo, comadrel—en la calle,  
Un cerrojo que rechina,  
Una puerta que bosteza,  
Cual del sueño sacudida,  
Y otro candil humeante,  
Que negro aceite destila,  
Sirvieron como de exordio  
A la siguiente entrevista:

LAG. Dios bendiga a usted, comadre.

ESTA. Comadre, Dios la bendiga.

¿Y qué hay de bueno?

L.

¡Pues ná!

Que como mi hermana Rita,

(Sin comerlo, ni beberlo,

Y aquí está la que lo firma)

Estuvo tan *enrreá*

Por la *confiscá* justicia

En lo del robo del Conde,

Como usted se enteraría;

Yo prometí una novena

A las ánimas benditas

Si la sacaban en bien,

O me la dejaban viva.

¡En fin que me la emplumaron,

Y otras cien mil perrerías!

¡Pero que lo *pué* contar!

E. ¡Gracias a Dios! ¡pobrecita!

L. Me acordé hace nueve noches

De la manda que tenía;

Y, como que las promesas,

O no hacerlas, o cumplirlas,

—¿Dónde voy? ¿dónde no voy?—

Me dije:—¡pos a Reginal!—

Y aquí me he estado encampando

Nueve noches seguiditas.

Mas, como vivo tan lejos,

Y esta noche concluía,

Me dije:—aunque es tardecillo  
 Y no es hora de visita,  
 Voy a ver a la comadre;  
 Que para ver a una amiga,  
 Siempre es tiempo—

E. Y es verdad.

*Pos misté*, ya yo decía:  
 —¿Dónde andaré la comadre,  
 Que no hay quien le eche la vista?—  
 Pero ¿no se sienta usted?...

L. No, comadre, estoy de prisa,  
 Y no quiero, si me tardo,  
 Que se alarme la familia...  
 Pero... en fin, me sentaré.  
 Comadre, ¡estoy *arrecía!*  
 No sé si serán los años,  
 O el invierno que está encima,  
 Pero es lo cierto que estoy  
 Tiritando *toito* el día.

Y, a propósito de años:  
 La que está hecha una pasita  
 Es la Flora... ¡la Pastranal...  
 Antier, volviendo una esquina,  
 La topé manos a boca  
 Tan flaca y tan amarilla,  
 Que me pareció la pobre  
 La estampa de la herejía...  
 ¿Dónde vive esa infeliz?—  
 La Estafeta que era lista,

Y que se olió que era Flora,  
No las ánimas benditas,  
Lo que a la astuta Lagarta  
Salir de su cueva hacía;  
Para más asegurarse,  
Y no arriesgar la partida,  
Subiéndose en el asiento  
De desvencijada silla,  
Abrió profunda alacena  
Que en el blanco muro había;  
Y sacando una redoma  
De vino color de tinta,  
En tazón de Talavera  
Vertió un poco, y a la amiga  
Se lo presentó diciéndole:  
—Eso es que usted no se cuida.  
Usted con juntar dineros,  
A fuerza de economías,  
Tan contenta, aunque en la calle  
Se muera usted de *jambrina*.  
Coma usted, cristiana e Dios!  
¡Dése usted más *güena vial*  
Y no *juntá* y más *juntá*  
*Pa* la tuna e la sobrina.  
Beba un poco, y verá usted  
Qué pronto se resucita.  
L. Hasta verte, Cristo mío —  
Y, con sed de hidropesía,  
Toma el tazón la Lagarta,

Y hasta la frente lo empina.  
 Lo devuelve a la comadre;  
 Y, mientras pulcra se limpia  
 Con la seca mano vuelta  
 La húmeda boca sumida,  
 —¡Qué rico que está!—murmura,  
 —¡Y qué bien le vendría  
 A la pobre e la Pastrana  
 Diariamente media pinta!

E. ¿Quiere usted más?...

L. ¿Y en qué calle?

Me dijo usted que vivía?

E. ¡Ande usted con otro poco!

L. ¡No, comadre, no en mis días!

E. ¡Que con un pie no se anda!

L. No, que luego se va arriba;

Y hay cada lengua en el mundo

Que muerde más que las víboras;

Y ¡el honor de la mujer!

¡Que es más frágil que una arista!

Misté la pobre de Flora;

Más *honra* que una clarisa,

Y en cuanto tuvo un percance,

Dando que hablar a Sevilla...

¿Dónde dijo usted que vive?

No sé que me pasa, hija.

¡Estoy más *esmemoriá!*...

E. ¡Comadre, juegue usted limpia!

L. ¿Qué me dice usted, comadre?

- E. Que hable usted claro, y que diga  
 Quién quiere saber de Flora.
- L. ¡Por la Virgen de la Antigua,  
 Que no es por *nal*!
- E. ¡Vamos, vamos!  
 ¡Suelte usted el chorro vecinal  
 Alguien, que olió la novena  
 De las ánimas benditas,  
 Le habrá dado a usted el encargo  
 De que le busque la pista.
- L. ¡Jesús! ¡Jesús qué mujer!  
 E. ¡Lo que tiene que es mentira!  
 Si conoceré yo el paño,  
 Teniendo una sastrería...  
*Pos misté* si es que usted quiere  
 Que donde vive le diga,  
 Hemos de partir ganancias  
 En ley de Dios y en justicia:  
 Si no hay jugo, aunque me emplumen.  
 No digo esta boca es mía.  
 Amistad, la que se quiera;  
*Naide* como yo *pa* amiga;  
 Pero que se embolse *naide*  
 Lo que es mío: no en *mí vía*.
- L. ¿Conque así se explica usted?
- E. ¡Y que es *mua* la chiquilla!
- L. *Pos misté*, las cosas claras:  
 Hay quien le busque la pista:
- E. ¿Lo vé usted? ¡Si sabré yo

L. Dónde me punza la espinal  
Pero mire usted, comadre,  
No es *pa ná* de picardías;  
Es *pa* cosa de *concencia*:  
Y si me he puesto remisa  
*Pa* decírselo, es tan sólo  
Porque ni mi sombra misma  
*Pué* enterarse, si es que quiero  
Conservar la campanilla.  
¡Hay una *armá!* ¡santo Cristo!  
¡Comadre, y qué *tremontina!*  
¿Qué no habrá, cuando hasta yo  
Que ya estoy *arrecogía*,  
Sin querer *ná* de este mundo,  
Más que mi casa y mis misas,  
No he tenido más remedio  
Que ponerme la basquiña,  
Y salir de zeca en meca  
A ver si *güelo ónde* guisan?  
Conque ¡comadre de Dios!  
¡Por Dios y Santa Maríal  
Si usted quisiera decírmelo,  
Como favor a una amiga,  
Mientras viviera en el mundo,  
Yo se lo agradecería.  
Pero si es que usted se aferra,  
En callar como una *indina*,  
Y hay que engrasarle la máquina,  
Tendrá usted grasa *cumplía*;

- E. ¡Aunque yo no gane *ná*,  
 Jugándome la pellica!  
 Y dígame usté, comadre
- L. ¿Eso corre mucha prisa?  
 ¡Como que tengo que dar  
 El canto esta noche mismal
- E. Pues bueno el trato está *jecho*:  
 El trabajo, a parcería;  
 Y lo que quiera que caiga,  
 Partirlo como hermanitas.
- L. ¿Me lo jura usté, comadre?  
 ¡Por la Virgen de la Antigua!—  
 Con un soplo la Estafeta  
 Dejó la luz extinguida;  
 Y, agarrándose del brazo  
 De la empecatada amiga,  
 Salen a la estrecha calle,  
 Que invade niebla espesísima,  
 Y échanse a andar, taciturnas,  
 Cual quien un crimen medita.
- Por la calle de la Feria  
 Lazadas y mudas iban;  
 Cuando de calleja oscura  
 Torciendo la brusca esquina,  
 Ven un soñoliento acólito,  
 En cuya derecha brilla  
 La luz de enorme farol,  
 Que ancha corona cobija;  
 Y detrás del cual avanza,

Con manifiesta fatiga,  
Decrépito sacerdote,  
Morada estola prendida  
Del cuello que se doblega  
Y hacia el sepulcro se inclina.

—¡El *Santolio!*—murmuraron;  
Postráronse de rodillas,  
Y con mano temblorosa,  
Mientras pasa, se santiguan.  
Con una idea en la mente,  
Que en entrambas es la misma,  
Y que, sin saber por qué,  
Ninguna se comunica,  
Entraron en la calleja,  
Más oscura que torcida;  
Y en la puerta de un corral,  
Que entornada aparecía,  
Tras de la cual pobre lámpara  
Esparce lumbre rojiza  
Ante devoto *Ecce Homo*,  
Que ocupa estrecha hornacina,  
La Estafeta y la Lagarta  
Llegan con creciente prisa.

Suben angosta escalera,  
Que al tercer piso se empina,  
Y cuyos sueltos ladrillos  
Se quejan cuando los pisan;  
Y, en un miserable cuartucho;  
Entre un grupo de vecinas;

Sobre prestado jergón,  
Que hay en el suelo, tendida,  
Con un Cristo sobre el pecho,  
Ven a Flora que agoniza.

Tras intervalo brevísimo  
De congojosa fatiga;  
En que el pecho de la enferma  
Lucha en vano con la asfixia,  
Una lágrima discurre  
Por su pálida mejilla;  
El estertor enmudece;  
El blanco pecho se hincha;  
Abre la marchita boca;  
Gira la espantada vista,  
Dobla al lado la cabeza,  
Y el último aliento expira,  
Cuando Mañara en el féretro  
Descoyuntado caía.



## VII

## EL DESPERTAR

Cuando en sí volvió Mañara,  
Se vió tendido en su lecho,  
Con el puñal despuntado  
Entre los crispados dedos,  
Que nadie arrancarle pudo,  
Ni aun con hercúleos esfuerzos.

Tiene en la frente una herida,  
Que ha ensangrentado los lienzos  
De la cama, aun a través  
Del blanco vendaje espeso;  
Tan quebrada la color,  
Y el rostro tan descompuesto,  
Que parece un condenado,  
Salido de los infiernos.

Tiene impregnada la mente  
De extravagantes espectros  
De Crucifijos y frailes,  
Cirios, crespones y féretros,  
Cadáveres putrefactos,  
De crispado y torvo gesto,

Y otras mil incoherencias  
Que ebulen en su cerebro.

Y allá muy hondo y muy claro;  
Tanto, que pudiera al lienzo  
Trasladarlo, al ser pintor,  
El detallado recuerdo  
del juicio de su alma  
En el dintel de lo eterno.  
Un Dios de austero mirar  
Y continente severo,  
Leyendo como en un libro,  
Y en un instante sintético,  
Los pecados de una vida  
Que, como almáciga de ellos,  
Apenas contaba instante,  
Do no los brotara a cientos;  
El ángel de la justicia,  
Justicia a voces pidiendo;  
Lucifer, desencajado  
Con fauces de lobo hambriento,  
Reclamando a Dios el ánima,  
Que era suya de derecho...  
Y el infeliz se espeluzna;  
Nervioso castañeteo  
Lanzan sus dientes que chocan  
Con rápido movimiento;  
Y con convulsión horrible  
Se retuerce sobre el lecho,  
Como la serpiente herida

Sobre el polvo del sendero.  
Y pasaron muchas horas,  
Sin que cesara el enfermo  
De decir, entre estertores,  
Del estremecido pecho:  
—¡Perdón, perdón, nunca más!—  
Hasta que, tras corto intervalo  
De sospechosa quietud,  
Que tiene alarmado al médico,  
Con suspiro inverosímil,  
De sus ojos huye el sueño.

Pide un santo Crucifijo,  
Que en una camilla de ébano  
Cobija airoso dosel  
De morado terciopelo;  
Y ante el que nunca se extingue  
Un lamparín arabesco  
De costosa filigrana  
Pendiente del alto techo.

Manda que se aleje el grupo  
De sirvientes y de deudos,  
Que con ávida inquietud  
Rellenan el aposento;  
Queda solo; se levanta,  
Y, arrodillado en el suelo,  
Con el Cristo entre los brazos,  
Y en sus pies el labio puesto,  
Da rienda suelta a las lágrimas  
Del más hondo sentimiento.

## VIII

## CONTRICIÓN

¡Perdón, Señor!—el infeliz decía—  
Perdón, Señor, al que, con ansia loca,  
Puso anhelante la sedienta boca  
En el hediondo cáliz del placer;  
Copa jay de mí que, cuanto más bebía,  
Más volcánica sed se me encendía  
En las profundidades de mi sér.

Creado para tí, juzgaba ciego  
Que lejos del criador, en la criatura,  
Se pudiera encontrar cumplida hartura  
Para las ansias de mi sed voraz;  
Y a la criatura me lanzaba luego  
A beber tragos de maldito fuego,  
Que mi sed avivaba más y más.  
Fuego bebí: mas fuego, que en mal hora  
Me inoculaba ardores del infierno;  
Aquello era calor del fuego eterno,  
Que empezaba a quemar mi corazón;  
Racha, como de horno, abrazadora,  
Fiebre de condenado torcedora,

Que vértigos causaba en mi razón.

¡Cuanto pequé! ni el campo tiene flores,  
Ni arenas tiene de la mar la orilla,  
Como pecados el que a tí se humilla,  
Enroscado a tus pies como un reptil:  
¡Dios que a buscar viniste pecadores!  
¡Mira, mira el mayor de los mayores.  
Tu pie besando con su labio vill

Con este labio, que escupió a tu frente  
De la blasfemia la cobarde injuria;  
Labio, que torpe canto a la lujuria  
Tan luengos años, sin cesar, cantó:  
Labio que agora, de dolor tremente,  
Atrévase a tocar el pie doliente,  
Que arrepentida pecadora ungió.

Dios que a la pobre adúltera acusada  
Perdonas mientras juegas con la arena;  
Dios que absuelves a impura Magdalena  
Y en la cruz canonizas al ladrón;  
Dios que a Samaritana amancebada  
Truecas en misionera entusiasmada,  
Que predique tu nombre a su nación;  
Dios que asaltas a Saulo en el camino  
Que de Salem hasta Damasco llega,  
Y, con sólo tu lumbre que lo ciega,  
Lo haces el gran apóstol de tu cruz;  
Dios que, de torpe hereje libertino,  
Formas ese santazo, ese Agustino,  
Terror de herejes y del mundo luz;

¿Serás conmigo tan de entrañas duras,  
Que me escatimes el perdón que imploro,  
Con el más grande y desgarrado lloro,  
Con que jamás llorara pecador?

¿Que no bastan mis negras amarguras?  
Pues valgan las agónicas tristuras,  
Que bebiste en el huerto del dolor.

Válganme los insólitos sudores,  
Con que en tu sangre se empapó la tierra;  
Y aquel quejido de dolor, que encierra  
La universal perfecta contrición;...

¡Mira que no te cuadran los rigores!

¿Rigores a la Víctima de amores,  
Que hace por sus verdugos oración?...

¿Que son muchas las culpas de mi vida?  
Pues más las gotas de tu sangre fueron;  
Más las amargas olas que te huyeron  
De la pasión en el profundo mar...

¡Oh Víctima sangrienta y dolorida!

¡Perdóname, mi bien, por esta herida,  
Que por primera vez llego a besar!

¡Por esta herida, manantial de amores,  
Por do misericordia se derrama!

¡Por este cráter do la ardiente flama

Se siente del volcán de un Corazón,

Que, pequeño a encerrar tantos ardores,

Enmedio de magníficos horrores,

Hizo en el monte Gólgota explosión.

Dulce Jesús del corazón abierto,

Dulce Enmanuel de los abiertos brazos,  
Víctima de amor hecha pedazos  
En picota de infamia y maldición;  
Dios dolorido, desangrado y muerto,  
¡Hazme arribar de tu amistad al puerto,  
Que me ahogo en el mar de la aflicción!

Mas, si es poco el dolor que me tritura,  
Como al insecto del titán la maza;  
Si es poco este dolor que despedaza,  
Fibra por fibra, mi contrito sér,  
Mándame del infierno a la tortura,  
Con tal que me permitas la ventura  
De poderte, aunque réprobo, querer.

Tú lo sabes, Señor; que no es tu cielo,  
Ni es el eterno padecer tampoco,  
Lo que me ha vuelto de dolores loco  
Y de amor me ha llevado al frenesí:  
Es más noble mi vasto desconsuelo:  
Es que he visto, mi Bien, como de un vuelo,  
Que pequé contra el cielo y contra tí.

¡Contra tí!—Y el infelice,  
Víctima de otro desmayo,  
Rueda por la muelle alfombra  
Con el Cristo entre los brazos;  
Sobre el costado de Cristo  
Puesto el tembloroso labio,  
Y en el rostro del Dios hombre  
La herida frente apoyando.

Por el rostro de Jesús

Corre de Mañara el llanto;  
Cualquiera, al verlo, diría  
Que el Cristo estaba llorando...

¡Qué hemoso grupo! parecen  
Dos amorosos hermanos,  
Que se han quedado dormidos  
En dulce y estrecho abrazo...

¡Qué hermoso grupo! los cielos  
Se inclinaran a mirarlo,  
Si en el Verbo, *lumen gloriæ*,  
No lo estuviesen mirando!



## IX

## EPILOGO

Del regio Guadalquivir  
Sobre la encantada orilla,  
Do perfumes de azahares  
Y de acacias se respiran,  
Del caballero San Jorge  
Cabe la vetusta ermita,  
En cuyo ornato trabajan  
Los más eximios artistas,  
Se ha labrado un hospital  
De proporciones magníficas.

Ya quisieran muchos reyes  
Mansión tan vasta y tan rica,  
Como el grandioso hospital  
Que ha deslumbrado a Sevilla.

Aquello es una locura;  
Pero locura divina;  
La locura del amor  
De un alma de amor transida,  
Que, de nacimiento, ardiente,  
Como el sol de Andalucía,



Se ha enamorado de Dios  
A la mitad de la vida,  
Y está desquitando el tiempo,  
Que anduviera olvidadiza.

Para todos los que llegan  
Tiene el hospital cabida;  
Para todos los que pasan  
Hay pan y lecho y doctrina;  
Para todos los pesares  
Hay consuelos y caricias;  
Para todos los dolores  
Hay calmante medicina:

Que aquello es LA CARIDAD,  
*La Caridad de Sevilla.*

Angel de amor humanado,  
Peregrino por la vida,  
Tal parece el Fundador,  
Cuyo amor lo multiplica.

Y ora asiste al virolento,  
Hasta besar sus postillas;  
Ora se carga el tullido;  
Ora al canceroso limpia;  
Ora sufre el recio golpe,  
Que el demente le propina;  
Ora ayuda a bien morir  
Al cuitado que agoniza;  
Ora enseña el catecismo  
Y altos misterios explica;  
Ora sepulta a los muertos;

Ora en cruz, en la capilla,  
Ante el Dios del tabernáculo  
Como un querub se extasía...

Que ¿quién es ese coloso  
Del amor que en llamas vivas  
De caridad se consume,  
Como el fénix en la pira?

Es... Don Miguel de Mañara,  
Lauro eterno de Sevilla,  
Cuya *Caridad* redime  
Los pecados de su vida.

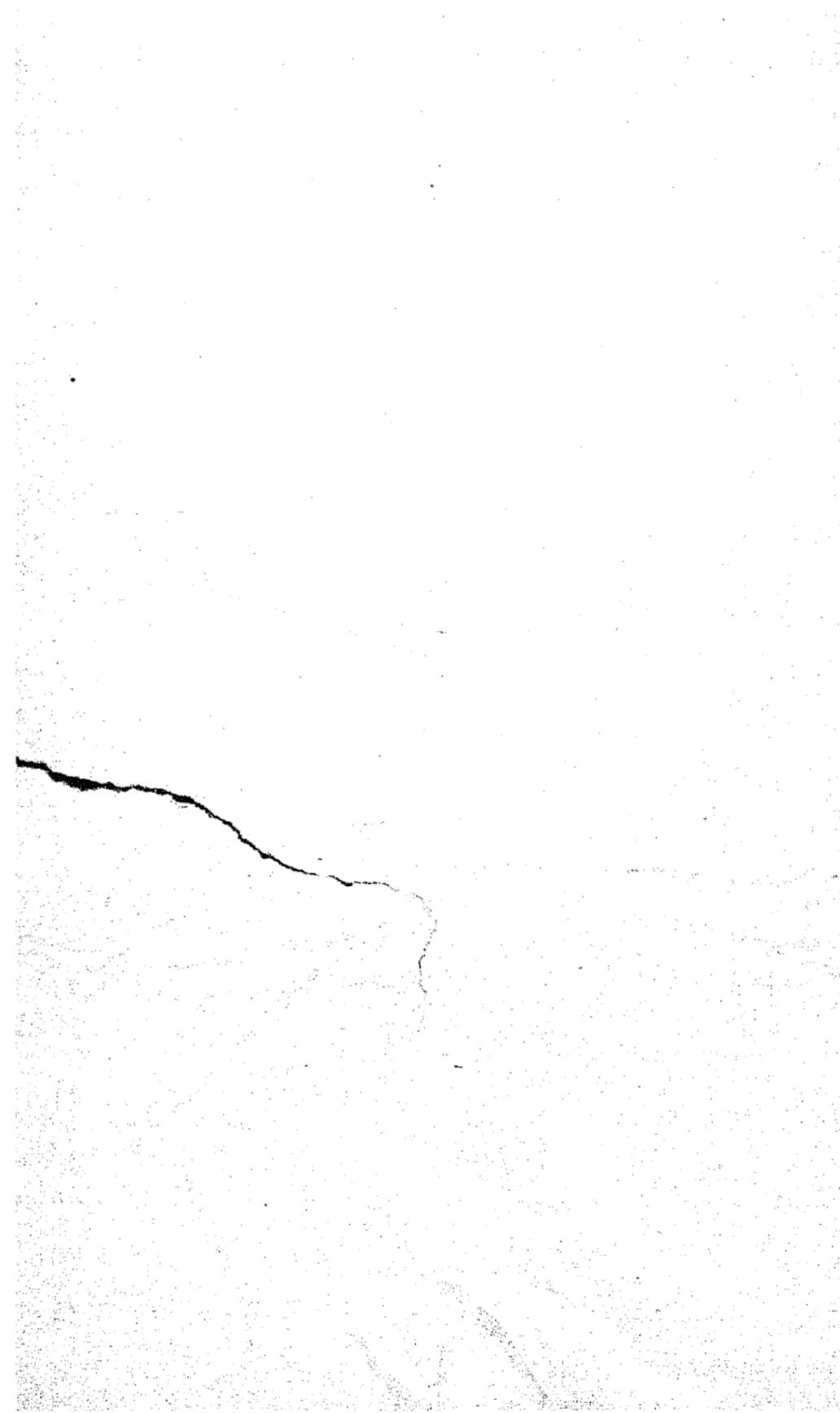
Sevilla, Abril de 1895.

LAUS DEO.

# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Elogios de D. Juan F. Muñoz y Pa- bón . . . . .	7
Norabuena lo pariste . . . . .	13
¡Eternidad! . . . . .	88
El Santísimo Cristo de El Amor . . . . .	155
La Mujer fuerte . . . . .	201
La Caridad de Sevilla . . . . .	261



TERMINÓSE LA REIMPRESIÓN DE ESTE LIBRO  
EL DÍA 26 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 1925,  
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS So-  
BRINO DE IZQUIERDO, EN

: : SEVILLA : :

